

The background of the cover is a painting. The upper portion shows a dense tropical forest with several tall palm trees against a pale, hazy sky. The lower portion shows a river scene with several people in traditional canoes. One person is standing in a canoe on the right, while others are in smaller canoes or on the bank. The overall color palette is warm, dominated by browns, yellows, and greens.

Humberto Mata

EL OTRO DELTA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Humberto Mata (Tucupita, 1946 - Caracas, 2017). Narrador, ensayista, crítico de arte y profesor universitario. Formó parte de los grupos literarios En Haa y Del Falso Cuaderno. Fue subdirector de la Galería de Arte Nacional (GAN). Obtuvo el Premio Conac de Narrativa por *Pieles de leopardo* (1978); también fue merecedor del Premio del Concurso de Cuentos del diario *El Nacional* con “Boquerón” (1992). Corredactor de la revista *Imagen*; gerente de producción de Monte Ávila Editores; articulista de *El Universal*, *Economía Hoy*, *Últimas Noticias* y *El Diario de Caracas*. Fue presidente de Biblioteca Ayacucho. Entre sus obras podemos mencionar: *Toro-toro* (1991); *Pie de página* (1999); *Revelaciones a una dama que teje* (2007), y *La mujer emplumada* (2016).

« *En el Orinoco*, Ferdinand Bellerman
Hacia 1860. Galería de Arte Nacional



143

El otro Delta

HUMBERTO MATA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nájuez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

El otro Delta

HUMBERTO MATA



Contenido

11	NOTA EDITORIAL
13	Sampiero o lo que podríamos llamar un cuento
19	Continuos
21	Los círculos
25	Conoidales
27	El plan
29	La decisión
31	Guaniamo
35	Por la autopista anaranjada
39	Curiara
43	Ekida
49	Baudelaire
51	Las puertas de la montaña
53	El sustituto
57	Ollas y pieles de leopardo
61	Revelaciones a una dama que teje
65	Amphion
69	El lector
75	Vibráfono

- 79 El cansancio de A.P. Frachazán
109 Toro-toro
121 Los ensueños de Adriana
127 Conversación
135 Compuertas
139 Incendios
145 Aguas
149 El amortajador
159 El gavián
165 El licitador
175 Esquiva
197 Boquerón
219 Sonata
223 ¿Todavía te acuerdas de nosotros?
229 Umbral
233 El único sonido es el del aire
241 El otro Delta
247 La señal
251 Una visita al campamento
257 Nocturno

Nota editorial

La publicación de su primer libro, *Imágenes y conductos* (1970), propició una serie de comentarios favorables sobre la escritura y los temas a los que Humberto Mata aludía. Por ejemplo, Orlando Araujo, en su *Narrativa venezolana contemporánea* (1972), señaló que estos cuentos eran ensayos de una obra mayor, y que solo el tiempo confirmaría esa sospecha. A decir de Araujo, ese autor nos revelaría en el futuro una literatura insólita. Desde 1970 hasta 2017, Humberto Mata escribió alrededor de diez libros. Un conjunto de relatos con sus particulares obsesiones —en las que se muestran su afición por la música, las matemáticas, el arte— y en los que predomina mayormente cierta filosofía que se ramifica como los caños de su Tucupita natal: entre la memoria, el olvido, la existencia y la continua reflexión de una cotidianidad asombrosa.

Es imposible no mencionar en esta antología algunas de sus obras más celebradas, entre las que se encuentran *Boquerón* y el cansancio de *A. P. Frachazán*, dos extraordinarios cuentos policíacos que ya aparecen incorporados en antologías y compilaciones de este género publicadas en Latinoamérica, además de otros relatos de corte fantásticos o en los que predomina la ciencia ficción.

Esta antología, *El otro Delta*, fue publicada como homenaje por su repentina partida, en el año 2017. Los cuentos que la integran, como hemos dicho, comprenden una selección del conjunto de su obra, textos inéditos y otros que aparecieron en revistas. En todos ellos se comprende claramente lo que para este autor significaba la literatura: la escritura exacta que imita una respiración precisa, un ritmo particular donde el asombro y la reflexión quedan suspendidos como dos acontecimientos a los ojos del lector.

La presente edición ha sido tomada de la colección Continentes de la editorial Monte Ávila Editores Latinoamericana. En los casos necesarios, se ha actualizado la ortografía y corregido las erratas advertidas.

LOS EDITORES

Sampiero o lo que podríamos llamar un cuento

I

Hablar sobre el cuento es de alguna manera reconocer una ausencia: la del cuento, porque solamente puede hablar sobre el cuento quien no lo está escribiendo. En este medio, pensar sobre algo es carecer de presencia. Pero no es este detalle el que interesa ahora. Ahora quisiera ver el cuento como una forma de oscilar entre aquello que llamamos realidad y aquello que llamamos ficción, con la consecuente ida hacia el límite, es decir, hacia el punto acaso inexistente en el que se encuentran realidad y ficción, y se convierten en algo que es una suerte de agregado, o producto más bien, en el que una y otro son una cosa solamente: híbrido extraño y jugueteón desencadenante de momentos a veces imposibles, otras necesarios, momentos que quizás puedan llamarse implantaciones o cruces, como tomar una rama y cruzarla con otra. ¿Qué producto obtenemos?

Quiero escribir sobre ese momento, quiero hablar del nacimiento de lo que es duradero y distinto, quiero llegar, y más que eso escudriñar el punto o el instante en que nace (o nació para mí) la noción de indeterminable que arrastra el cuento como ficción y realidad y que hace que

estas dos expresiones, contrapuestas en apariencia, comiencen a beber del mismo licor y a dar frutos híbridos y deliciosos. Quiero, en otras palabras, hablar sobre un antepasado. Solo en él reconozco la vida del cuento, sus juegos, dolores y laberintos que van de la ficción a la realidad y que las esconden, burlan o implican con jolgorio aparente. Ojalá sea digno de él al escribir una historia, su historia posible, producto de la juiciosa imaginación y de sus límites; no su historia a secas, porque esa jamás la aceptaría.

II

En diciembre de 1899 llega a las costas del estado Sucre un joven de diecisiete años; su nombre, Toussaint Pierre Mercuci, habla de su origen; viene de la comuna de Gatti de Vivario, en el cantón de Venaco, departamento de Córcega, Francia. Su padre, Henri Pietri, agricultor, le ha concedido permiso para viajar; su madre, Marie Mercucci, no ha podido comprender la razón del viaje, aunque entiende que el hijo debe desprenderse de casa y comenzar otra vida. Venezuela está lejos y es un nombre extraño, piensa la madre; pero otros, que han ido a ese país, le comentan sobre su bondad. En fin, Toussaint Pierre viene como agricultor y llega a Carúpano. Es un joven espigado, de nariz fina y labios delgados. Las muchachas del pueblo comentan a escondidas el buen porte del recién llegado.

Dicen que los amigos de Toussaint Pierre, aquellos que viajaron con él desde Francia y otros corsos que vivían en Carúpano, le enseñaron palabras nada adecuadas para ganarse los favores de las muchachas. Él las decía cada vez que pasaba una joven, en la creencia de que estaba lanzándoles floridos piropos. Luego de un tiempo, Toussaint Pierre se dio cuenta de la broma. Siguió como si nada y cada vez que pasaba una joven le decía todas las vulgaridades que sus amigos le habían enseñado

y otras que por su cuenta había aprendido. Dicen que una muchacha muy joven trató de hacerle saber que lo engañaban. Él, por supuesto, no le creyó (o no quiso creerle) y hasta discutió con ella la pureza de las palabras utilizadas. Ella se sonrojaba cuando él se las decía; y más aún, cuando trataba de explicarle el significado de cada una con sinónimos aún más vulgares que la palabra original. Esa muchacha, María Juliana Guzmán, sería luego su mujer.

Por lo menos a partir de 1910 el nombre Toussaint Pierre se transforma en Sampiero. Y desde entonces el juego, el escondite, la duplicidad, se harán perennes; sobre todo cuando Sampiero llegue a Tucupita, capital del Delta del Orinoco. Esto sucede en 1918. Desde 1912 está casado con María Juliana. Tienen una hija. En Tucupita no es agricultor sino panadero.

Ni agricultor ni panadero. Jamás Sampiero ejerció estos oficios. Algunas veces fue cuidador, capataz de una finca, socio empobrecido de agricultores y ganaderos. María Juliana fue la panadera. Él salía en las madrugadas deltanas llenas de neblina, montado en una curiara que otro navegaba, a vender el pan en pueblos cercanos. Todos le decían «Sampiero el panadero» y él, para demostrar sus profundos conocimientos, daba aquí y allá fórmulas de panes imposibles. Si alguien llegó a ponerlas en práctica, guardó muy bien el secreto. ¿Cómo reconocer que había sido engañado por un extranjero?

Sampiero nunca perdió su nacionalidad francesa ni los documentos que garantizaban la pulcritud de su presencia en tierras venezolanas. Sin embargo, muchas veces dejó entrever la posibilidad de que su estadía fuera ilegal, para angustia de María Juliana, celosa guardiana del buen nombre del marido. Algunos comentan que cierta vez, mientras conversaba con un compatriota, Sampiero le aseguró a los presentes que habían huido de Cayena, la isla prisión para asesinos franceses. El otro

francés se moría del susto y de la indignación mientras Sampiero reía y contaba con exactitud los pasos que dieron ambos para escapar de la isla. No faltó la sangre en ese cuento. Un carcelero, dijo Sampiero, tuvo que ser degollado. Apenas insinuó que el otro lo había hecho. Total, ese hombre era un experto en tales menesteres, afirmó casi entre susurros.

Regresemos a Sucre. En 1904 Sampiero está en Tunapuicito. Allí recibe una comunicación en la que le avisan que el ministro de Guerra le permite permanecer en Venezuela y no presentarse para la guerra. Sampiero dirá en Tucupita, años después, que esa comunicación no lo eximió de la guerra sino que por el contrario lo obligó a ir a Francia por algún tiempo, que participó en varias batallas en la campiña, las cuales describió con su consabida exactitud, y que fruto de una de ellas era la cojera que ahora exhibía, cojera que lo obligaba a usar un bastón. La verdad es distinta, si existe. Una tarde Sampiero resbaló en su casa, cayó al piso y se lastimó una rodilla. Años más tarde vinieron la dolencia crónica, la historia del disparo, las batallas que nunca fueron.

Existe al menos un viaje real hecho a Francia a fines de los años 40. Desde allá regresó Sampiero lleno de baúles y con un caballo de hierro para el último nieto. Comentó que el caballo era de verdad pero que en la aduana le impidieron pasarlo. Entonces lo hizo fundir en hierro, le puso ruedas, asiento de comando y pedales. Así lo trajo, y ahora el caballo estaba en Tucupita, para asombro de todos los niños. El caballo, por supuesto, participó con Sampiero en una extraña contienda, o más bien en una huida a través de campos de batalla llenos de tanques, soldados muertos, aviones, metralla.

En 1957 Sampiero Pietri muere en Tucupita. La tarde de su entierro, comentan, llovió muchísimo, porque siempre que muere alguien así (y no pregunten qué significa esto) debe llover a cántaros. El cortejo estaba precedido por una banda que intentaba tocar marchas fúnebres.

A Sampiero le gustaba esa banda. Alguna vez llegó a decir que le agrada-
ría ser enterrado así, porque quién sabe si la música le traía buenos re-
cuerdos y entonces no se iba. Le trajo buenos recuerdos, estén seguros.

III

Sampiero, como sospecharán, fue mi abuelo. He usado algunos mo-
mentos de su vida para ilustrar la manera como entro al cuento y a
su muy especial sabor. La multiplicidad de Sampiero ha atrapado mis
textos; sus viajes ininterrumpidos de la realidad a la ficción y viceversa,
contienen el sustento de mi narrativa. No soy teórico del cuento; pero
puedo sentir que existe un cuento en mí cuando empiezo a viajar de un
lado a otro y hago de la realidad ficción y de la ficción, realidad. Enton-
ces debo escribirlo, debo ser todos los personajes sin ser ninguno, debo
ser nadie. Entonces comienzo a viajar el magnífico viaje de la totalidad.
Yo aquí, en todas partes y en ninguna. Yo frente a una máquina y al lado
de Sampiero. ¿Qué historia quieres contarme? ¿Qué historia quieres que
les cuente? ¿Alguna vez me contaste algo o eres acaso mi ficción?

Continuos

En realidad, no sé cómo explicarme, aunque haya explicación. Si pudiera tan solo relatártelo. Veamos. Todo comenzó el mes pasado. Para la noche, mamá preparó la mesa en forma especial: era su cumpleaños. Comimos y bebimos, y las cosas marcharon bien hasta que me sentí mareado y confuso. Y ya no estaban aquí ni nuestros padres ni nuestros hermanos, sino una choza vieja y una isla solitaria; y el mar y la playa, todos negros. Eso fue el comienzo. Dos semanas después se repitió el mareo y la sensación de soledad. En esa oportunidad la isla estaba roja y desierta. El mar parecía no moverse y, sobre él, una embarcación que se acercaba. Veinte hombres desnudos, castigados por doce gigantes con larguísimos látigos. Afortunadamente, cuando pasó, junto a mí estaban mamá y papá, muy asustados por mi comportamiento. La semana siguiente transcurrió sin novedad. Pero en la otra vino de nuevo el mal. Esta vez no había choza ni mar ni playa. Solamente una gran extensión de piedras muy blancas que reflejaban la luz en todos los sentidos. Mamá caminando hacia mí, y los hermanos y papá que se alejaban molestos. Después, todo se hizo violeta, y yo estaba exhausto y sediento. Mamá me besó la frente y, cuando todo pasó, habló con papá algo de

un médico, mientras los hermanos se agolpaban en la puerta del cuarto. Nada ha sucedido desde entonces.

Nuestros padres están muy contentos —me lo han hecho saber— por tu rendimiento en los estudios, igual que por el de los demás hermanos. Mamá no escribe desde el mes pasado. ¿Se acostumbró a saberme solo en esta hermosa isla...?

Los círculos

A Alexis

Es cierto, también en eso estaba equivocado. Eso fue lo que dijo y después, cuando todos esperábamos algo, descendió la montaña de piedras ennegrecidas que siempre indican crepúsculos, y se dirigió al otro lado de la cabaña, con el río naciente entre los árboles. El río que se desplaza, flexible, como los sonidos de un solo de guitarra, con las negras piedras y voces de otro tiempo. Y ese *es cierto, también en eso estaba equivocado* que aún fluye, se confunde con la niebla que cubre la cabaña y cruza de brazos a los compañeros, arriba, alrededor de la fogata que acuchilla la niebla y las piernas blancas de la mujer blanca, entre los árboles temerosos de crecer y el río que aún no decide senderos. Con ese *estaba equivocado* que debe pertenecer a otro tiempo pero que está presente, allí, junto a él que descendió la montaña. En cada molécula de cada cosa, como si todo convergiera: espejos repitiendo la misma imagen hasta el infinito, y las piernas blancas que algo denuncian. Testigos de un *es cierto* adherido a las barandas de alguna casa o una fuente de soda, en un lugar muy alejado, donde los sonidos son aplastados por el sol y el crepúsculo habilita los ríos, como este que corre chocando con las piedras negras y arrastra nieblay los recuerdos de un *estaba equivocado*,

dicho hace apenas minutos pero que siempre vino del pasado, de los almendrones y el ventilador de techo, de los sonidos secos, precisos, del hierro y el sol que te reduce a hormiga. De unos brazos deseosos de dar algo, en este momento, cuando todo es más blanco y el río recuerda los crepúsculos y los meses de hace ya meses, las horas de hace ya muchas horas y aquellos minutos que se desprendieron con los sonidos y los pasos fáciles, como siempre en aquellas barandas amarillentas y las casas que se siguen como insectos.

Después también abandonó la choza, la niebla y el río. Pasó los mismos lugares que antes había pasado. Cantó lo mismo que cantó cuando niño y todo fue igual menos el recuerdo. Menos ese *es cierto* que nada significa y correparejo a una aventura, unas piernas blancas y el rojo del cuchillo que corta la niebla. En un momento que puede ser cualquiera, pero es este, sencillamente este, y cruza el puente y llega a los almendrones y las piernas blancas, llega al ventilador de techo y los sonidos de los hierros. Un día cualquiera que podría ser veintisiete o treinta, pero que es imposible definirlo, con el sol tan rojo y las palabras viejas que ahora usa. Como *es cierto, también en eso estaba equivocado* y la baranda amarillenta y una fuente de soda. En un sitio cualquiera* pero conocida, precisa, siempre acogedora y dos jugos que elevan por capilaridad. Con esas piernas blancas que algo esperan y se superponen. Delante, la calle oscura y los grandes caobos. Los mismos que vio la última vez, con ramas que deben caer pero no caen; ríos que deben crecer y no crecen y sonidos irreconocibles, flojos y azucarados, que llegan de más allá de la calle, de más allá de la ciudad. Sonidos que provienen de alguna montaña cubierta por la niebla y las palabras dulces; por las piernas blancas y los brazos cruzados. Fue entonces cuando Esteban observa los peces en el agua traslúcida. Estudia, con los ojos empequeñecidos por el sol, la hilera de piedras indescriptibles que acuñan los senderos del río. Siempre debería ser así: estos peces en lugar de escapar se acercan

a mi cuerpo. Se esconden detrás de las piedras eternas —que evocan la vejez del puente y la chalana— y describen círculos en el agua que no guarda secretos. Si siempre fuera así: flotando. Dejándose uno llevar por las aguas hasta aquella isla donde la arena cede a los pasos. Y más allá, después de la isla donde me tendí bajo el sol abrasador. Más allá de los árboles de hojas marrones, en aquel espacio silencioso y reseco que observé desde las piedras a los lados del río. Las piedras que acuñan nuestro acuario por donde los peces se van en desbandada y todo es aumentado y parece que todo se moviera. Allá, en la lejanía de las aguas milenarias, se oyó el pasar del tren eléctrico que alguna vez segó vidas y manchó de rojo los rieles hirvientes bajo el sol. Rieles que recorren las tierras estériles por donde avanza el río.

Después recurrió a los sitios ocultos: las hojas marrones sobre el suelo marrón. Suelo humedecido que evoca la cercanía del río traslúcido en el cual se sumergen. Por el cual nada ella hasta la playa inhóspita y las rocas eternas. Esteban fue conducido a un nuevo mundo y nadó hasta la playa y las rocas. Hasta ella y la chalana envejecida —sobre tambores metálicos— y el puente que hace posible nuevas rutas y dilata los caminos hasta el pueblo de zinc, la casa de las prostitutas y los paseos de las mañanas, en las mañanas que se acumulan —como los peces en el río— y convergen en los senderos deshabitados. Todo esto debería serme útil: sé que ahora nado porque ella lo exige. Y si no es ella precisamente, será su figura huidiza que oscila en el agua y ahuyenta los peces. Que de pronto emerge detrás de aquellas rocas, cerca de la playa de arena caliente, y parece un diagrama que nunca será procesado. De allí, en adelante, el tiempo dio paso a los recuerdos y las comparaciones. A las palabras, siempre lejanas, que alguna vez dijera en la niebla del río. Ese río distante que nace en la cabaña, tiene otro puente y nutre almen-drones. Entonces encendieron el motor del carro blanco y polvoriento y la tierra marrón ascendió hasta sus cuerpos. Atravesaron el puente y

los rieles del tren que ocultaban la lejanía del mandato eléctrico. Recorrieron felices —borrando con los neumáticos todo resto que denotara estadía— la carretera, primero polvorienta y luego negra, hasta la otra chalana y el otro puente. Hasta el río indeciso y los almendrones. La ciudad silenciosa y aplastante, los jugos y la fuente de soda. Esteban reconoció otra vez los sonidos del hierro e intuyó que nunca se habían alejado de él, de las piernas blancas y los amigos cruzados de brazos bajo la niebla. Intuyó que nunca más podría escapar del círculo. Que en adelante siempre se vería forzado a completar la esfera, a regresar al mismo punto y recorrer los mismos caminos. Se sintió feliz de su monotonía porque también en eso estaba equivocado.

Conoidales

Marcelo estaba como extasiado mientras escuchaba la voz, neutra y bien timbrada, que salía de alguna de las caretas juntadas frente a él. El Comité lo había elegido, uno entre sus incontables millones de componentes. A él, que vivía una vida normal, alejado de todo. Un hombre viejo y acabado. Y ahora estaba allí sentado, en ese salón lujosísimo y barroco, en esa casa, artificio u hotel, en esa ciudad desconocida y fría. Y tenía que cumplir lo exigido. Recordó la quieta mañana en que recibió el telegrama que lo hacía miembro del Comité. Junto al telegrama una carta: El Comité te ha elegido para que forme parte de él. Eres dichoso. Ahora tú, más que siempre, eres el Comité, eres la ciudad, eres el mundo. El Comité debe sentirse siempre orgulloso de ti; para ello, tendrás que cumplir los deberes por él exigidos. Nunca trates de explicarte qué es el Comité, concóctete primero. Si lo logras, tendrás la respuesta en ti mismo. Piensa, medita. Cuando estés a un paso de descubrirte —esto nunca lo harás—, olvídale todo. Ya debes comenzar.

Volvió del pasado. Ahora lo observaban, esperando una respuesta conocida por todos. Su vista parpadeante se tendió hacia el infinito salón, un salón del que ya nunca lograría salir.

El plan

Ahora Carlos volvía a los sitios infinitamente conocidos, a la casa blanca. Por dentro la casa era oscura y en ella estaban los padres de Carlos: la mamá joven y el papá viejo. Y esa tarde se oían solamente los pasos de Carlos sobre el suelo con hojas. Pero todo estaba previsto, y la pequeña luz en la casa era la señal convenida. Como supuso, los últimos pasos fueron los más difíciles. La mente de Carlos era un solo pensamiento: finalizado el amor en la choza, él tomaría el puñal —que ahora le presiona el vientre— y correría sobre las hojas hasta la casa blanca, donde ella estaría para dar la señal. Lo demás le pertenece a él, a Carlos: a esa hora el viejo se baña. Será cuestión de segundos: entrar silenciosamente, respaldado por el ruido del agua, y dirigirse al cuarto donde ella espera. Y comprender que el puñal sería utilizado en último caso, si los primeros intentos no dan resultado. Pero ya no hay tiempo para pensar, pues el ruido del agua ha cesado. En el piso de arriba todo está preparado: la mujer lista para el amor y Carlos que ahora se monta sobre ella y le abre las piernas. Y en medio de los turbulentos movimientos, Carlos puede oír perfectamente el ruido de las escaleras mientras el viejo sube. Y finalmente, cuando este abre la puerta, la expresión de asombro y dolor, y el

cuerpo que al no encontrar apoyo cae al suelo y se estira, como si estuviera recibiendo choques eléctricos. Entonces Carlos recuerda la visita que, en días pasados, hizo el médico a su casa, y las recomendaciones de tranquilidad y reposo para el viejo... Pero el cuerpo de la mujer joven exige movimientos, y las piernas presionan como tenazas el sexo erecto.

La decisión

Pedro fue arrollado por un camión. Un camión gris que siguió por el camino de tierra que lleva a la montaña.

Corro y encuentro a Pedro, tendido boca abajo, sobre el suelo polvoriento. No logro, no puedo creer lo por mí visto. Una extraña duda cruza mi mente. Me apoyo en ella y afirmo la irrealidad, la falsedad del día, del camino, de Pedro y, en último o primer lugar, de mí mismo. Pedro, con la chaqueta ensangrentada, nada desmiente. Por lo tanto, es improbable, imposible más bien, que tenga yo algo que ver con un accidente, una chaqueta o un hombre falso, muerto en una carretera inexistente. Abordo el camión y me dirijo a la oscuridad, donde debe comenzar la montaña.

Guaniamo

El día tiene tres horas; la noche es vacía.

PENSAMIENTO YANOAMA

El hombre abandonó el pueblo, los caños, ahora desnutridos, del Delta y se dirigió, dejando atrás la mujer morena y envejecida, los niños multiplicados por las noches de plaga y ocio, hacia las minas que limitan un río: Guaniamo. El propósito del viaje era inminente; la firmeza de su decisión, temerosa. Se había señalado, hombre desolado por las veleidades del terreno deltano, sofocado por la extensión alucinante de las tierras del agua, una meta acotada por tres meses de tiempo complejo: diamantes.

Los primeros pasos en las minas fueron incongruentes: alguna piedra imperfecta, con rastros de carbón; peleas nocturnas y necesarias caminatas, a través de la selva castigada por el machete o el fuego, hasta los ranchos patológicos de las prostitutas, para él momentáneas. La rutina asfixiante del minero pronto fue acogida en su cuerpo: hombre acostumbrado a las tareas remotas del agricultor. Pero el tiempo, esa expresión ambigua, estaba en su contra. Nada, tal vez pensaba el hombre, puede diluir este deseo producto de las infamias sucesivas: riqueza; nada, se decía, podrá estrangular la decisión tomada; cada noche que esté aquí soy inmortal y, por lo tanto, el tiempo debe ser secundario

para mi proyecto. Cuando la primera hora del día llegaba, el hombre emprendía su trabajo: cortes rectangulares, profundos hasta alcanzar el *material*, que iba construyendo con su pala única.

En la segunda hora comía y retomaba la faena que concluiría después, a la tercera hora, cuando se dirigiera a su casa provisional (porque todo en las minas es provisorio) o se acostara con una prostituta.

De aquí, en adelante, los pasos de la historia se expanden vertiginosamente: sobre un hecho concreto se pueden crear infinitas hipótesis. Varias de ellas me fueron permitidas; en todas, pude captar una constante: la mujer. Para ella, habitante de las regiones marginales del Delta, el tiempo se limitaba a un paréntesis inalterable: tres meses. A los cuatro meses de la ida del hombre, en su mente se agolparon peleas y sangre: accidentes imprevisibles en las mutantes regiones del Guaniamo. Su ropa de colores indígenas se vio sustituida por el despreciable negro hasta que luego, a los dos meses de la primera duda, la aparición del hombre derribó una leyenda y consagró otras. Copio, a continuación, dos historias (la primera ineludiblemente desechada) sobre un mismo suceso.

Cuando las esperanzas de la mujer eran precarias, el relato de un minero decepcionado e irreconocible destruyó toda luz. El hombre, dijo, era inexperto para hacer los cortes: en las minas se aprende con la sangre. Una noche, fatigado por la jornada improductiva, el hombre se emborrachó con brandy seco. Desestimó, después de dar a conocer su propósito temerario: dormir en el fondo del corte que había terminado, las advertencias de sus compañeros. A los tres días fue rescatado de la tierra que se precipitó sobre él: la muerte fue instantánea, juró el narrador.

La segunda historia, que también desestimo, me fue relatada, luego de la aparición del hombre, por un viejo que vivió muchos años con

los indios yanoama. Según esta, el hombre se adentró una noche en la montaña inexplorada: el machete cortante era su compañero. Después de caminar muchos kilómetros presintió el peligro: un animal desconocido le acotaba el paso. Con la firmeza de su raza aborigen se preparó para la lucha y se acercó a la fiera. Entonces, en ese momento, el descubrimiento de algo inexplicable alteró sus músculos: dos trompas dentadas conformaban la cabeza del animal. Humillado, mortal, bajó el machete y se entregó a su fin; la fiera, sin embargo, parecía acercarse interminablemente: la noche es vacía en esas montañas marginales. Finalmente (ese tiempo lo estipularíamos nosotros en horas, días, meses) la extraña figura olió al hombre y se alejó rugiendo.

Lo demás es conocido. El hombre regresó a la mina y de allí a su pueblo: la vulgar palabra había desaparecido de su lenguaje para el feliz desarrollo de las leyendas.

Por la autopista anaranjada

Para Silvio Orta

Cuando el hombre llegó al pueblo triangular ya el cabello rozaba sus hombros y el silencio era su lenguaje. Apareció una tarde de nubes que tenían el color del plomo, alguien dijo, y caminó por la plaza central, a los lados del árbol multiforme, con la cabeza como si contara los pequeños pozos y las manos blancas, delicadas, ocultas en los bolsillos del pantalón único, abombado, con pliegues al lado de la relojera. Contestó, temeroso, un saludo indiscreto, con un movimiento inconcluso desde el cuello hasta los ojos hundidos y la cara lampiña que alguna vez fue suave y ahora arrastraba las manchas producidas por el sol, los pliegues de una vejez sin edad, de un tiempo indeciso, flotante, y luego se alejó, por la calle adyacente, hasta perderse en la oscuridad brumosa del atardecer con lluvia. Una música de voces y cuerdas llenó la plaza, los asientos rectangulares, la estatua.

All the lonely people,
where do they all come from?

La señora de la esquina rosada, la que vende alfileres y botones morados y de todos colores, menos azul eléctrico por estética, por dignidad, por recuerdo, lo vio pasar sudoroso, maloliente, repugnante, con

el cabello pegajoso que le caía sobre los hombros redondos, la espalda curva y la camisa de cuadros, con mangas hasta las muñecas, que dejaba desnudas unas manos delgadas, huesudas, blancas, de dedos largos que recorrían la melena sucia, brillante en la oscuridad próxima, en el declinar de la tarde uniforme. Ella lo vio desaparecer hacia los sitios mágicos del pueblo, detrás de las últimas calles de barro, silencioso, distante, empapado, mientras se acodaba sobre el concreto saliente de la ventana herrumbrosa, desgastada, de la tienda de quincalla.

Waits at the window, wearing the face that she keeps in a jar by the door, who is it for?

Después (algunos opinan desde siempre) la presencia del hombre se transformó en algo normal, repulsivo por el olor a orina pero normal, cotidiano: quizás hasta necesario en un pueblo que vive de recuerdos y conmemora batallas. Entonces lo veíamos: en un asiento de la plaza, en los juegos de pelota, en las reuniones nocturnas. Lo observábamos, con indiferencia, con respeto oculto, cuando se sentaba, con su interminable olor a orina, cabizbajo, siempre empapado, con los ojos castaños extrañamente impasibles, casi tan suaves como sus manos sin callos, algunas veces en los asientos rectangulares bajo una lluvia lenta y persistente que le recordaba a la mujer de la esquina rosada (que luego murió por fastidio, ahorcada), la tarde que lo vio pasar descalzo y dirigirse hacia el cementerio y volver el otro día y todos los días desde entonces hasta llegar al banco, enfrente de la estatua, y esperar con los ojos hundidos, silencioso, solitario.

no one come near

Así, en una espera indescriptible, pasaron los años del hombre lampiño, extremadamente delicado, hasta que una mañana, blanca por la niebla blanca, el mismo día que, horas más tarde, en el crepúsculo, descolgaron a la mujer de la quincalla, lo encontraron en la acera de la

esquina rosada, temblando sobre el suelo, con los ojos más ausentes que nunca y las facciones rígidas. Alguien, que ahora nadie recuerda pero todos conocen, después de observar al hombre largamente, con curiosidad inusitada, como si acabara de descubrir algo, lo llevó, en un ocho cilindros, por la autopista anaranjada, hasta la ciudad, el hospital blanco, los olores a formol y éter, las caras pálidas siempre esperando. Allí, en la sala rectangular, bajo dos mil voltios convertidos en luz, despojaron al hombre de la camisa de cuadros y el pantalón abombado, y observaron dos senos que caían, como pequeñas gotas en un vidrio vertical, y un sexo receptor, marchito como todo el cuerpo que otra vez esperaba, la espalda sobre la fría camilla, con los ojos hundidos y las manos colgantes hacia el suelo, con un silencio más allá de todo silencio y las uñas largas llenas de tierra. Y no sé por qué en ese momento, al lado de la mujer tendida, recordé una película, un carruaje por una montaña que amanece y unas caras blancas, falsas, de magos y espías.

Curiara

Para Elías Lacourt

Probablemente fueron la noche, las hojas cómplices y el fango, los sonidos selváticos y el inminente viaje a la ciudad: Tucupita, las causas del brusco despertar. El hombre, Lorenzo Acosta Rojas, conocedor de caños y bracero del caucho en las inmediaciones de Curiapo, tomó el canaleta con sus manos rotundas. Sintió, con los primeros movimientos de la curiara, que todavía la noche estaba creciendo, que llegaría, antes de la aurora propuesta; sin embargo, sintió, también, que postergar el viaje sería anular algún mandato oculto.

Recuerdo que luego, cuando asimilé esta historia, fueron copiosas las hipótesis y la magia del río. Quizás Acosta Rojas, ahora robustecida su figura por una muerte donde no faltó ron ni machete de cauchero, presintió estas líneas innecesarias y trató de brindarme situaciones opacas. El río, me dijo, estaba oscuro y envolvente, como la noche. Pródigo en tecnicismos de navegante solitario, me permitió conocimientos que nunca usaré: simétricos movimientos del canaleta al desplazar el agua, necesaria proximidad a la costa fangosa y el transversal cruce de las olas continuas. La curiara, afirmó, era, en ese tiempo, en esos años de dudosos recuerdos cuando aún el río no estaba mutilado, el único e indis-

pensable medio de transporte: recordó, preciso, sanguinarias disputas, en las márgenes del río, por la madera curada y cóncava. Finalmente, luego de depurar un exordio excesivo, logré que Acosta Rojas retocara el importante tema.

El hombre decidió llegar a Tucupita con la aurora. Sin embargo, por esas razones ocultas propias de macheteros y agricultores, esa noche despertó horas antes de la estipulada. Tomó el canaleta y, con él, empujó la curiara. Conocedor de la noche, decidió mantenerse próximo a la costa. Probablemente sus oídos se permitieron escuchar algún lamento indio, demasiado cercano para ser externo, que el hombre imaginó entonar. Bogó.

Las noches deltanás, debo advertirles, son, aunque profundamente oscuras, nítidas. Nunca conocí un machetero que añorara la luz: en esas tierras no trafican las sombras: ellas están ocultas en un lugar secreto, inexpugnable, donde, según las leyendas, cohabitan fieras y personas malditas. Esta historia tiene algo que ver con esas leyendas. Acosta Rojas murió en su ley, cortado por varios machetes relucientes, y nada me hace negar que su último pensamiento no estuvo dirigido hacia la noche que ahora nos ocupa. Incontables historias acaloran mi pueblo; innumerables los momentos de magia que guardamos secretos. Aquella noche Acosta Rojas pudo percibir el ruido de otro canaleta desplazando el agua; pudo, incluso, sentir el airado estupor de los hombres de entonces cuando la mujer, sin mirarlo, le pidió un pasaje y abordó su curiara, dejando la otra al azar de las aguas. Lo que no pudo hacer, lo juro, fue observar su rostro. La mujer se sentó, de espaldas al hombre, en el peldaño delantero de la pequeña nave: ninguna nueva palabra distrajo al hombre de su ejercicio. Algún tiempo después, la mujer señaló un lugar de la costa y allí desembarcó. ¿Debo decir que ese lugar impreciso era desconocido para el hombre? Acosta Rojas, sin embargo, en ese instante múltiple intuyó conocerlo; o, al menos, intuyó una historia que le contó su padre: una mujer indes-

criptible traficaba las aguas de ese río en busca de tierras desconocidas y vedadas para el hombre común.

Y esa noche él, Acosta Rojas, quien murió no sin antes pelear bravamente, tal vez por temor incompatible, quizá por inocencia desechable, transportó a la mujer hasta aquella costa donde cohabitan ciénagas y tigres, donde es probable encontrar escorpiones y culebras; allí, donde están prisioneras las sombras del Delta.

Con breves movimientos del canaleta, el hombre creyó rectificar la ruta y navegó hacia Tucupita.

Ekida

«Mi vida en esta ciudad no ha sido fácil —escribí hace algún tiempo—. Carezco de esa cualidad o error que convierte a los ciudadanos en autómatas. De nuevo estoy aislado y advierto que Daniela domina mi mundo. Los años, los muchos años sin saber de ella solo han servido para que aumente su poder. Sigo viéndola en Scarlatti, el compositor que tanto nos gusta (porque sé que ella no ha cambiado), y ahora también puedo imaginar su figura encualquier pieza de algún músico contemporáneo o en un insólito libro de Klee, todos desconocidos para ella. (Porque sé que Daniela ha llevado nuestra amistad, la suya en verdad, hasta el extremo de rechazar todo cuanto nos fue desconocido.) Se hace perentorio el regreso».

Eso fue, como dije, hace ya varios años; ahora... De nada valieron mis consejos y temores: Daniela Tobeina, madura, alucinantemente bella, ha muerto. Así, muere o nace de nuevo lo que pudo ser una historia de amor.

Nuestra amistad, confusa y oscilante, comenzó en la niñez, en un pueblo y un río. Juntos fuimos al colegio, paseamos por la plaza, amamos silenciosos esa profunda y elemental vitalidad del Amacuro, que solíamos comparar con el leopardo. Éramos diferentes a nuestros com-

pañeros: compartíamos sus juegos, pero con frecuencia añorábamos la soledad y la nostalgia, el lejano silbido del aire entre los árboles y la revelación de una música antigua. Crecimos en secreto con la íntima unión de quienes comparten inquietudes: una mirada, un disco o un libro servían para evocarnos. Pronto nos dimos cuenta de que nuestras relaciones cambiaban mediante la sustitución del contacto directo por el recuerdo a través de objetos, crepúsculos, gestos y lugares. Al final, meses antes de venirme a la ciudad, comprendimos que la palabra era innecesaria: y con esa intuición tuve conciencia de que la amaba. Sentí entonces que nuestras conexiones se debilitaban, porque abrir este nuevo camino significaba cerrar todos los anteriores. Con esa duda limitante pasé los últimos días en el pueblo, dándole a entender que nada había cambiado, que de ella solo me interesaba la incesante conjunción de nuestros pensamientos.

De pequeño temí los regresos, quizás porque entonces, antes de descubrir esa otra forma de contacto que brindan los objetos, todo regreso significaba una separación. Volver de clases, de la plaza o de los paseos a orillas del río (el leopardo que fluye, como ella lo llamaba), era perderla por algunas horas. Esa vez, cuando fui al Delta, el antiguo temor se apoderó de mí. (Por imposible, por estar más allá de toda palabra descriptiva, nada comentaré de ese temor). Supongo que el primer amigo con que hablé ganó una de esas sórdidas competencias de pueblo. Daniela se había casado y envidado, me dijo. Habló también de un niño y de una casa en las afueras de Cocuina, a pocos kilómetros de Tucupita. En adelante, debo desconfiar de los recuerdos porque estos confluyen como infinitas rectas que se cortan en un mismo punto. De la ira inicial pasé a la más profunda y sorprendente calma. La visité una tarde (pienso que hicimos el amor, pero no estoy seguro), hablamos acerca de domésticas trivialidades, conocí a su hijo, pequeño y hermoso, y nos despedimos con un beso: silencioso acuerdo de la total ruptura: aquellos firmes con-

tactos de nuestra infancia habían desaparecido. Al menos, eso pensé entonces. Tres meses después me escribió a la ciudad: «El pasado —decía— es mi única forma de vida. Alexander y yo pertenecemos a otro tiempo: él es el fruto de un recuerdo y yo... Estuviste en mí como un amanecer continuo: fuiste el Amacuro que inundó mi cuerpo. Sin embargo, comprendo que ahora estamos más distantes que nunca. Alexander, sin ser tu hijo, es lo más bello que has podido darme. Completa, por favor, mi triste colección de recuerdos para la vejez: quiero un leopardo, un leopardo que sea como el río, todo un Amacuro para mí...». Inhábil contador de peripecias, omitiré sensatamente los pasos que di para conseguir un joven y salvaje leopardo y su sencillo lugar de reclusión. Tampoco hablaré de los contratiempos que me causó el envío del animal al Delta del Orinoco. Sé que Daniela lo recibió por un escueto telegrama donde me agradecía los esfuerzos para satisfacer sus deseos. Puedo asegurarle al lector que durante algún tiempo mi mente buscó resueltamente las posibles causas que determinaron esa no poco extraña petición de Daniela. Al comienzo, pensé que en su carta podría encontrarse la respuesta adecuada. Mas, dada mi natural tendencia a sospechar de la palabra escrita, pronto deseché por improbables todas las conclusiones a que me llevó el exhaustivo examen de la correspondencia aludida. Sin otra ayuda que la imaginación y el tiempo transcurrido al lado de Daniela, formulé mil hipótesis descabelladas no exentas, como era de esperar, de los detalles mágicos que acompañan a todo el que ha vivido en la tierra de los waraos. En las actuales circunstancias, reconozco mi incapacidad para abordar de nuevo tan triste y delicado tema, aunque insisto en pensar que conseguirle una razón exacta a la petición de esa mujer extraordinaria—cuestión imposible, sin lugar a dudas— mucho ayudaría a quienes, como yo, continúan una búsqueda signada por la evidencia del fracaso. El lector, ese irreductible y ávido personaje, quizás sea la única persona capaz de coronar exitosamente esta investigación.

Creo innecesario advertir que pasé muchos años sin volver al Delta. Esto, claro está, no significa que permaneciera ajeno a la vida, forma de ser, esperanzas y anhelos de los habitantes de aquella zona. Una revista mensual, *Cocuina*, impecable y abierta a todo tema, me mantenía (me mantiene) informado de cuanto acontecía en mi tierra natal. A través de ella supe de los trabajos que lentamente clausuraron las corrientes del caño Amacuro, convirtiéndolo así en un inmenso lago sin vitalidad. De muchas otras cosas me enteré (sirva este paréntesis para expresarles a los realizadores de *Cocuina* mis sinceras felicitaciones por la perseverancia y erudición que demuestran con cada número). Como decía, *Cocuina* estableció un minucioso puente entre mi vida y la del Delta: gracias a ella mantengo nítidas las múltiples visiones que abarcan calles, ríos, un amor imposible y ahora legendario y la imagen del nombre que ocasionó este texto.

Ciento cincuenta y seis números han aparecido de la publicación mencionada. De esos, dos tienen especial significación para mí: el ciento cuarenta y nueve y el ciento cincuenta y uno. En el primero, con un pormenorizado análisis del lecho fangoso que tiene el río como consecuencia de su citada obstrucción, viene la noticia de una muerte: «El sábado 19, en horas de la noche, fue restacado del río el cuerpo sin vida de un adolescente. Según informes aún no confirmados, Alexander Tobeina, de diez años, hijo único de Daniela Tobeina, murió por inmersión al quedar atrapado en el fango que se acumula en el lecho del caño Amacuro. Como es sabido, en repetidas ocasiones hemos puesto de relieve la peligrosidad que encierra bañarse en ese caño, ya que desde que finalizamos los trabajos del muro de contención...».

Mi primera reacción fue viajar a Tucupita. Sin embargo, por alguna razón que no logro explicar, desistí de ese viaje y escribí una carta, una carta para Daniela. Entre las muchas cosas que en ella decía, debo recordar unas palabras donde expresaba mi temor por cualquier determinación drástica que pudiese tomar Daniela.

En el segundo número, ciento cincuenta y uno —y con especial mención de la noticia aparecida en el ciento cuarenta y nueve— se trata largamente un hecho que dejó sumidos en la incredulidad a los pobladores del Delta y que dio pie a un sinnúmero de interpretaciones y comentarios. Dice *Cocuina*: «En esta tierra no son habituales las muertes violentas. Que sepamos, desde que sale la revista únicamente ha habido dos casos de asesinato y tres de suicidio. Esto, que podría ser una hazaña digna de mención, queda sin validez ya que el jueves 11 ocurrió el más fantástico suicidio (¿o accidente?) de que tenga conocimiento la gente del Delta. En efecto, ese día la señora Daniela Tobeina, viuda desde hace varios años y madre de Alexander Tobeina, el niño que murió ahogado hace dos meses aproximadamente, se quitó la vida de una manera inelegante. Los campesinos que viven cerca de su casa cuentan que el jueves 11, en la tarde, oyeron más fuertes que nunca los rugidos del leopardo que la señora Tobeina tenía enjaulado en su patio. Vanas han sido nuestras investigaciones para conocer la procedencia de tan fiero animal y las causas por las que la nombrada señora lo mantenía en su casa. Escuetamente podemos decir que la fiera fue traída hace poco menos de nueve años, pero desconocemos el nombre del remitente, en el supuesto caso de que haya existido. Preocupados por la indiscutible nerviosidad del animal, los campesinos decidieron ir hasta la casa de la señora Daniela Tobeina: la impresión fue terrible, dicen. Cuando llegaron a la jaula ya la mujer había muerto despedazada. De aquí en adelante, sabemos con absoluta certeza cuanto sucedió: la policía fue avisada y el animal muerto a tiros: poca cosa quedó de Daniela Tobeina. Según se nos ha informado, la víctima llevaba consigo una pequeña nota que es guardada celosamente por la policía. Existe, con todo, una persona que se enteró de su contenido y que recuerda, sin conexión, algunas palabras allí escritas: “El río y el leopardo” o “El río es un leopardo”, una; “Esto nos une nuevamente”, otra; “Alexander y yo estamos en ti”

(o algo parecido, dice el informante); “Nunca supe decirte que te amo”, otra. Por supuesto, con tan escasos datos nos es imposible llegar a conclusión alguna de manera satisfactoria. Todo cuanto podemos pensar por los momentos es en la existencia de otra persona, lejana, tal vez la que envió el leopardo...». Daniela Tobeina, he regresado.

Baudelaire

Me han dicho que mi abuelo la heredó de su padre francés, que mi padre del suyo: yo no podré gozar —hoy he sabido— la tierna ansiedad de los iniciados por la lectura de viejos manuscritos y originales olvidados en sucesivas ediciones. No podré ya observar ese salón oscuro, tapizado en andamios, pleno de conocimientos y mundos ambiguos, que hasta hace poco tiempo contuvo la herencial biblioteca: una llamada telefónica ha logrado destruir mi sosegada esperanza e invade mi mente, dúctil a las cavilaciones mágicas.

Mis primeros conocimientos sobre la obra de Baudelaire se remontan a los días de la infancia: en Tucupita, en la biblioteca de mi padre (no nuestra biblioteca: ahora no), descubrí la edición original de un soneto del autor mencionado: «Los gatos»: *Le Corsaire*, 14 de noviembre de 1847. Ese breve soneto cambió mi percepción del mundo. Yo, que me creía destinado a inagotables tareas científicas, comprendí entonces que ninguna labor es desechable, que igual belleza encierran un riguroso teorema matemático y, por ejemplo, la armoniosa cadencia del lenguaje warao. Me dediqué, por lo tanto, a este trabajo innecesario que algunos denominan escritura.

Doce años de vida en la capital de este país poco han influido en mis costumbres: aunque algo sedentario, añoro los caños que sostienen las anegadizas tierras deltas; veo, en algo que yo sé no es un sueño, las curiaras veloces burlar el Amacuro, los waraos desnutridos caminar bajo el sol. Aun así, comprendo que estoy perdido: jamás lograré recuperar el asombro del joven, nunca —alguien debe saber mi aflicción— podré nuevamente recorrer con mi vista la silenciosa biblioteca de mi padre ni detenerme a hojear esa revista polvorienta que contenía un soneto de Charles Baudelaire. Ayer adquirí una edición española de *Las flores del mal*. Como acostumbro, decidí reservar la tarde de hoy para la lectura de esa obra. En la mañana hice los arreglos: compré cigarrillos y refrescos de frutas, anuncié mi ausencia en el trabajo: un tío enfermo, dije. Preví todos los detalles familiares: nada, les aseguro, logró interrumpir la lectura, aunque el sueño... No me extrañó que la primera escogencia —la única— fuera ese soneto minucioso: «Los gatos»: es imposible doblegar un recuerdo dichoso. Esta tarde no era yo quien leía: esta tarde era un joven agobiado por dudas que caminaba por las calzadas de mi pueblo natal. Esta tarde fui aquel warao escurridizo, soñoliento, mudo, que habitó el incansable Delta, que profanó ríos, subió moriches y conoció el sabor de los gusanos; esta tarde fui otro, otro que se ha perdido para siempre. Sentí una extraña soñolencia: estaba dopado de imágenes brillantes. Coloqué el libro, abiertas las páginas en el soneto mágico, sobre una mesa mínima, al lado del cenicero humeante. Dormí una hora, tal vez dos. Me despertó un olor reconocible: papel quemado. Ya era, les juro, demasiado tarde: «Los gatos», el poema, estaba totalmente destruido por el fuego. Yo, el meticoloso, había dejado un cigarrillo encendido al borde del cenicero. Minutos después sonó el teléfono con esa llamada de larga distancia, desde Tucupita. Mi padre, entre lamentos, entre sollozos, me dijo la noticia: la biblioteca, nuestra incomparable biblioteca, se había incendiado. Ustedes comprenden mi desdicha.

Las puertas de la montaña

Como estábamos sitiados y era imprescindible una decisión favorable, concluimos que abrir las puertas de la montaña (al menos esa que obstaculizaba el paso) podría ser, si no la mejor salida por el tamaño de la llave y el tiempo que llevaba la montaña cerrada, sí la posibilidad más evidente. Beltrán lo hizo con la ayuda de todos, menos la niñita de sandalias moradas que gastaba todas sus energías en alejar a los perseguidores con su llanto, aunque esto no fuera muy efectivo, realmente. Tal vez, decidimos al pasar por la puerta, si hubiéramos reunido al otro niño, el de gorra de marinero, con ella, agrupados los dos hubieran producido mejores consecuencias: es imposible atacar cuando alguien llora, dicen los códigos. Mas, estos atacantes eran distintos: vivían en ese lado de la montaña. Sin embargo, logramos comprobar que allí también crecían las flores: esto sería muy importante cuando intentáramos explicar el problema.

Finalmente nos introdujimos en la montaña (pensé que sería más difícil) y caminamos a través de ella hasta llegar a la otra puerta, Mildret utilizó la llave, la que tiene estrellitas grabadas y color de frambuesa. No fue un gesto malcriado dejar que una dama nos hiciera el trabajo: senci-

llamente concluimos que si todos llorábamos dejaríamos desarmados a nuestros atacantes, y Mildret, comprobamos silenciosos hace tres días al negarle un helado de frutas, era insoportable cuando lloraba. Ella abrió la puerta y lo hizo bastante bien porque todos pasamos. El camino ahora se hacía más ancho, circunstancia terrible ya que les daba oportunidad de unirse a nuestros atacantes. Encontramos la puerta y Oscar, que estaba exhausto de llorar, se prestó para abrirla con la llave violeta. Pasamos y nos encontramos con muchos caminos que conducían a una misma puerta. Innegablemente nuestra situación no podía ser más incómoda, porque ahora tendríamos que repeler ataques desde todos los caminos y la posibilidad de llorar en grupo nos estaba decepcionando. De todas maneras, logramos caminar hasta la puerta, la cual alguno de nosotros abrió ya sin mucha esperanza, y después muchísimos caminos y otra puerta y más caminos y puertas y caminos y llaves de todos los colores hasta que alcanzamos la ciudad y los caminos y las puertas se hicieron infinitos y estábamos sumamente fastidiados con tanto llanto, pero los perseguidores continuaban acechándonos, ahora desde todos los puntos imaginables, y esto nos ayudó a saber que eran los mismos que vivían del otro lado de la montaña.

El sustituto

La abuela ya está bastante mayor y el abuelo murió recientemente. Volver es un signo que nos atormenta, que siempre está adentro, sigiloso, burlón. La vida es un retorno: volver: recomenzar a cada instante. Pero sin lugar a dudas (¿acaso esto es cierto?) este regreso podría ser tan valioso como cualquier otro. Claro está que la abuela saldrá a abrazarme y quizá alguna lágrima evoque recuerdos que imagino lejanos, fuera de mí, pertenecientes a otro que tumbó pomalacas y construyó trojas con el abuelo; otro que siempre tiende a aprehenderme, a sustituirme como yo hice con él; otro que aún se sorprende cuando presiente el río, el Delta evocable: caños que nunca terminan y colores puros: toda la juventud imperecedera, sucesiva, extenuante.

La casa estaba como siempre, igual que antes de yo partir a la ciudad. La abuela, mejor de lo que yo esperaba (¿acaso esto es cierto?), me saludó con indiferencia, como se saluda a alguien que vuelve de un paseo. Después vino la cena y ninguna palabra del abuelo muerto: ninguna evocación que rompiera el silencio, el intranquilo canto de las ranas y el calor sofocante: nada. Caminar hasta el club hubiera sido repetir la ciudad, el tumulto; preferí, seguro, las calles marginales que se acercan

al río. Mañana será, me dije. En la comida ella me hablará, pensé. Me mostrará las fotos: el abuelo más pálido que nunca entre sábanas blancas, lavadas con granitos de bicarbonato, como ella dice, recuerdo. Después los radiogramas y los servicios que la señora Rosa (la que vive en el barrio y quedó viuda o nunca se casó) le prestó en los momentos más difíciles, cuando traían al abuelo en la ambulancia y ella, la abuela, sufrió desmayos y crisis de nervios. Todo será mañana, en la comida, y él abrazará a la abuela y le dirá las palabras convenientes que pensó cuando venía en el autobús, entre tragos de ron y canciones con cuatro: alguna ranchera necesaria para las madrugadas: cualquier cosa de Chavela Vargas. Contesté, todavía inseguro, algunos saludos efusivos de personas que, sospecho, fueron grandes amigos o simplemente sentían necesidad de presentarse, de decir cuánto lo siento, todo el pueblo acompañó el entierro, yo cargué la urna desde la casa hasta el cementerio bajo la lluvia, porque siempre que se muere una persona así llueve, aunque los padres digan que eso no importa y no hayan querido hacerle los servicios a su abuelo, en la iglesia, porque era masón. Usted sabe, cada quien puede pensar como quiera, pero su abuelo me dio veinte bolívares para medicinas cuando La Negra, ¿la recuerda?, bueno, cuando La Negra se enfermó y yo estaba sin trabajo en La Horqueta. Sí, joven, su abuelo fue muy buen hombre, aunque masón, claro está. Yo varias veces se lo dije, pero él siempre reía y se burlaba de los curas.

Jamás sin el bastón: ese tiro en la rodilla lo embromó muchos años, sobre todo cuando llegaban las lluvias. Y el dulce de lechosa que nunca le faltaba, en las noches, antes de acostarse, recuerdo... Me acerqué al río y palpé las aguas hasta sentir lo mismo que el otro había sentido: ese vértigo que me atraía a ellas y me obligaba a hundirme en el fango (su lecho) hasta el cansancio. La curiara inesperada, solitaria, me prometió una salida, un pequeño escape y el momentáneo olvido (¿acaso esto es cierto?). Sobre ella, otro más joven: el de los almendrones en la plaza

y la retreta de los jueves. De nuevo caminé con el abuelo por las calles soleadas; de nuevo le quité su bastón mientras él conversaba. Regresé. Registrar el cuarto de atrás, el último, entre miradas de aprobación de la abuela cuyo mundo niega las variaciones: levantarse a las seis, cocinar, caminar por los jardines laterales: repetirse, me produjo una sensación temible: el escalofrío de las cosas perdidas, de los sueños ya nunca soñados. Esos deseos juveniles de convertirse en el abuelo, de imitar su conducta, su cuerpo, su caminar impreciso, volvieron, ahora como espasmos, como choques eléctricos, y me redibujaron una realidad enterrada por el tiempo, por los viajes innecesarios y las noches de amor. Para entonces ya había perdido toda esperanza de comunicación. En cualquier momento comprendí (;acaso esto es cierto?) que las palabras convenientes, las tramadas durante el viaje, nunca serían pronunciadas. En algún lugar (tal vez el río) intuí este final que había sido tan claro cuando niño, cuando era el otro que ahora, definitivamente, me ha atrapado. Por eso no me sorprendí cuando la abuela me dijo, casi me ordenó, después de la cena y las visitas: el bastón. Por eso no me sorprendió que nunca le lleváramos flores a una tumba inexistente. Por esa razón, repito, no puede sorprender a nadie que yo regrese a casa, por la acera maltrecha, con este bastón que tanto ayuda a mi rodilla adolorida, sobre todo ahora, cuando comienzan las lluvias, porque ya se acerca la noche y la vieja me está esperando con el dulce de lechosa que mucho me gusta antes de dormir en la cama de hierro que compré hace ya muchos años cuando construí la casa, cuando aún este pueblo no tenía historias.

Ollas y pieles de leopardo

De existir una excusa aceptable, pensó, habría pospuesto: deportivo y aséptico, esta visita que siempre sería inoportuna, fuera de su diario laborar como vendedor de aparatos importados, porque él siempre comerciaba con lo mejor, aquello que estaba de moda en las grandes capitales y que usaba (todo bajo juramentos y genuflexiones: la motivación del cliente: imprescindible táctica inicial) la Primera Dama cotidianamente. Dos días desde la llamada del cliente, desde los primeros insultos que se repitieron, sistemáticos, al atardecer cuando regresaba del trabajo luego de convencer a otras compradoras de que, positivamente, la Condesa R. aceleraba sus tareas hogareñas con los productos que él vendía: ollas y máquinas incomprensibles, definitivamente de otros tiempos. Sin duda su oficio era costoso, arriesgado, y precisaba de un pulimentado conocimiento de la psicología cotidiana, de los estados anímicos producto de la cocina y el televisor. Por estas razones, se decía, no era un gasto innecesario el laboratorio fotográfico: ahora tenía pruebas materiales para sus palabras: la Princesa de J. con una pulidora-aspiradora-secadora que, como si fuera poco, también fumigaba, desinfectaba el ambiente (esa terrible contaminación: sus palabras preferidas), limpiaba cueros cabe-

lludos, alfombras persas, pieles de leopardo extraídas en plena carrera del animal (fotos de una cacería en África) y todo lo imaginable, además de un radioreceptor de fabricación japonesa insertado en la minúscula central de comando: diviértase mientras trabaja y sonría, sobre todas las cosas sonría (nuevas fotos alusivas al tema).

—Usted vendrá, ¿verdad? —fueron las palabras, a través del teléfono, de ayer a las seis. Entonces decidió este paréntesis del mediodía. Llegaría, profesional e interesado, y diría todo lo que tenía que decir de un solo golpe, poniendo énfasis en las frases que considerara vitales, ineludibles. —Incomprensible, si están aseguradas contra todo riesgo—. La última vez (una fecha remota, acordó) nuestra floreciente Compañía contrató, con carácter de exclusividad, a expertos técnicos extranjeros que discutieron, en incontables reuniones, los cambios indispensables —inmediatamente puestos en práctica por la Compañía— para asegurar la tranquilidad de nuestros distinguidos clientes. ¿Desperfectos mecánicos? Imposible: la Compañía tiene un departamento de dedicación exclusiva que revisa detenidamente todas las ollas antes de enviarlas al mercado. Todo está supervisado punto por punto, sistemáticamente, por las últimas computadoras conocidas. Esa posibilidad es tan remota que, opino, debe ser descartada. Sobre todo si... Este tráfico maldito: seguro que se recalienta el motor. Bonita vaina ir hasta El Valle a mediodía con los carros que salen de todas partes y el aparato de aire descompuesto: el motor que no arranca me dijo Ludovico triunfante luego de dos horas de revisión: el tiempo necesario para convencer a un cliente. Son solamente dos mil quinientos por el juego completo, incluido un ayudante de cocina obsequio de la Compañía. Usted nunca se arrepentirá de esta adquisición indispensable: la Compañía le asegura un rendimiento óptimo en todas las condiciones previsibles. Por supuesto, si sobreviene algún desperfecto inesperado (algo imposible) usted me llama a estos teléfonos: de inmediato vendré con dos técni-

cos infalibles, extranjeros usted sabe: los mejores... Increíble que esas ollas exploten, pero eso fue lo que la clienta me informó por teléfono, hace dos días, cuando llamó por vez primera. Y luego, ayer a las seis, la completó diciéndome que murieron dos niñas: eso fue descuido. Cómo son las mujeres ahora: primero el cantante de moda y después la cocina. Pero si alguien se los dice... Dejar la autopista es peor: en la Intercomunal hubo un choque, dice la radio. Seguro que son dos ruleteros. Lo que más me molesta será la escena: chillidos e insultos por todos lados: demanda judicial posiblemente. De eso se encarga la Compañía: una indemnización y listo: problema terminado y a buscar más clientes, a tratar de desviar el golpe, la publicidad adversa. Con unas cuñas es suficiente: Las ollas del mañana, hoy. Así, con esas palabras y dos modelos vestidas con confecciones exclusivas Caballero L.: todo un impacto con la canción de moda como música de fondo. La Compañía, por intermedio del Seguro, se encargará de subsanar los males, al menos los males subsanables. Usted está en sus derechos si intenta una demanda judicial, pero le aseguro que ese procedimiento es innecesario. En el caso anterior (de nuevo la fecha acordada) la Compañía se hizo cargo de todas las responsabilidades —aunque, ciertamente, esa vez no hubo muerte— y el cliente quedó enteramente complacido: sin rastros de temor utilizó una nueva olla que le regaló la Compañía. Yo, personalmente, lamento profundamente el suceso. Sé que es un daño irreparable, pero la dinámica de hoy está por encima de todo. Si hasta llegamos a la Luna y eso costó tres vidas: cifra bajísima si la comparamos con las muertes que causaron el descubrimiento, la colonización, la misma independencia. Comprenda y sea razonable: todo se arreglará con entera satisfacción para ambas partes. Le aseguramos a usted que se dejará a un lado el odioso tráfico de influencias, etcétera. Al fin llego.

Si, es el trescientos cuatro, piensa ella. Que no se equivoque porque llevo dos días esperándolo, deleitándome con este momento, escuchan-

do innumerables timbres cada minuto: oliendo su presencia. Todo está preparado y estoy segura de que no habrá escenas, ningún gesto alarmante: nada que le prevenga. Qué fastidio si tuviera que escuchar sus palabras, sus disculpas estúpidas y luego la conveniente indemnización: «Nos comprometemos formalmente a reembolsarle los gastos del sepelio, de los sepelios, disculpe. Todo se arreglará a las mil maravillas señora. Claro está, es preferible entendernos con su marido: entre hombres los acuerdos son más rápidos y, en este caso, menos embarazosos. No se excite, razone. Esas son cosas que suceden, inevitables, aunque muy escasas». Ahora viene en el ascensor: tercer piso. No temas que todo será rápido. Te juro que no sufrirás demasiado: el filo está reciente: son dos días afilando este puñal y yo sé dónde queda tu corazón. Suena el timbre.

Revelaciones a una dama que teje

Para Gonzalo Moreno

Yo no quería llamarla, Lucil. Le aseguro que no quería hacerlo porque respeto su silencio, su lejanía, su cansancio. Pero es imposible seguir ocultándolo. Espero que me crea, Lucil, porque es usted la única persona que puede hacerlo. Sé muy bien cómo adora los animales, sobre todo si son blancos y son gaticos, ovejas o perritos. Comprendo lo inoportuno, e interrumpo el *pullover* que teje para Andrés, pero tenía que llamarla porque a él no me atrevo a decírselo. Ayer caminamos por el parque y las hojas estaban rojas de verano. Andrés y yo caminamos y charlamos de pintura, de su exposición en la galería, y le enseñé un relato donde hablaba de ovejas y se rió y las llamó carneros, y me dijo que a él le encantaban los carneros, «sobre todo la carne». Así, entre comillas, me dijo, y tenía la boca llena de saliva y yo sentí ganas de correr y de no verlo más. Entonces decidí llamarla, aunque eso la moleste, y contárselo todo, porque si usted comprende sé que me perdonará, ya que no tengo otra salida. La semana pasada (el día que se fue mamá) soñé con las ovejas. Eran tres ovejas pequeñas, delgadas, blancas: las más bellas que jamás haya visto, que brincaban de un lado a otro, en la puerta del

edificio, metiendo sus hocicos rojizos por entre los huecos de la puerta metálica. Desde allí me llamaron. No es que yo quisiera dejarlas, pero ellas me llamaron, fríamente, sin un sonido, con sus ojos blancos que me miraban desde el sueño, y yo les tendí mis manos y corrí hacia ellas para abrirles la puerta del edificio y esconderlas en el ascensor descompuesto. No me critique lo que hice después, Lucil, porque no podía dejarlas morir de hambre y fui hasta el campo: les traje hierba y cereales de la casa de abastos y les compré un tobo para el agua que le cambiaba todas las tardes, al regresar de clases. Todo marchaba tan bien, Lucil, que yo me sentía como un padre de familia y las limpiaba con un cepillo de alambre y les barría su casa todas las noches, entre la mirada de desconfianza del celador, desde la puerta, y los sonidos de alegría de las ovejas al verme. Pero la otra noche, hace dos días, tuve pesadillas: ellas me llamaron con sus ojos fríos, estáticos, y yo corrí para salvarlas y las subí hasta el cuarto piso, donde vivo. Allí las dejé esa noche, junto a mi puerta, con dos cobijas y el tobo de agua. Al día siguiente estuve con Andrés, en la galería, para ayudarlo con los cuadros, con el montaje. Él me dijo entonces que estaba usted resfriada y yo recordé que tenía amigdalitis y no podía tragar, y que las ovejitas tendrían hambre a esa hora. De regreso a la casa pasé comprando más cereales y madera que necesitaría para el corral en la casa, al lado de la lámpara grande y del tocadiscos. Por ahora las ovejitas estarían en el pasillo del cuarto piso, muy cerca de mi puerta que es la última, al fondo de la galería. Decidí después dormir en el día con la esperanza de no ver las ovejas y así descansar. Pero al dormirme ellas volvieron, siempre tres, con las orejas puntiagudas y el pelo blanco, y estaban asustadas en el pasillo, con las trompas abiertas, jadeantes y mirándome nuevamente. Yo las pasé hasta la sala y ellas brincaron sobre los muebles y rompieron la lámpara y las ceniceras. Luego me descubrieron acostado, con la cabeza sobre la almohada, soñando, y me miraron como se ve a una

persona mayor y respetable. Se acercaron y me despertaron. Entonces la llamé, Lucil, para que usted le diga a Andrés que no venga, aunque yo sé que usted no lo verá hasta la noche y él estará aquí dentro de poco; aquí, en esta casa, junto a las ovejas blancas: esos seres preciosos que él llama carneros y los come. La llamé también para pedirle que me perdone, porque ahora mismo, cuando suene el timbre, yo colgaré el teléfono e iré hasta la puerta, con el picapapeles en la mano derecha, y no tendré la culpa si es Andrés quien llega, con saliva en la boca, a comerse mis tres ovejitas.

Amphion

No explicaré por qué ese año tomaron la decisión ahora olvidada: una palabra única, profunda, que resuma las condiciones del pasado, parece inexistente. Diré simplemente que ese año (cuyo número intento desconocer) se multiplicaron vertiginosamente los espectáculos para el gran público: circos extraterrestres, reproductores del pensamiento, juegos, mítines. Y todo, claro está, en recintos herméticamente cerrados: no...

Estaba caminando, tratando de alejar el fastidio, cuando vi el anuncio luminoso: «Reproductor del pensamiento: función gratuita para jóvenes sin empleo». También yo, que me jactaba de ser indiferente, conocía las palabras del ministro: «El Estado, ese organismo impersonal y lógico, está en la obligación de exterminar el tedio. Como medida transitoria, revocable, crearemos salones especiales para la diversión del pueblo. Es preciso encontrar fórmulas que erradiquen, definitivamente, el desempleo...». Entré. Bienvenidos estimados jóvenes. La voz salía de las paredes decoradas, asfixiantes. El ministro, amigo de todos, los saluda, Quisiera ahondar en explicaciones, pero ello sería tergiversar los objetivos fundamentales del espectáculo: diversión y comodidad. Los dejo, por lo tanto, con el apreciable señor Gracioso, el cual les explicará el funcionamiento de los instrumentos que cada uno de ustedes puede ver a mano derecha del asiento respectivo. Gracias, señor ministro. El mecanismo es simple: los anteojos oscuros, bastante útiles y

de perfectas simetrías, les servirán para observar, en maravillosas imágenes tridimensionales y a colores, los pensamientos, en conjunto homogéneo, de cada uno de ustedes. También, entre los instrumentos, se encuentran audífonos cuadrafónicos y mascarillas gustativas. Todo será colocado correctamente, de acuerdo a las elementales normas del sentido común, y asegurado con los broches que se abrirán *únicamente* luego de finalizada la función, cuya duración está calculada para cinco minutos. Si alguno de ustedes siente náuseas durante el espectáculo debe cerrar los ojos inmediatamente y, en caso extremo, tratar de no pensar. Repito: los broches que aseguran la mascarilla gustativa, los audífonos y los cinturones de seguridad —requerimiento inapelable del Estado, estos últimos, en su afán por garantizar la integridad física— no podrán ser retirados, por más esfuerzos que hagan, hasta el final del entretenimiento. Les recomendamos, por lo tanto, no perder energías en empresas inútiles. Felicidad y extraños pensamientos.

Delicioso jugo de frutas frescas uno dos tres uno dos tres soldados a la guerra explosiones sabor a tierra humedecida hierba muchachas desnudas sexo a la derecha eres un imbécil por qué no aceptaste el trabajo música antigua campo de fresas para siempre adolescentes un río colores colores arcoíris aviones bombas el ministro es bueno trabajo golpe cierra la puerta tiene un bonito culo convídalo amiga es el más grande que he probado mamá dice otra vez escribiendo leche con malta estás desafinando es do do do con ímpetu yo arriba a las doce uno dos uno dos izquierda vendidos ministro pendejo leopardos leopardos reunión no volveré correr correr bombas estoy entumecido qué fastidio y solo pienso en leopardos ágiles que se desplazan uno dos de todos lados piel cobriza sacrificio piedra todos deben morir todos deben morir leopardos indio, pensé, ácido ácido trompetas amarillas rosadas azules violetas raíz cuadrada de cañones ácido todos deben morir, pensé, monjas una dos tres mano pieles de leopardo caras de necios tienen que morir, pensé, horrible fastidio agua río que se hunde embarcación

desierto coche paraguas uno dos uno dos marchen final final deben morir deben morir toda la sala llena de granujas pintados, pensé, carne Bach J.S.J.S. somos demasiados deben morir tienen que morir veneno veneno mascarilla ácido amargo peón cuatro rey peón cuatro rey río invertido salto cascada hacia el espacio caballo tres alfil rey ataque caballo tres alfil dama uno dos uno dos flanco izquierdo alfil cuatro alfil flanco derecho alfil cuatro alfil orden trabajo muchos muchos peón cuatro caballo dama deben morir gambito de Evans ácido mascarilla amargo los broches que hacen tras antes de tiempo y quedo en el vacío, en la escala con decoraciones múltiples y cuerpos sin vida. Veneno, pienso. Así nos eliminan sin que nadie se entere y recuerdo que Elena, Raúl, Gonzalo y tantos otros no han vuelto por la casa. Y recuerdo los avisos: se solicita, se solicitan, desaparecido Antonio, Carlos, Pedro: tantos nombres ahora sin cuerpos: «Es preciso encontrar fórmulas que erradiquen...». Usted. Usted. Deténgase. Esta es mi ruina, malvado adolescente, infección de la sociedad. Deténgase. Qué desastre. Horrible, horrible, horrible.

¿El señor Gracioso?

Sí, muchacho necio. Ustedes se imaginan que pueden cambiarlo todo, ¿verdad?, todo. Contésteme: ¿por qué no murió como los otros? ¿Qué mal le he hecho para que me arruine de esta forma? Todo el espectáculo perdido. Horrible, horrible. Ahora me despedirán y quedará descartado el trabajo de toda mi vida: calamidades, sufrimientos, lucha. Porque yo he luchado por la vida, por esta tierra amada, por los alimentos, por todos nosotros...

Oh, perdóneme —contesté—. No sabe cuánto lo siento, pero fue involuntario. Supongo que pensé demasiado en selvas, muertes y leopardos. Eso fue. Algunas veces debemos simplificar las cosas. ¿No le parece a usted? Y me alejé hacia el sitio por donde había entrado.

El lector

Un hombre pequeño, inadvertido, la olvidó hace años; tantos, que nadie osa recordar sus facciones. Poco importa si este decir se encuentra apoyado en la veracidad; lo cierto —e indudable— es que la obra progresivamente fue cobrando vigor y fama y que de objeto curioso o repulsivo pasó a ser recipiente de nuestros destinos. Abundan comentarios acerca de este paso; todos modifican el prolijo comienzo, pero acuerdan en agregarle a la obra poderes ilimitados de predicción.

Arístides Raindorf es un nombre que se ha repetido por generaciones; así han llamado a mi bisabuelo, a mi abuelo, a mi padre; así es mi nombre y el de mi hijo. El primer Raindorf (el primer Arístides Raindorf), como los hombres de su época, fue agricultor; también manejó una posada de camino en las proximidades de su pueblo; era honesto, sin grandes pretensiones, dispuesto para morir en el lugar donde nació. No puedo saber si fue bajo o alto, delgado o grueso, sereno o irritable; sé que en la posada de ese Raindorf apareció la obra y sé que la obra no es un óleo ni una acuarela ni un dibujo ni una escultura, y que por su capacidad de mutación podría aceptar el nombre de boceto, aunque no es un boceto en su estricto sentido. La obra es *algo* que puede sentir —o transmitir un

sentimiento—; es *algo* incapaz de distinguir entre diversas situaciones del deber ser: su característica más específica, aparte de la plasticidad y la predicción, es la amoralidad. Imagino que el primer Raindorf se ruborizó ante la indefinición de la obra y que por prudencia la tuvo escondida hasta su muerte.

Mi abuelo fue distinto; no despreciaba el campo, que con él floreció extraordinariamente, pero a diferencia de su padre tenía apetitos de poder y nunca imaginó morir en el pueblo del primer Raindorf y mucho menos en su posada. En el pueblo, sin embargo, se encuentra su tumba: mausoleo repleto de evocaciones vegetales. Este Raindorf descubrió el poder y utilidad de la obra; inició la gloria de mi pueblo.

Todos saben que fuimos un país pequeño, sumido en arideces. Antes de la obra, nuestra historia carece de palabras que indiquen abundancia: varias fanegas de cacao era una cosecha significativa, y quien lograra recoger el arroz, el trigo o el maíz, obtenía de inmediato el respeto de los hombres. Mi abuelo padeció esta situación por muchos años, pero de una estación a otra su suerte varió. El maíz de sus campos, sembrado cuando todos sembraron trigo, prosperó hasta el escándalo: nunca el pueblo de ese Raindorf —ni el país— había sido testigo de una recolección tan provechosa. Y al año siguiente, sus hortalizas merecieron exclamaciones, y después el café, y después el cacao, y después el arroz. Arístides Raindorf se convirtió en ciudadano opulento, digno de una alcaldía o gobernación de provincia. Todos aplaudieron su suerte, sus vastos conocimientos de la tierra, su temerosa seguridad al seleccionar la semilla para la siembra y el día y hora precisos para iniciarla. Arístides Raindorf, sin contrincantes, fue designado gobernador de su provincia: y la opulencia se hizo colectiva y el país se alimentó cabalmente.

El gobierno central condecoró a mi abuelo; saludó su provincia, su casa, su familia. Pero esto no fue suficiente para ese Raindorf. Un día, entre los aplausos de sus compatriotas, llegó a la ciudad y habló con el

ministro. Tengo el secreto de los campos, de los frutos y de las cosechas —dijo—; mi padre, Arístides Raindorf, me lo dejó a su muerte. Puedo hacer de este país el más rico y próspero del universo; puedo hacer que sus gentes sean respetadas por todas las gentes y que su gloria traspase el horizonte. Solo pido, para mí y para mi descendencia, un cargo honorable que nos exalte a los ojos del mundo. El ministro quiso pruebas y las obtuvo; con su séquito y Raindorf viajó a la zona productiva y estuvo en la casa de mi abuelo y logró ver la obra. Dicen que sus ojos se desorbitaron, que un breve mal cardíaco lo molestó, que salió de la casa sin pronunciar palabra y que jamás mencionó la obra en sus conversaciones. Dicen que Raindorf, como prueba de sus poderes a través de la obra, mandó sembrar batatas en un campo previsto, y fijó el día y la hora de la siembra, y fijó el día y la hora de la cosecha, y sostuvo que el tamaño de los tubérculos sería el más grande conocido en estas tierras y en las otras. Así se hizo y así sucedió. Arístides Raindorf fue nombrado Lector de la Obra y se le autorizó para escoger a uno de su descendencia, el cual ocuparía el mismo cargo una vez retirado o muerto el Lector, y a éste para seleccionar a su reemplazo, y así sucesiva y eternamente.

Lleno de títulos que aumentaban con la admiración: Lector de la Obra, como específico; Primero en Sabiduría, Sabio en Vegetales..., como derivados, Raindorf abandonó su provincia y se instaló en la ciudad. Pronto el país fue cantera del mundo y hasta sitios distantes llegó la fama de mi abuelo y de la obra secreta que ocasionaba tanta prosperidad y dicha. Fuimos invadidos por lenguas extrañas, envidiosas de nuestro triunfo, y nuestras armas, torpes, parecían destinadas al fracaso. La obra nos salvó, indicándole al Lector las estrategias precisas para el contraataque, las horas y sitios exactos, los implementos necesarios. Arístides Raindorf sumó su gloria: la casa donde residía fue duplicada; sus guardianes y sirvientes, elevados en número y rango; se le concedió el título de Regazo del País y la Cultura, y medallas, galones y vestidos le fueron

entregados... Igual que otro mortal, mi abuelo falleció: duelo, lágrimas. Fue enterrado en su pueblo, a petición de Arístides Raindorf, mi padre, Sabio en Vegetales y muy pronto Propulsor de los Fuegos.

Raindorf dijo: Debemos proteger el país de nuevas invasiones; somos un pueblo pequeño, vulnerable; que el mundo sepa de nuestra fortaleza para que nadie —ni reyes ni gobiernos, ni imperios ni culturas— rompa nuestras fronteras. La obra se erigió en directora de las construcciones; aprobó, modificó e invalidó diseños que Arístides Raindorf le presentaba; en ocasiones sugirió —ordenó— sutiles y mortíferas bombas, proyectiles indestructibles, fortalezas, aviones, tanques. Nos llamaron Armada Protectora y nuestros soldados, pocos pero invencibles, fueron respetados a distancia.

Mi vista se ha gastado. Hace un año, yo, El Sabio Invasor, El Lector Imperial, El Nítido y Estricto, El Amado de las Proteínas (aunque este título, que indica la abundancia del ganado bajo mis lecturas, pronto fue tumbado por la gloria del primero), hace un año abdiqué en favor de mi hijo. Aún podía cumplir mis funciones de Lector de la Obra, porque el entrenamiento que tuve fue tal que me permitió sentirla; mi padre, Propulsor de los Fuegos, se esmeró al prepararme, igual que yo hice con mi hijo; pero cierta pasión perfecta y cierto temor (o esperanza) precipitaron mi alejamiento. Nadie puede dudar de mi grandeza: acrecenté el país hasta territorios insospechados, y hoy no bastan ni nueve ni diez días para cruzar el imperio; aplasté lenguas, sofoqué subversiones, hice de los conquistados súbditos apacibles. La obra me guió con inteligencia, porque siempre fui capaz de captar sus fugaces estabilidades. Allí radica el éxito —y el fracaso—. Si me estuviera permitido —si me lo permitiera—, tampoco podría describir la obra: su esencia es fluir, sin referencias duraderas; por momentos es un día, una hora, un lugar; por momentos un árbol, una armada, un soldado; por momentos una estrategia. Digo que la obra es una ventana:

y esto no es mentira ni verdad; afirmo, nuevamente, que es algo con ilimitado poder, pero sujeto a los hombres, a un hombre (Aristides Raindorf) que la descifra. Confío en mi hijo y no puedo envidiarlo. Desde pequeño me acompañó en cada lectura, en cada sufrimiento. Técnicamente, su procedimiento es perfecto; quizá superior al mío. Pero hay algo confuso en sus lecturas: Aristides Raindorf no siente la obra; se detiene en el momento injusto —y ya sabemos que un segundo antes o después la obra es otra cosa—. A lo largo de este año, únicamente yo he captado las irregularidades del Lector: la gloria es tanta —y han sido tan secundarias las campañas— que nadie toma por equivocación un paso en falso: simplemente olvidan, simplemente temen poner en duda el rigor de la obra. Confío en mi hijo, y espero que con él finalice nuestra sumisión. Tal vez en el futuro nuestro país no sea tan grande ni tan rico ni tan próspero como es hoy; pero tendrá (debe tener) lo que la obra le ha negado: un principio moral sano y constructivo. Con aflicción y dicha, anhelo la caída del imperio. Yo, Aristides Raindorf, el tercer Lector, el padre del Lector de la Obra, el hijo del Propulsor de los Fuegos, el nieto del Primero en Sabiduría; yo, el más grande y aplaudido, El Sabio Invasor, predigo la destrucción.

Más allá de la lejanía habita un pueblo insignificante; colinda con nuestro imperio en las secas tierras del oriente y su lengua es tan frágil e imperfecta que ningún escrito recoge sus costumbres. Ese pueblo, escasamente extenso —y ni siquiera numeroso—, ha sido seleccionado por la obra para sucumbir. Nuestros soldados no tendrán que moverse; bastará con pulsar dos o tres botones en las secas tierras del oriente. El Lector de la Obra ha fijado el día y la hora para emprender la conquista. No necesitamos de ese país, insatisfecho de minerales, ríos o inteligencias; nada cambiará al conquistarlo, pero el Lector ha dicho y será obedecido...

Ese país inculto no será conquistado. De alguna manera que nadie logra imaginar, nuestras armas caerán humilladas y la inquietud se hará colectiva. De alguna manera, que no logro imaginar, esa campaña irrisoria, mencionada apenas por nuestros diarios, anunciará el final del imperio y la obra. Tal vez Arístides Raindorf, el último Lector, sea recordado como El Gran Impreciso; no importa. Yo espero, humillado y feliz. La hora se aproxima.

Vibráfono

Tenía cinco años cuando murió Mauricio Angarita. Mauricio Angarita había llegado de una isla cuyas playas omiten las publicaciones turísticas; por años trabajó con ardor, tuvo amores pasajeros que le dieron hijos poco conocidos, acumuló riquezas no siempre bien vistas (tráfico de negras trinitarias, asesinatos en los pantanos menos frecuentados —fueron algunos de los reparos—), hasta que un domingo lluvioso, cuando el cura bendecía los ramos, se apareció con una joven tan delgada que la gente temió se quebrara bajo la lluvia, tan joven que pudo haber sido comparada con una hermana menor —y no faltó quien lo hiciera—. Haciendo caso omiso a todo comentario impío, y a las amonestaciones desde el púlpito, Mauricio Angarita se dedicó a vivir con esa mujer; transformó su vida radicalmente (sus antiguos amigos dejaron de tratarlo); tuvo varios hijos, y cuando ya gozaba de reputación positiva, tanto que se veía con malos ojos a quien recordara el pasado de Mauricio Angarita, murió de una perforación intestinal. Durante la noche velatoria, él, que contaba cinco años, pudo verlo: su barba blanca estaba bien peinada, su frente semejaba metales (tuvo que darle un beso de despedida), sus manos sostenían un crucifijo del que nunca fue devoto, sus oídos y su nariz estaban taponados con algodones.

La atención del niño se concentró; él sabía, porque esas cosas se saben desde pequeño en un sitio donde la muerte es tema esencial de toda conversación, que pronto su bisabuelo se deformaría, que dentro de algunos días sus carnes estarían descompuestas y que en pocos meses solo quedarían los huesos de ese ser infinito que había sido Mauricio Angarita: pensó en los algodones, en cuatro o cinco tapones solitarios que quizá (suposición insólita) serían testigos de la fractura del último hueso, de la muerte del último gusano. Entonces lloró con aflicción: y la gente nunca pudo imaginar el significado real de las palabras que acompañaban al llanto, porque solo una profunda convulsión de los sentimientos podía explicar el que ese niño, en vez de mencionar al bisabuelo, se refiriera a unos algodones mientras lloraba.

La noche transcurrió entre lamentos, hojas medicinales, historias que invariablemente terminaban en muertes: aún el pueblo se debatía entre conservar los restos de una tradición supersticiosa y las posibilidades de un progreso abstracto, evidenciado si acaso en una sala de proyecciones destartalada y en el casi sagrado secreto de cierta agrupación de ciudadanos que, influenciados formalmente por misterios masónicos (eso creían, al menos), habían fundado una asociación de amantes de la música, bajo el nombre de Club Musical: recinto hermético, bóveda inaccesible, lugar para el distanciamiento y la meditación, escondite de los elegidos: hijos dilectos del pueblo, como el abuelo del niño, que un día a la semana se reunían en ese Club para intercambiar opiniones, hablar de la última pieza escuchada o leer en voz alta la vida de algún compositor aplaudido. Y esta nueva costumbre, en otras circunstancias menos significantes, sirvió para sumar otra sorpresa al llanto del niño; porque nadie se atrevería a olvidar que aquella noche el hijo de Mauricio Angarita escuchaba cierto disco poco conocido, mientras su padre reposaba rodeado de mujeres y con un ramo de geranios sobre su urna.

No fue difícil para el niño descubrir el disco secreto en los archivos del abuelo. Suponemos que desde entonces su atención se concentró en los sonidos del vibráfono, porque al escucharlos volaban sus pensamientos cargados de geranios, algodones y muertes.

Muchos coinciden en afirmar que desde aquella noche el abuelo y el nieto estuvieron más unidos que nunca; el viejo, con devota serenidad, instruyó al niño en el gusto por la música: hoy este puede decir que nada le estuvo vedado, salvo lo que por aquellos días no llegaba al pueblo y cierta pieza que ninguno de los dos mencionaba pero que él oía en secreto, cuando el abuelo iba al Club —o cuando salía por las mañanas y la abuela se perdía en el jardín cortando geranios—. Así pasaron seis años desde la muerte de Mauricio Angarita; nada cambió en el pueblo, porque siempre los destellos de progreso se vieron sofocados por esos diques que el pasado construye cuando advierte un peligro. El niño, aislado de otros niños, fue creciendo como el abuelo envejecía: en una rutina asfixiante solo quebrada por la primera audición de alguna pieza (escogían una tarde tranquila, próxima al crepúsculo: todo era armonía en ese cuarto lleno de sombras) o el espectáculo de la muerte de algún animal doméstico; entonces la abuela, con igual maestría a la demostrada cuando cortaba geranios, degollaba las piezas que pronto se convertirían en alimentos... El descuido del niño era proverbial; su falta de asidero con la realidad, objeto de conversaciones, y su encierro por horas en su cuarto —o en el estudio del abuelo—, tema inagotable para las suspicacias. En esas oportunidades, la gente del pueblo escuchaba un vibráfono: y muchos aseguran —yo no lo hago— que con esos sonidos venían otros; gritos como de impotencia, apenas ahogados por las puertas y paredes macizas. Por eso, a nadie extrañó demasiado lo que el niño hizo.

Todo sucedió una tarde. El desenlace se lo debemos al azar, porque nada hacía prever que aquella tarde el abuelo se sentiría indispuerto

durante la reunión del Club Musical, y mucho menos (así pienso) que al volver a casa escucharía, proveniente de su estudio, aquel sonido de vibráfono que tanto lo había subyugado la noche en que velaron a su padre. Nadie conoce los pormenores: a un niño no se lo interroga sobre esas cosas; solo sabemos la historia de los primeros en llegar al estudio. Y esa historia, en realidad, es simple: el viejo estaba muerto; había sido degollado, y a su lado se encontraba el nieto, absorto mientras escuchaba una obra que tenía la particularidad de trasladarlo a sitios no recomendables. Cuentan que esa noche el niño asistió al velorio del abuelo y que, hacia la madrugada, habló de algodones mientras observaba la barba blanca del hombre acostado. Cuentan, también, que la muerte del viejo fue el desenlace de una oscura venganza. Según esta versión de poco crédito, el niño nunca le perdonó a su abuelo que oyera música mientras velaban a Mauricio Angarita: por eso lo degolló una tarde, justo cuando escuchaba la misma pieza que el viejo escuchó. Pero esas son historias laterales que solo sirven para demostrar la intransigencia del pueblo a cualquier cambio. Lo único absolutamente cierto es que la gente comenzó a silenciar aquel suceso, especie de venganza colectiva de un pueblo escandalizado por una actitud poco piadosa; lo único absolutamente cierto es que la gente evitaba mencionar aquella tarde, al extremo que solo por descuido rápidamente desechado, algunas veces el niño —ya hombre, ya cambiado y con una vida libre de antiguas culpas y pesares— podía escuchar ciertas palabras que, como susurros anónimos, le hacían recordar vagamente la noche en que velaban a Mauricio Angarita y su abuelo...

El cansancio de A.P. Frachazán

No era importante; ni siquiera tercamente habitual, como sucede con los que se complacen con una existencia acomodaticia, ondulante. Frachazán tal vez anhelaba esta meta —y hasta es posible que hiciera esfuerzos por conquistarla—; pero la vida lo había sumido en una pesadilla; pero su vejez conspiraba contra una voluntad poco firme a primera vista. Un pasado remoto —y malamente olvidado, según Frachazán— contaba con aquellos detalles. Vivía en una pensión cercana al centro de la ciudad. Desde ese sitio fue testigo de cambios abruptos: el que cercenó bellísimas manzanas en favor de dos torres y un túnel patrióticos, por ejemplo, y luego dos edificios que intentaban imitar la opulencia de sus antecesores y asumían sin orgullo el nombre de nuevas torres. Estas variaciones lo desequilibraban porque, para algunos la detenida tiene más importancia que la marcha, sobre todo si esta implica destrucción de lugares que traen viejos recuerdos y se consideran inalterables. ¿Cuántas calles y manzanas esconden con sus deformaciones un ordenamiento severo y magistral? ¿Cuántas, picadas sin respeto, manifiestan como en un ensueño aquel plan inicial que las hizo orgullosas? Seguramente Frachazán sabía que, así como los cambios auguran un

caos, guardan en sus entrañas detalles salvados que deslizan como serpientes. Pero en ocasiones este saber no basta. Y así, furioso por un error que insistía en negar lo que él consideraba indiscutible y por una desmesurada ansiedad de modificaciones que mutilaba el ayer como una bomba, A.P. Frachazán, soltero, pasaba sus últimos años como teniente de una división detectivesca.

Había conquistado ese título, menos por valores propios que por movimientos del azar. Cuando una bala callejera detuvo al detective de su división, el hombre indicado para sustituirlo disfrutaba una temporada vacacional. Ante esta ausencia, Frachazán, con una hoja de servicios limpia pero insignificante, resultó seleccionado. No hubo felicitaciones ni brindis ni obsequios: simplemente le pasaron un memorándum con su nombramiento y, por olvido o burocracia, ostentó el cargo de teniente hasta su muerte. Hubo envidias, eso sí; enojos por demás justificados y cierta presión que cada día aumentaba, amenazando reventar el recipiente. Nadie podía decir que Frachazán era especialmente torpe en el manejo de sus hombres y en los procedimientos policiales; tampoco, que se distinguía por su conducción y astucia. Quizás sea más sensato afirmar que tomaba su cargo como una pasantía, con excesivas dudas e indecisiones; igualmente, que de alguna manera se sentía usurpador. Esta situación creaba otro problema (o el mismo): parece difícil ayudar a un hombre que se niega a sobresalir, ve su puesto como una usurpación y es incapaz de detener su condición de usurpador. Si alguien entiende esto como existencia acomodaticia y ondulante, comete un error típico de mentes no incisivas. Dejar hacer y amoldarse a las situaciones es una cosa; pero hacer (o tratar de hacer) y sentirse fuera de lugar y no modificar nada, comido por una furia interna que en el mejor de los casos produce soledad, es otra.

De esta manera vivía Frachazán: con un sentimiento de impotencia, con una tendencia a la soledad, con un desprecio que era, sin lugar a

dudas, desprecio hacia sí mismo: por no modificar lo que creía incorrecto, supongamos. Pocas cosas lo llenaban: y entre ellas no ocupa lugar secundario el paisaje de la ciudad, cercano a su cuarto. A pesar de todo, seguían siendo hermosos ese orden olvidado, esa sucesión cortada aquí o allá por obras incultas y esa plaza cuadrada que servía de base a una torre-observatorio: atalaya histórica para Frachazán.

Aquella mañana, primer día de marzo, A.P. Frachazán se levantó a la hora de siempre e hizo los movimientos que por muchos años había practicado sin modificaciones: vestirse con ropas fuera de moda, ver el almanaque, decir algo para sí mismo, salir sin apuros. Su expresión, sin embargo, no era la habitual: había algo de triunfo en esas facciones. Se sentía radiante, orgulloso, por la decisión que había tomado. De ahora en adelante cambiaría, se haría respetar por sus detectives, vestiría diferente, sería un hombre seguro, enérgico, total. Pensaba en el hombre que debió ocupar el puesto de teniente; pensaba en Alfredo Querales. Era el detective que más lo despreciaba y el más inteligente de su división. Tenía que ganarse la confianza de Querales; hacerlo, si no su amigo, su compañero y mano derecha. Sí, todo sería diferente. Frachazán apuró el paso, observó a lo lejos la torre de la plaza, solicitó en una tienda ropas novedosas. Calles vagamente perfectas y aceras de manzanas rectangulares, soportaban sus pasos. Había mucha gente en las calles. Si Querales llegaba a comprenderlo, todo cambiaría: era un detective disciplinado y distinguido, el único con real mando sobre sus hombres. Pero Querales no aceptaba sobornos ni se complacía en adoptar actitudes neutrales; al contrario, se oponía a sus procedimientos y si al final los ejecutaba, era solo por respeto hacia su superior. Frachazán se internaba en un tubo humano que corría las aceras. Alguien lo saludó, pero no se detuvo. Sí, Querales sería su mano derecha desde hoy. Una sombra empujó sus espaldas. El ruido de un disparo. La sombra cayó retorcida. De pronto, el hombre se sintió otro centro del círculo. Sigán su

camino, dijo a los curiosos. Miró la sombra anterior: una bala la había humanizado. Todo era como un sueño. El procedimiento, Frachazán, sigue el procedimiento. Hizo un examen rápido y certero del sitio: nadie había visto nada: solo el sonido, solo el cuerpo sobre la acera. Se inclinó nuevamente... y entonces aquella cara desapercibida cobró significado. Qué azar, qué magnífico azar. La mañana se había roto para obsequiarle la muerte de Segura, el asaltante más fino que conociera la ciudad, el que había tenido en jaque a su división por tanto tiempo y había sido causa de comentarios negativos para Frachazán. Qué azar —pensó—, qué magnífico azar. La muerte de Segura abría nuevos rumbos, era el indicio de su cambio. Todo sería distinto. Segura había muerto: y con él se iba el lujo de los robos planeados, indescifrables. Sin saber exactamente por qué, sintió pena y nostalgia. No era sencillo encontrar un ladrón como Segura. Ahora todo carecía de virtud e inteligencia. Registró las ropas del cadáver. ¿Quién tiró del gatillo? El asesino debía estar desesperado. Pudo haber dado muerte a cualquier otro; incluso a él, que se encontraba delante de Segura. Un papel doblado sedujo su atención. Leyó una palabra, una cifra y otra palabra: *Faltan 63 días...* Todo se dobló, como una esquina.

Llaman a Querales —dijo el teniente—. Jugaba con un papel, arrugándolo con sus dedos. La muerte de Segura cambiaba muchas cosas. Una: nadie le recordaría la impunidad de un asaltante famoso. Dos: tenía que pensar... Ah, Querales... Siéntese, siéntese usted. ¿Supo lo de Segura? Todo el mundo habla de lo mismo, y dicen que usted estaba cerca cuando lo mataron. Sí, estaba delante. Querales lo miró. ¿Quién pudo hacerlo? Cualquiera, señor; un hombre así tiene enemigos, muchos enemigos... ¿Sabía usted, Querales, que yo admiraba a Segura? Era un hombre distinto; era, si me permite el término, un delincuente... distinguido. No es que aprobara sus actos; nada de eso. Pero en este oficio aprendemos a distinguir un ladrón vulgar de otro virtuoso. Y

Segura era eso: un virtuoso de su oficio. Jugaba con un papel. Aunque le parezca extraño, lo que nos mueve no es un contrapunto moral cotidiano; no es el bien contra el mal, ni mucho menos: es el reto. Y Segura fue nuestro mayor reto. Recuerde cómo se burló de nosotros, cuántas veces nos puso en ridículo con sus delitos matemáticos o históricos. ¿Acaso podemos olvidar las irrisorias sumas de dinero que extraía de los bancos, tomando en cuenta las fechas de muerte de prelados desconocidos y las tardes que pasé en los archivos cristianos indagando nombres y fechas de curas antiguos? Frachazán se quedó silencioso. Estaba distraído. Cualquiera diría que pensaba en algo muy lejano... Sí, Querales, no trabajamos por el país ni nada de esas cosas abstractas; trabajamos por el deseo de ser superiores, de mostrarnos más capaces que el otro. Tengo demasiados años en este puesto como para conocer esa verdad. Rodó sobre la mesa una bola de papel. ¿Qué piensa usted...? No sé, señor, en este momento no podría responderle... Hablo demasiado, discúlpeme... pero son tantas cosas acumuladas, tantos recuerdos. Comenzó a desdoblar el papel. Ahora viene la lata —pensó Querales—.

Sí Querales, muchas cosas han sucedido desde que se fundó esta ciudad. ¿Qué se traerá entre manos el viejo? Me han dicho que usted es un excelente tirador. Yo fui muy bueno en mi época de detective, no lo dude Querales. ¿Por qué me dirá todo esto? Como le decía, nuestra moral es diferente: acepta el triunfo y solo el triunfo. Yo no sirvo para pensar así; arrastro un pasado excesivo. Te jodiste, Querales. ¿No le había dicho que uno de mis antepasados fue fundador... verdadero fundador, para ser más exacto...? Seguramente sí: lo digo a veces... Bueno, Querales: lo mandé llamar para enseñarle este papel. Algo planeaba Segura. Fíjese lo que escribió aquí... ¿Qué me dice? Un asalto, probablemente... Eso pensé. Pero ahora está muerto, señor teniente, y lo que haya planeado no tiene importancia: la banda de Segura no es nada sin su jefe... Tal vez por eso lo mataron —concluyó Querales entre dientes—. ¿Cómo...? Que

posiblemente Segura sacó de su golpe a un antiguo compinche, y este lo mató por venganza. Ah, claro, por supuesto, siempre ocurre así: en todo oficio existe la envidia y el rencor; de eso nadie se salva. ¿No es así, detective? Así es, señor, así ha sido siempre. Querales copió una palabra, una cifra y otra palabra. Momentos antes del disparo alguien me saludó, pero pasó tan rápido que no creo haberlo distinguido. ¿Quién sería...? Si usted quiere, puedo investigar; tal vez encontremos alguna pista. No, Querales, no tiene importancia. Segura murió, por venganza, por lo que sea... ya todo carece de interés. En la mente de Frachazán se dibujaba una idea, pero aún carecía de líneas precisas. Sin embargo, señor, el que lo saludó... Yo insisto en investigar; nada nos dice que no sea... Cualquiera, Querales: usted lo sabe perfectamente. ¿Qué pensará este viejo? Mire, usted es un hombre inteligente y preparado. Voy a pedirle que investigue, pero no el saludo de un posible anónimo; investigue qué significa este papel: y hágalo por su cuenta. Tiene plena autoridad para seguir el procedimiento que se le antoje. Simplemente infórmeme. Puedo creer lo mismo que usted, pero en esta profesión solo vale lo seguro: y ni usted ni yo lo estamos... ¿no es cierto? Sí, teniente... Eso es Querales, usted todavía es joven y llegará muy lejos. Ah, no olvide lo que le dije; recuérdelo siempre, porque quizás un día tenga oportunidad de comprobarlo. Querales salió de la oficina. Una sonrisa aguda se dibujaba a sus espaldas. ¿Qué pensará este viejo? —se decía Querales—. Qué carajo, ya nada importa —dijo suavemente el teniente Frachazán—, mientras sacaba de una gaveta su cuaderno de anotaciones. Comenzó a dibujar. Sobre el escritorio reposaba una bolsa con ropas nuevas. ¿Y si fue...? ¿Y si fue, de verdad, un error...? Coño... no voy a ser otro por esta vestimenta; eso no. Frachazán tenía una idea. De ahora en adelante, Querales lo secundaría... Ya Querales verá lo que es bueno.

Marzo es un mes hermoso —pensaba Frachazán—. Era nueve de marzo. Como siempre, y a pesar de su determinación, de sus deseos

de cambio, se sentía cansado. Pero ahora la causa se ubicaba en cierto ejercicio que produjo numerosas tensiones. En cuanto al cansancio histórico, al peso del recuerdo, estaba más tranquilo. Sí, marzo es un mes hermoso, a pesar de todo. Se arrugó sobre la cama. Al poco tiempo estaba dormido.

Para mí que el viejo está loco. Pero aquí cualquiera surge y llega a cualquier puesto. Teniente... si ese tipo es teniente yo soy... Y eso de llamarme joven, como si me fuera a consolar con esa vaina. De bolas que soy más joven que él, pero eso no cambia la situación... él está donde yo debo estar. Bueno, pero así es la vaina: ni modo... A joderse se ha dicho. Ocho días en esto y no avanzo ni un paso. Como si fuera fácil saber lo que quiere decir *faltan*

63 días. Segura... pobre pendejo. Cualquier cosa puede ser. Una cita, un asalto... cualquier cosa. Si el viejo fuera menos bolsa... Qué importa. Le paso un informe y fuera cacho; y si insiste, otro informe, y si quiere, uno cada semana, y si se pone duro, invento cualquier vaina. Ese lo que quiere es joderme. Estas calles son un peo tremendo... Una y otra y casi nada cambia. Si no fuera por los edificios y los cines. Y con lo sucias que están. Y todavía quedan estas casas viejas. Si yo fuera gobernante... Y para completar, los árboles que botan las hojas y ensucian todo el piso y hasta... Esta es una vaina. Ese viejo está loco. Los otros creen que yo puedo ir ante los superiores y decirles que el viejo está loco. Pero no es fácil. Hacen falta pruebas y firmar papeles y quién sabe qué más. La verdad es que sería bien bueno mandarlo a la mierda. Adiós, solterón del carajo. Coño, qué bueno sería. Pero entonces dirán, usted lo que quiere es el puesto, y la verdad es que no me caería mal, y además yo soy el que debe tenerlo. Bueno, tal vez se muera rápido ya que no pude... Y de repente uno se resbala con tanta porquería que hay en el suelo, como aquel tipo que se cayó, y uno pone la cómica y la gente se caga de la risa... ¿Aquel que salió corriendo no es...? Un grito sacudió la tarde.

Se formó un círculo. Querales apresuró el paso, rompió el círculo, vio el cuerpo. Un cuchillo hacía perpendicular con el cadáver. Observó el reloj. Ya no tendría que preocuparse por un informe para Frachazán.

Que un hombre muera no puede tomarse como noticia importante; tampoco, que esa muerte se produzca una tarde de marzo: el nueve de marzo exactamente. Nada de esto preocupaba al detective Querales; ni siquiera la coincidencia numérica guardada en el papel: *el 9 es clave. También el 8*. Otro pensamiento lo nadaba. Podía asegurar que lo había visto correr; sí, podía asegurarlo. Pero era tan absurdo, tan irreal, que prefirió ahogar esa sospecha. Un hombre se parece a muchos en la multitud; y abundan los casos de personas que creen ver a otra, porque están pensando en ella —digamos—, cuando en verdad se encuentra a mucha distancia del sitio donde el pensador imaginó distinguirla. Definitivamente, esta sospecha no entraría en su informe (¿a quién lo destinaría, en caso contrario?): «El 9 de marzo, a las 5 de la tarde, un hombre murió acuchillado en Dr. Paúl. Fui testigo indirecto de esa muerte. Ningún transeúnte pudo suministrar información precisa sobre el suceso. Algunos afirman que un hombre salió corriendo del lugar; otros, que el hombre era viejo; otros, que era alto y gordo; otros, que era flaco; otros, que nadie salió corriendo. Dada la variedad, no le di importancia a esas afirmaciones. El asesinado, sujeto sin antecedentes, empleado bancario, llevaba en un bolsillo de su chaqueta un papel con el escrito siguiente: *El 9 es clave. También el 8*. La letra corresponde a una máquina eléctrica, de oficina presumiblemente, de esas que utilizan bolas tipográficas. Me parece oportuno decir que el papel encontrado en el cadáver de Segura también estaba escrito a máquina y que esa máquina era con toda seguridad eléctrica. Si en un primer momento no se le dio importancia a este hecho, supongo que ahora, con la nueva evidencia, podríamos disponer una investigación pormenorizada del asunto, aunque no se me escapa la dificultad de conseguir pistas firmes, dada la

variedad tipográfica de estas máquinas y lo factible que es desechar...». Es un buen detective, de eso no cabe duda. Frachazán alzó la vista hacia Querales. ¿Qué más puede agregar? Es un caso confuso. En realidad no estoy muy seguro. ¿Y del que salió corriendo? Nada. Todo fue muy rápido. No creo haber visto correr a nadie. Se miraron fijamente. Estaban nerviosos. Muy extraño —dijo el teniente—; primero yo creí ver a alguien, mejor dicho, alguien me saludó... y ahora usted dice que no está seguro y otros dicen que vieron a alguien. Y otros —interrumpió Querales— que nadie salió corriendo. Así es la vida, Querales. Unos creen ver lo que otros no quieren. Tengo un trabajo para usted. Investigue ese escrito; puede tener relación con el de Segura: usted mismo lo ha sugerido, si no me equivoco. Fíjese: van diez días desde la muerte de Segura, es decir, ayer iban nueve —y ayer era nueve— y el segundo escrito dice que el nueve es clave. Puede ser pura coincidencia, pero... Y no olvide al que salió corriendo. Tal vez usted lo vio sin darse cuenta. Lo mismo pudo sucederme la otra vez... Estoy a la expectativa, detective Querales.

El 18 de marzo una mujer dejó de existir. Caminaba sin excesos por ciertas edificaciones (las nuevas torres) cuando un disparo sacudió su cabeza. El tiro fue dado a quemarropa. En su bolso, un papel doblado con un escrito a máquina. *La secuencia se suma (43 + 32, etcétera)*. Debajo de ese escrito: $NE = 4$. $E = 3$. $SE = 3$. Querales se rascó la cabeza. ¿Qué significa todo esto? Tal vez por la bala. Era un arma prohibida para el ciudadano común. Era un revólver policíaco. También el arma que mató a Segura, le recordó Frachazán. En efecto, pero las marcas son distintas; quiero decir, las señales. Ahora que recuerdo, teniente: en el informe sobre Segura no se apunta este hecho, el tipo de arma utilizada. No lo consideraré necesario. ¿Usted lo señalará en el suyo? Creo que no, señor.

Aunque están vedadas, todo el mundo las tiene. Lo único que ganaríamos sería constatar que un arma perdida hace cierto tiempo fue utilizada para matar a la mujer. Y otra, Querales, para matar a Segura, ¿no

es cierto? Sí, por supuesto, por supuesto... No. Mejor no le menciono nada de esto a Frachazán.

Dio vuelta en la silla giratoria de su escritorio. Debía realizar el informe.

La reunión fue solicitada por los compañeros de Querales. Se sentaron alrededor de una mesa. Era temprano. Tanto, que apenas se distinguía un rayo de luz; tanto, que Frachazán comenzaba a levantarse, para seguir, como todos los días, el ritmo metódico que se había impuesto. Ahora está frente al almanaque. Dice algo. Esto es insoportable, Querales, es un insulto. Ya son tres los crímenes y lo único que se le ocurre al teniente es que investigue letras y números. Yo creo que debemos denunciarlo. Esto nos involucra a todos. Cuando digan, no será de Frachazán únicamente, será de todos. Estoy de acuerdo —sostuvo otro—. Ya hemos soportado demasiado al viejo. Frachazán se puso la chaqueta. Sentía cansancio, y fastidio. Tantos años en lo mismo, esperando algo, y cuando se presentaba, esta lentitud. Que él, un hombre con pasado, se consumiera en tedio (porque hasta la acción se le antojaba tedio), le parecía absurdo. Hay un pasado que encierra gloria y él es su representante, su justo descendiente. Poco importan los siglos de rechazo si una ventana permanece abierta y alguien sabe usarla para lanzarse al mundo. Tampoco importa que la caída sea dolorosa, definitiva, si lleva consigo la esperanza de un reconocimiento. Era impostergable sacar a buena luz su talento y, sobre todo, la gloria de otro. ¿Y si firmamos una carta? De poco serviría.

Yo conozco a esa gente. Dirán vamos a investigar, no se preocupen, pronto tendremos una respuesta, y nos dejarán esperando meses y meses. Entonces, anda tú directamente y denuncia el caso. A ti te escucharán. Si una carta de todos no sirve, menos una persona sola. Además, esto lo discutimos el otro día, y no sirvió... digamos que se cometió un error. Mala suerte. Que yo sepa, habíamos decidido que Querales

presentara el caso, ¿no es así?, pero el detective no lo presentó, ¿verdad?, y ahora estamos en lo mismo, y te pedimos nuevamente que presentes el caso. A mí no se me ha dicho nada sobre ese error que menciona Querales. ¿Y a ti? Yo no conozco nada. Mejor es que te expliques. No, no me hagan caso... Con estos asesinatos estoy confundido y a veces digo tonterías. Pero lo cierto es que los superiores pensarán que voy por el puesto y que siento envidia. Mira, nosotros estamos contigo para lo que salga. Piensen entonces algo más seguro. Un largo silencio. Cada uno pensaba por el otro y todos los pensamientos se dirigían a un solo objeto y a una misma acción. ¿Quién...? Otro silencio. Si nadie está dispuesto, no vale la pena recordarlo. También es verdad que no es para tanto —comentó alguien—. Eso pienso. Pero... ¿y si todo sigue igual? ¿Y si nada cambia? ¿Qué vamos a hacer, Querales...? El hombre observó nuevamente el almanaque; abrió la puerta de su cuarto. Las calles estaban tranquilas aquella mañana de marzo. Este es un mes hermoso —se dijo—, y mayo más. Suspiró al entrar en el casco de la ciudad. A lo lejos, una torre muy alta.

Los informes de Querales eran rutinarios. Ningún adelanto significativo. Sabía que la culpa no era solo de Frachazán, sino que buena parte de ella recaía en su persona. Aunque el viejo estuviera loco; aunque él sospechara ciertas cosas, y aunque el viejo sospechara otras, debía reconocer su derrota parcial. Hasta el presente, había demostrado una perfecta incapacidad de acción. Además, necesitaba tomar en cuenta ciertos cambios. El viejo no era el de siempre. Ahora tomaba decisiones con firmeza. Si no fuera por su eterno cansancio y esa manera antigua de vestir, cualquiera diría que otro hombre lo ha sustituido. Querales ya no estaba dispuesto a objetar tajantemente las disposiciones del detective. ¿Qué otra cosa podía hacer, aparte de investigar las notas? Esa era la única pista, y Frachazán —con mucha lógica según Querales— había dispuesto que se insistiera. Acá el viejo se mostraba razonable y seguro.

Sonó el teléfono. Está bien, que no lo muevan ni lo registren. ¿A una cuadra de la plaza? ¿En Pajaritos...? Ahora salgo. Otro cadáver; y si no me equivoco, otro papel. ¿Qué dirá? Decía: *Secuencia 43-32-21-10*. Decía: $S=2$. $SO=2$. Los números, ¿qué quieren decir los números? ¿Y las letras? Sumó la secuencia: 106.

Era 27 de marzo. Querales no podía dormir. Tenía en sus manos el papel del día y copia de los otros. Dentro de aquel orden aparente, algo carecía de lógica... y daba miedo. Todo se presentaba perfecto, sin embargo; llevaba a una relación numérica tal vez mágica. Mas, la primera muerte... Pensaba: las letras deben tener una significación concreta: NE, E, SE, S, SO. Las letras (claro, ¿por qué no?), las letras representan los puntos cardinales: Noreste, Este, Sureste, Sur, Suroeste... y siguen una dirección. (Buscó un plano. Estuvo largo tiempo observando el casco de la ciudad). Por supuesto: el segundo crimen fue en dirección Este, el tercero Sureste y el cuarto Sur. Doctor Paúl. Nuevas torres. Pajaritos. Por supuesto, el asesino está dando una clave, y parte de ella son los números: 43-32-21-10. Ocho números, en orden decreciente; bueno, no rigurosamente decreciente.

El nueve es clave. También el ocho. Cada nueve días un crimen, y en total... ocho crímenes. (Escalofrío). ¿Qué busca este asesino? ¿Quién es? Las ciudades están llenas de locos. Gente inocente. No es venganza, porque hasta ahora ninguno de los muertos guarda relación entre sí; ninguno conocía al otro. De eso está seguro Alfredo Querales. Entonces, ¿qué es...? Únicamente un loco puede salir a la calle con el propósito de matar gente inocente —y Querales lo sabe—. Pero este asesino no es uno más: está guiado por el rigor, por los números y las letras. Quiere seguir pensando: 106, hasta ahora, nada significa. Lo único que me interesa es el próximo crimen, en SO. Debo suponer que el asesino no saldrá del casco. ¿Por qué? Bueno, algo tiene que ser estable, de alguna inspiración debo partir. ¿Y el escrito a máquina? ¿Y el tipo de le-

tra? Esas bolas se desechan, simplemente. ¿Y las armas utilizadas? El cuchillo no tiene señales particulares y los revólveres... ustedes saben, cualquiera pudo robarlos. ¿Qué piensas de Frachazán? Evidentemente no es el mismo; sería injusto calificarlo como loco o timorato. Eso no impide, por supuesto, que tenga mis dudas sobre él y que, en el fondo, desconfíe de sus movimientos. ¿Acaso ya olvidaron el segundo crimen? Pero no nos alejemos, la próxima acción debe ser en el casco central (es un asunto de orden, de procedimiento), en un punto suroeste del casco central; pero, ¿en cuál punto? $SO=2$. Si pudiera saber lo que significa. Vigilaré la línea suroeste. Pero tengo que hacerlo solo. Si le digo a los otros, pensarán que me estoy contagiando con el viejo... (Una sonrisa, más nerviosa que satisfecha).

El 5 de abril, en el Suroeste, sucedió el quinto crimen. Nadie vio, porque la muerte se produjo en la madrugada. Cuando Querales llegó a la vigilancia el cadáver comenzaba a endurecerse. Una joven, en la esquina de La Bolsa. La registró: $O=T=F$ $O=1$. $NO=1$. Esta información, aparte del indescifrable juego inicial de letras, solo agregaba lo que ya el detective estaba en capacidad de deducir: que los próximos crímenes tendrían lugar en el Oeste y el Noroeste. Mas, ¿cómo evitarlos? ¿Mediante una batida? ¿La situación había cambiado tanto como para pedirle a sus compañeros que corrieran un riesgo difícil de explicar? No, Querales lo sabía. Este trabajo tenía que hacerlo solo. El teniente podía ayudarlo, pero no era probable que Frachazán dejara su cansancio a un lado y además, él no deseaba su ayuda; menos que nada, quería depender de un hombre que aún no había borrado por completo la imagen turbia que recordaba Querales. Por otra parte, se sentía responsable de aquellas muertes numéricas; sentía herido su honor de detective experimentado y comenzaba a sospechar que él, y solo él, estaba a cargo de la división. Una mañana llegó antes que Frachazán y escribió algo en la máquina del inspector. No, por ese lado no vas a conseguir nada. Es tan

fácil cambiar de tipos. Además, no puede ser, me estoy dejando llevar por una sospecha demasiado débil. El 14 de abril en el Oeste. ¿Solís, Muñoz, Las Monjas? ¿Qué puedo hacer yo solo? ¿Qué significa 1? Un buen detective sabe esperar su momento: y el mío se acerca. ¿Qué dirá la próxima nota? El sexto cadáver, en Muñoz, reveló poca cosa: *El 9 multiplica el resultado*. Ni siquiera se había tomado la molestia de vigilar la línea Noreste. Como Frachazán (Estoy a la expectativa), Querales; como al jefe, lo consumía el sentimiento de imposibilidad, la sensación de fracaso... y la esperanza.

Hemos dado pasos significativos, detective Querales. Sabemos, por ejemplo, que el 23 de abril habrá un crimen y que si no lo evitamos, el 2 de mayo habrá otro, el último, según su teoría de las ocho muertes. Sabemos, también, que el primero se efectuará en el Noroeste y el segundo en el Norte. Lo que nos falta por investigar es el significado del 1 y, si no estoy equivocado, del 0, porque la secuencia termina en 0 y el último crimen debe ser en $N=0$; también, qué resultado multiplica el 9. Tengo una inspiración, y me dice que los números después de las letras son lugares. ¿Nunca se puso a pensar en la división de las manzanas del casco central? Usted vio el plano. ¿Conoce algo de historia? Olvídele... esa historia nadie la cuenta. ¿Qué piensa de la moral? Como le dije hace algún tiempo, nuestro trabajo exige una moral distinta. Si usted es sincero, no me negará que este asesino es un gran virtuoso, digno sucesor de Segura, y hombre admirable. Sí, tengo una inspiración. Supe que se reunieron y hablaron de mí. La delación también está en nosotros. Espero que usted haya sido el centro de esa reunión. ¿Sabe una cosa, Querales...? Usted es mi última esperanza, mi única esperanza. Supe también que me creen incapacitado para resolver estos crímenes y hasta llegaron a insinuar algo, ¿cómo decirle?, algo... poco académico. No se preocupe. La vida es menos importante que la verdad. Tengo una inspiración. El 23 deben vigilar la primera manzana del Noroeste.

Solo una cosa me preocupa: la muerte de Segura no encaja dentro del concierto y, sin embargo, le sirve como punto de partida. Pero allí hay algo forzado, fuera de lugar, ¿no es cierto...? Sus informes han sido fructíferos, dadas las circunstancias: era difícil encontrar algo de Segura. Y en cuanto a los otros crímenes, ha actuado sensatamente, como esperaba. Algunas veces el criminal, aunque ofrezca parte de su método e indicios de sus próximos pasos, no permite ser descubierto hasta ver concluida su obra maestra. Así es este asesino. Pero señor, ¿y el motivo? Ninguno convencional, Querales; ninguno convencional. Ya basta de asesinatos habituales, por celos, robos, venganzas; basta también de crímenes locos. Ahora, si estoy en lo cierto, es el crimen por la pasión de lo exacto y la causa trascendente. Esta es parte de mi inspiración. Querales estaba sorprendido. Una mezcla de rechazo y atracción se anidaba en su mente. Por momentos deseó borrar para siempre el 1º de marzo.

La primera manzana del lado noroeste, donde se encuentra la cuadra de El Conde a Principal, fue cubierta en su totalidad el 23 de abril. La plaza se observaba desde algunos ángulos. En cada esquina había varios agentes, llevados al sitio por Querales. Algo le seguía diciendo que desconfiara del teniente, pero también que era preciso tomar en cuenta sus instrucciones. Los agentes estaban nerviosos, porque desconocían la razón del desplazamiento y, tal vez, por temor al ridículo público. Conversaban rápidamente; se hacían chistes estúpidos; se empujaban y reían. Uno de ellos se desplomó frente a la esquina de Principal; había una flecha en su cuerpo. Querales corrió dando gritos: ¿De dónde dispararon? ¿Alguien vio...? Una sospecha lo detuvo. Observó la torre en la plaza, y entonces corrió como nunca. En el mirador de la torre estaba una ballesta abandonada; en la flecha que mató al agente, un papel con esta nota: *Resultado: Los días y la secuencia deben sumarse. N= O.*

Pasaron tres, cuatro, cinco y hasta ocho días. Todo era silencio e indignación. Hasta el teniente se mostraba más sombrío que de costum-

bre. Se lo podía ver en su oficina escribiendo a máquina constantemente. Querales, ante la imposibilidad de descubrir algo nuevo, ya que las pruebas dactiloscópicas en la ballesta fueron negativas, pasó ese tiempo inquieto. Se preguntaba, entre otras cosas, cómo había adivinado que la primera cuadra noroeste era esa, al lado de la plaza, y no otra. ¿Por qué no le preguntó a Frachazán? ¿Por qué, desde el primer momento, vio con claridad lo que no estaba explícito? ¿Qué extraña comunión se estaba deslizando entre él y Frachazán? Pero tanta duda era exagerada. A pesar de Querales, la deducción se presentaba necesaria. Observó un plano detenidamente y estuvo al tanto de todos los pormenores. Era primero de mayo, día libre para muchos. Querales fue a las oficinas y se encontró con Frachazán. Mañana es el día, teniente. Sí, Querales, mañana es el día. Estaban al acecho, esperando que el otro hiciera el primer movimiento. Usted y yo, detective, hemos sido testigos de una historia terrible, que afortunadamente está por terminar. Lo que ha sucedido y sucederá no tiene explicación moral posible para los hombres comunes. Usted y yo hemos desconfiado. Yo creí ver y usted también, aunque insista en negarlo. Yo sé que usted me ha despreciado; tal vez tenga razón. En esta época, los hombres como yo sobran. Porque despiden un cansancio que desespera, porque carecen de la actitud vital que podría hacerlos reconocibles, habituales. He pasado demasiados años en este punto, seguramente sin merecerlo. Solo me tranquiliza haber adoptado últimamente procedimientos adecuados que dieron las conclusiones esperadas. Ahora estoy cansado, deseoso del mañana. Teniente, tengo conmigo todas las notas: 1) Faltan 63 días; 2) El 9 es clave. También el 8; 3) La secuencia se suma ($43 + 32$, etc). $NE = 4$. $E = 3$. $SE = 3$; 4) Secuencia 43-32-21-10. $S = 2$. $SO = 2$; 5) $0 = T = F$. $0 = 1$. $NO = 1$; 6) El 9 multiplica el resultado; 7) Resultado: Los días y la secuencia deben sumarse. $N = 0$. Realicé las operaciones indicadas: me dio 1521. Pero no sé qué significa esa cantidad. A mí me dio lo mismo. Tengo un pequeño

plano, es una figura geométrica, un cuadrado, con las dos diagonales y las otras dos rectas que lo dividen en partes iguales. Obtuve, en total, ocho triángulos inscritos dentro del cuadrado. Acérquese, Querales, vea el dibujo. Acá están los puntos cardinales y sus derivados: Norte, Noroeste, Este, Sureste, Sur, Suroeste, Oeste, Noroeste. Como verá, cada segmento se encuentra dividido en cuatro partes iguales; uno de los puntos de esa división corresponde a un vértice, o a la mitad de un lado, del cuadrado; otro, que no tomaremos en cuenta, al centro. Ahora, si estudiamos la secuencia (43-32-21-10) y los lugares donde han ocurrido los crímenes, veremos que todos, menos el primero, se corresponden con algún punto de las divisiones en los segmentos. E= 3 quiere decir, tercer punto, del centro a la periferia, del segmento Este, que en el plano del casco indica la manzana donde se encuentra Doctor Paúl; SE= 3, tercer punto del Suroeste (nuevas torres); S= 2, segundo punto del Sur (Pajaritos); SO= 2, segundo punto del Suroeste (La Bolsa); O= 1, primer punto del Oeste (Muñoz); NO= 1, primer punto del Noroeste (El Conde a Principal)... Fíjese en el gráfico: forman grupos binarios, con puntos consecutivos, en donde cada número (punto) final de un grupo indica el comienzo de otro. Hay más: cada grupo tiende hacia un centro común, el del cuadrado, y el último lleva directamente a ese centro. Si mi razonamiento es exacto, el octavo crimen se realizará en el centro del cuadrado. Por supuesto, y acá volvemos al problema inicial, usted podría indicarme que el primer crimen no se lleva con este gráfico, porque Segura no murió en NE= 4, como es del conocimiento general. Murió en Llaguno —susurró Querales—. Y tiene razón. Esa es la única falla de mi razonamiento. (Querales se miró las uñas). Pero ante la ausencia de otra explicación... Teniente, usted trata de decirme que la próxima operación será en el centro... ¿En el centro de qué? En el primer centro de esta ciudad, Querales; allí donde comienza el rigor olvidado de calles iguales y manzanas cuadradas. ¿La plaza, entonces? Más

que la plaza. Una de las claves es O= T= F. La primera letra (o número) indica el centro del cuadrado; T, la torre... ¿Y F, teniente? Final, posiblemente... Quiero decir que la última muerte tendrá por escenario la torre, y todo es tan lógico que el asesino nos dio esa señal en el séptimo crimen... Eso es lo que me molesta, teniente; todo parece muy preciso, sin fisuras, sin el error habitual. No, Querales... recuerde la muerte de Segura. Hay algo de imprevisto, de sorprendente, en todo esto...

Frachazán observó el reloj. Mañana es dentro de pocas horas. Todos debemos estar en la torre. Dígale a los detectives que nos vemos en la plaza a partir de las once de esta noche...

Frachazán tomó una bolsa que aún reposaba sobre su escritorio y salió de la oficina. Rehizo lentamente el circuito de los asesinatos. Se dijo que no pensaría: y cumplió su palabra. Eran las diez cuando llegó a la torre. Había poca gente en la plaza. Tocó uno de sus bolsillos; luego, el arma de reglamento. Todo estaba en orden. Se sentó en uno de los bancos y puso sobre sus piernas la bolsa. La torre parecía una atalaya de castillo: alta, simétrica, libre de frisado. En cada una de sus caras, una letra desgastada indicaba la orientación cardinal. Reprodujo en su mente la escalera de ladrillos desnudos de aquella torre. Todo era antiguo... y acogedor.

Querales estaba sentado ante su escritorio. Varios puntos lo preocupaban: aquella persona que salió corriendo y él creyó reconocer; la muerte de Segura, por la falla que significó y por su extraña relación con los otros crímenes; una letra (¿F?) que bailaba sin sentido; las conversaciones con el teniente y su insistencia en una moral policíaca; aquella referencia a un verdadero fundador y a su calidad de pistolero y, como una aguja, las palabras: Usted es mi última esperanza. Algo profundo planeaba Frachazán, pero por ahora no podía saber qué era. Llamó a los detectives y les explicó el plan con mucha rapidez. No deseaba entrar

en detalles, porque ni él mismo entendía cabalmente el razonamiento de Frachazán (aunque, como sabemos, parecía compartirlo, o no lo rechazaba). Esta es una locura, Querales, una locura. El teniente está más loco cada día. ¿Cómo puede solucionar siete crímenes por un dibujo y pretender que el octavo será en la torre? ¿Cómo puede, si tiene razón, exponernos a que el criminal nos mate como hizo con el compañero? Yo no comparto esa idea ni estoy dispuesto a correr el riesgo. Nosotros te lo dijimos... Frachazán está loco, hay que quitarlo de ese puesto. Es un viejo, Querales, un viejo fantasioso. Si te hubieras decidido. Si hubiéramos acordado lo que pensábamos. Si Frachazán estuviera fuera de esto... Había odio en aquellas palabras, deseos de venganza por lo que aquellos hombres consideraban una afrenta: ser dirigidos por un teniente ya cansado, que jamás sobresalió ni le dio a su división motivos de orgullo. Todo, en Frachazán, era para el rechazo: hasta su manera de vestir, anticuada, vulgar, sin toques. Mejor se callan —habló Querales—. Dentro de toda su confusión, algo se presentaba ahora claramente. Tenía que defender a Frachazán, porque era el único capaz de llevarlo al asesino y, sobre todo, tenía que eliminar a ese asesino. Recordó a Segura rápidamente. El asesino tenía que morir. Este no es momento para expresar lo que sabemos. Si hay algo que hacer, yo lo haré. Ahora prepárense, que falta poco para las once. Había triunfo (confusión) en su cara.

A las once y veinte llegaron a la plaza. Frachazán, aún en el banco, los esperaba. Ya podía recordar: aquella mañana había visto el almanaque y tachado con equis el número 2. Todo llegaba a su fin. Con él estaban esos hombres que tanto lo despreciaban. Saludó con un gesto. Nadie, salvo Querales, contestó su saludo. Bien —se dijo—; está muy bien así. La torre se presentaba premonitoria. Alguien quiso revisarla, pero Frachazán lo detuvo estrictamente. Solo yo voy a entrar... Ustedes vayan por este lado, ustedes por este otro y los restantes por la parte de atrás. Manténganse alejados de la torre. El

detective Querales y yo vigilaremos la entrada, acá en el lado norte. Frachazán acentuó las dos últimas sílabas, como quien desea dar relieve o disculpar una referencia innecesaria: el único acceso estaba al Norte. ¿Qué hora es? Las doce en punto, señor. Está bien Querales... Cuide usted desde aquí, voy a subir al mirador. Hoy atraparemos al asesino. Llevaba el paquete bajo su brazo izquierdo. Querales tomó su revólver cuando el teniente se metió en la torre. El instinto le hizo mover la cabeza en varias direcciones. Todo estaba tranquilo. Todos estaban en sus puestos. Pasaron varios minutos de tensión silenciosa y agria. El ruido de un disparo salió de la torre como mil ecos superpuestos... e inmediatamente un hombre armado y con traje brillante, elegantísimo, apareció en el umbral. Querales no vaciló un segundo (el asesino tenía que morir) e hizo dos disparos contra aquella figura. Corrió hacia la torre, subió varios escalones de ladrillo y se maldijo al ver lo que allí estaba... Sobre un escalón, las ropas del teniente; y encima de las ropas, un sobre cerrado, y en su dorso: Para el detective Alfredo Querales.

El teniente aún podía ver las caras asombradas de sus agentes. Sus ojos buscaban a Querales con desesperación. Sabía que le quedaba poca vida y que debía hacerle dos preguntas. Querales se acercó al cuerpo horizontalizado: llevaba el sobre en sus manos. Teniente, teniente... ¿por qué...? Dígame, Querales, dígame dos cosas... Pero acérquese más... Dígame, ¿usted mató a Segura...? ¿Esa bala era para mí...? Silencio... Señor, no puedo jurarlo, pero estoy casi seguro de que fue usted el que salió corriendo cuando mataron al empleado del banco. Los dos hombres, rodeados por un círculo que cada vez les parecía más lejano, se vieron a los ojos detenidamente. Existía una comunicación secreta entre esos ojos profundos que parecían interrogar y responder a la vez. Querales sintió que lo miraba un muerto y cerró sus párpados con fuerza.

Algunos temas requieren revelaciones numerosas: si usted abre un signo debe explicarlo, y esa explicación conlleva casi siempre incluir nuevos signos y por tanto nuevas explicaciones. ¿Cuál es el límite? —pareciera preguntar el que aborda esos temas—. Podría responderle que no existe y que solo la benevolencia —y el cansancio— aceptan un término (inicio) conveniente. Desde joven me sentí impulsado al acto narrativo; y si puedo recordar mis años anteriores, ellos me traerán un deseo no cumplido: abordar campos vedados a mis capacidades. No es precipitado decir que mi situación actual (mi cargo) se debe a la esperanza de conseguir en una realidad lo que otra me negó. He sido recompensado con creces. Acá encontré la materia: algo que partió de un supuesto indemostrable, para confirmarlo, y que no podemos desechar sin un sentimiento de injusticia. Es evidente que muchas de las situaciones de este texto corresponden a la inventiva (simple aproximación) y al deseo de cumplir un ejercicio literario que excede los límites del informe ortodoxo. ¿Cuánto logré en este campo? Nadie podrá decirlo, aunque tal vez el veredicto seguiría los pasos de mi investigación.

Ahora es otro calidoscopio. Desde aquellos sucesos han transcurrido tantos años (y silencios), que parece temible destapar el nostálgico horror de un hombre solitario. No lo hago por piedad. Me impulsa iluminar una posible verdad que otros, por razones desconocidas, han logrado ocultar a los ojos del mundo. Frachazán, Querales, Segura, son personajes de una historia antigua: cien años la separan de mí. Quizás por ello varié algunos detalles. Si en algún momento me he excedido, sobre todo al dibujar los personajes y las muertes (los sitios, las notas deducidas de otro texto), sospecho que esos desmanes me serán perdonados. Piensen que Frachazán fue testigo de la historia y no precisaba detenerse en detalles superfluos. Piensen que esta reconstrucción ideal espera la intervención del lector experto para restituirse a su justo nivel. Piensen, finalmente, que solo contaba con unas

notas de A.P. Frachazán. Necesito dar otras explicaciones: hace dos años ascendí a teniente (un fracaso abre otros caminos). La muerte del anterior teniente me permitió ocupar su puesto. Ese teniente había sustituido a otro y este a un tercero que sustituyó a Querales. Alfredo Querales, por supuesto, ocupó el lugar de Frachazán. Mis primeros movimientos se limitaron a revisar archivos y presentar un informe sobre el estado organizativo de la división. Estudié todas las carpetas de mis predecesores. En una de Querales conseguí las notas de A.P. Frachazán. ¿Por qué guardó ese sobre? ¿Tenía, acaso, alguna deuda con su antiguo jefe, compartía su inquietud o simplemente su disciplina lo indujo a conservar las notas? Es difícil (imposible) saberlo: de allí la inseguridad del personaje, que lentamente se va dirigiendo a zonas ocultas y que espera, como en una corte, el veredicto de los magistrados. ¿Es culpable...? ¿Por qué, también, sus sucesores no vislumbraron el problema, si es que no lo hicieron (Frachazán advierte sobre una confabulación)? Digamos, para simplificar, que fui elegido. No me importa la necedad de otros ni su limitado espíritu histórico. Llevado por las notas de Frachazán, indagué (no su muerte, de la cual caben pocas dudas en hecho y modo) la convicción del autor sobre un fraude. Sustener que 46 años antes de la fecha aceptada hubo una fundación, parece aventura temeraria; mas, la imposibilidad de conseguir algún documento que reforzara esa afirmación, antes que desilusionarme, me fue convenciendo de su verdad, al punto de hacerme impertinente y maniático. Hoy aquella fuerza ha desaparecido. Hoy acogí la duda (¿lo mismo hicieron mis predecesores?). Los Archivos Reales sobre las provincias sometidas eluden drásticamente cualquier referencia nacional en el año 1521. Se nota con facilidad que algunos documentos fueron alterados en fechas remotas, sobre todo los protegidos por el sello secreto. Me han dicho que las Indias obsequiaron historias fantásticas a los viajeros y que tales historias merecieron la intervención

de mentes cuidadosas. Pero este informe no priva del desprecio a la falsificación innecesaria. Varios documentos indagados carecen del sello real acreditativo; otros lo imitan sin éxito. Además, hay páginas tachadas, ilegibles, o el indicio de papeles arrancados. Una relación sobre las luchas del conquistador aplaudido (¿debo mencionar el apellido de Losada?) comienza en la página cinco: borrosa. Allí se puede leer, sin embargo (transcribo al castellano actual): «...indicó que se levantase una empalizada alrededor de la ciudad, para proteger a los guerreros y preservar las construcciones que allí hubieren, así...». Si esta relación, como todos afirman, corresponde a la llegada del conquistador, ¿no resulta absurdo hablar de una ciudad y de construcciones que deben protegerse? Esto nos lleva a pensar que las proposiciones de Frachazán son exactas. Mas, ¿cómo demostrarlo? En varios documentos de los Archivos, se habla con ira de un tal Fractuasián. Según noticias, este hombre, reservado, habilidoso en materias de construcción y con ciertos conocimientos de números y geometrías, era lugarteniente de un conquistador de otras tierras. Fractuasián, por causas desconocidas, alzó armas contra su jefe y fue a vivir a paisajes no vistos. Un escribiente dice que sangró los cuerpos de sus compañeros y trató sin piedad al conquistador malherido. Todos juraron vengar la desertión, pero nada indica que el rencor fuera cumplido. Hasta aquí, los comentarios archivados en el exterior. He sacado algunas conclusiones. Tal vez la palabra Fractuasián degeneró hasta convertirse en Frachazán, pero no es sencillo que sucediera. Si ocurrió, A.P. Frachazán podría ser descendiente (el último) de aquel desertor; mas el teniente no indica este cambio: previene ante la posibilidad de una lectura dudosa. Esto nos lleva a considerar que Fractuasián nada tiene que ver con un policía ya muerto o que los relatores copiaron el sonido de una palabra que nunca vieron escrita. Imaginemos que Fractuasián está vinculado por la sangre con A.P. Frachazán. ¿Podemos seguir? Solo un gran

esfuerzo nos permite otra suposición. ¿Cómo afirmar que un desertor fundó la ciudad 46 años antes? ¿Con qué hombres? ¿Con qué permiso o convenio como para mantenerla abierta sin sufrir el embate de los autóctonos? No, hemos imaginado demasiado. Pero están las notas de A.P. Frachazán, con su enigmático final. ¿Iba a sacrificarse por nada? ¿Estaba loco, como supuse creían sus detectives? Hay excesivas preguntas sin respuestas, muchos olvidos: la absolución de Querales, en el supuesto de que el caso fuera presentado a sus superiores (tengamos en cuenta que los compañeros de Querales odiaban a Frachazán y pudieron esconder los pormenores de su muerte; también, que las notas del inspector tal vez permanecieron ocultas a otros ojos, aunque pronto se verá que no debió ser así); mi imposibilidad de localizar alguna documentación guardada por Frachazán, aunque cien años es un lapso respetable y la maquinaria...; la hilaridad de los historiadores nacionales consultados y su rechazo a una fundación anterior; la ira de los preladados cuando me negaron el acceso a ciertos archivos poco visibles; y, sobre todo, el monumento que vi construir cuando aún era joven: la torre fue trozada varios metros de altura, recubierta con mármol; desde entonces, sirve de base al porfiado monumento ecuestre que celebra el arrojado de un hacedor de patrias... Mi duda, que también es olvido, puede basarse en varias convicciones: nadie está capacitado para garantizar la legitimidad de documentos tan antiguos como los que debí revisar y mucho menos para sacrificarla en favor de una historia guiada por la moral, la venganza o el estupor ante un arquitecto adelantado y traicionero.

Hoy finalizo esta indagación. La duda sigue en pie y temo que así continuará para siempre. Es posible que no crean esta historia, pero actué llevado por el razonamiento y el hecho posible. Si existió (y existe) una confabulación, no soy el indicado para descubrirla: y nadie afirma que lo hice. Pronto estas consideraciones reposarán en mis archivos: carezco

de valor para enfrentarme a la maquinaria. Mis últimas palabras brindan un saludo a A.P. Frachazán y un reconocimiento a su ingenio y entereza. Para ello, nada mejor que copiar el contenido de sus notas. No incluyo el gráfico que hizo Frachazán, porque cualquiera (el que me sustituya) puede reproducirlo y porque ese dibujo continuará archivado. Nunca más podré ver la ciudad como antes. Al caminar por ciertas calles (aún más deterioradas que en tiempos de Frachazán, pero todavía sugerentes) y al observar el monumento que se yergue en la plaza, un sentimiento inexpresable se apoderará de mí.

Solo pretendo erigir la verdad. Seré estigmatizado para siempre. No importa. La historia que contaría estaba decidida antes de yo nacer. Mi soledad no es esta, viene de hace siglos: es la historia de un hombre muerto por celos en 1567. Mi odio es el odio del otro por el desconocimiento de su hazaña imperecedera. Desciendo de Frachazán, supremo arquitecto, porque un hijo suyo escapó a la matanza del fundador aceptado. Mi muerte cierra un apellido, pero si he tenido éxito eterniza a Frachazán.

En julio de 1567, luego de intensas luchas cerca de la ciudad abierta, Frachazán murió trozado por la espada usurpadora. Los viles festejaron esa victoria, hicieron de la ciudad escenario de crímenes meticulosos, rompieron todo —salvo la arquitectura y el nombre—, amurallaron la ciudad. Esos conquistadores, cuya gloria festeja la gente entretenida, quisieron ser sistemáticos en la destrucción de ciertas señales denunciadoras, al punto de crear fama indigna de Frachazán —adjudicándole un asesinato que nunca cometió— y requerir de seres traicioneros la alteración en los Archivos Reales de ciertos documentos redactados por un cronista hidalgo. He sabido que lograron estos propósitos. Pero su éxito no fue total. La espesura de la selva, donde se refugiaron algunos sobrevivientes; una marca grabada en la torre y unos escritos de Frachazán, salvados del exterminio por sus seguidores y años más tarde puestos a resguardo

sin duda subrepticamente, se confabularon contra los usurpadores. Yo, A.P. Frachazán, aún escucho el disparo de los arcabuces en la selva y el grito de la sangre sorprendida. Después fue la historia que todos conocen; la historia que no contaré.

Desde que descubrí la sustitución, gracias a documentos olvidados en la diócesis arquiepiscopal (entonces investigaba uno de los casos más inteligentes de Segura), he intentado declarar la verdad. No necesito decir que mis esfuerzos fueron vanos. Este trabajo lo hice lejano a toda publicidad, en la creencia de que la razón triunfaría finalmente. En lugar de eso, una maquinaria perfectamente dirigida se ha dado a la tarea de borrar los últimos vestigios: pareciera que aún vive el espíritu que ocasionó la muerte a Frachazán. Los documentos de mi ascendente, donde se indica el emplazamiento de la ciudad, su nombre —que repite el de una espiga montañosa—, arquitectura, fecha de fundación y fundador, ya no reposan en los archivos hurgados. Pero tuve el cuidado de copiar algunas páginas y de no mencionar a mentes delatorias una señal que nadie conoce: la señal de la torre.

Mi afirmación es simple: sostengo que 46 años antes de la fundación reconocida, esta ciudad comenzó a gozar de una arquitectura perfecta y que el autor de ella fue Frachazán; que la ciudad actual retiene suficientes ejemplos de esa arquitectura: la plaza y varias manzanas a su alrededor, modificadas por la acción de los hombres; que la gloria de mi antepasado sufrió la usurpación de conquistadores tardíos y que aún subsiste esa tendencia oscurantista.

Frachazán ideó y puso en práctica este plan: su ciudad sería un cuadrado perfecto, creciente alrededor de una plaza central. Allí habría una torre de observación y referencia, ya que culminaría en plazoleta y tendría marcados en sus lados —y visibles desde mucha distancia— los puntos cardinales. Cada manzana de la ciudad sería cuadrada, como la torre, y del mismo tamaño que la plaza. Esto daba por resultado

una organización típica de la geometría tradicional: ocho cuadrados alrededor de la plaza, luego dieciséis, luego veinticuatro, luego... Pero lo más curioso no era esa arquitectura; era la forma para indicar las direcciones, consecuente con un orden cardinal y numérico. Las manzanas que, partiendo de la plaza, se dirigían perpendiculares hacia el Norte, se llamaban N1, N2, N3...; las que se dirigían al Sur, S1, S2...; las del Este, E1, E2...; y las del Oeste O1... Las demás manzanas obtenían su nombre por unión: N1-E1, una diagonal a la plaza. N1, N1-E1, E1. E1-S1, S1. S1-O1, O1, O1-N1, las ocho primeras manzanas. Como cada manzana tenía la misma orientación que la torre, bastaba anteponer la letra correspondiente para señalar una cuadra: O-N4-E4. Obviamente, no existía nomenclatura para las calles: era duplicante. Frachazán había concluido ochenta y un cuadros cuando sobrevino su muerte. Los falsos fundadores acogieron el mercado exótico y, con los años, la nomenclatura perfecta fue sustituida por nombres de santos, doctores, animales y otras palabras.

Aquí está mi tristeza; aquí la soledad de un hombre envejecido que ve pasar los años sin distinción. Cuánto ha debido sufrir ese hombre al hacer un descubrimiento y constatar que revelarlo significaba luchar contra titanes. Luego del rechazo, intenté calmarme mirando el almanaque todas las mañanas, llevando cada año la cuenta regresiva del tiempo que faltaba para la fecha verdadera; y esa observación metódica, artificio de solitario, me dio la clave un día de marzo.

Segura, hábil Segura: ¿Qué deseabas recordar con aquel papel que conseguí en tus ropas? Te debo demasiado: un descubrimiento y la primera clave, los datos necesarios para mi jugada... Aquella mañana 1^o de marzo, antes de abandonar mi cuarto revisé el almanaque y vi que faltaban 63 días para la fecha conmemorativa. No mencionaré el asombro ante la coincidencia, pero sí la duda que generó tu muerte: momentos antes de tú caer abatido

creí recibir el saludo de alguien que llevaba en mi mente y con ayuda del cual pensaba reconducir mi vida, olvidar esta presión del tiempo que me acompaña. Ya nada importa, detective Querales. Si usted lee estas notas significa que yo estoy muerto y que usted disparó contra mí y que ese disparo fue otro error. El hombre que salió de la torre no era A.P. Frachazán, teniente de una división, sino un hombre lleno de orgullo y esperanzas. Usted, detective Querales, que desde siempre me ha despreciado y reclama la usurpación de un puesto, usted es mi cómplice. No piense que le hice una mala jugada. Simplemente lo elegí, porque en el fondo creo en usted y pienso que es el único de la división capaz de comprender las causas que me obligaron a tomar la ruta conocida. Pero merece una explicación. Usted estuvo cerca de descubrir al asesino, y hasta es posible que lo haya visto en el escenario de uno de los crímenes (era lógico que dudara, como yo dudé cuando murió Segura); mas usted no podía descubrir la verdad sin tener conocimiento exacto de la organización que encierra el teatro de los eventos. Yo lo tengo, por supuesto, y más adelante se lo ofrezco.

No deseaba causar tantas muertes: no soy un asesino. Mi interés residía en llamar su atención para que me sirviera de altavoz. Tenía que llevarlo a la plaza y enseñarle la torre. Pero usted no hubiera creído la historia si se la presentaba sin antecedentes irritantes. Entonces tracé mi plan: usted iría a la torre, pero un día determinado y por una causa determinada: descubrir un asesino. Todo hombre echa números al azar y no es extraño que alguna vez esas operaciones le den cifras con significado externo. Eso me ocurrió. Vi que si sucedía un crimen cada nueve días, comenzando por el de Segura, el octavo guardaría correspondencia con la fecha fundadora. Faltaba más: esos crímenes debían acercarse progresivamente a Querales al lugar escogido. Para lograrlo, me valí de la copia que hice en la arquidiócesis y de un plano de la zona en su estado actual. Fui señalando, sobre un cuadrado,

los puntos donde podrían producirse las muertes, hasta encontrar la secuencia 43-32-21-10. La suma de esa secuencia con los sesenta y tres días y la multiplicación del resultado por nueve, deben su gloria a una carrera enloquecida por encontrar más significantes en las cifras. Una ansiedad terrible se apoderó de mí. Frachazán —me dije—, todo es perfecto. Sin embargo, me faltaba un detalle: relacionar los crímenes con la muerte de Segura. Opté por las notas, de manera que fueran señalando una continuidad inexistente con el primer crimen, aparte del lugar de los asesinatos y la fecha necesaria. Fue un riesgo calculado. No quise repetir la nomenclatura de Frachazán, por temor a que algún funcionario de la maquinaria descubriera la coincidencia y arruinara mi plan. Di, en su lugar, equivalencias, teniendo en cuenta que el plano de Frachazán contiene cuatro manzanas hacia cada punto cardinal y que las diagonales a la plaza podían indicarse NE= 4 (o NE4), SE= 3, etcétera. La relación es sencilla: NE4= N4-E4, en la nomenclatura de Frachazán. Por supuesto, la muerte de Segura (¿accidental?) no fue en el sitio donde comienza mi secuencia. Ese detalle puede olvidarse... Yo también, detective Querales, pasé por alto un detalle que usted conoce.

Deseo concluir. Le he dicho algunas veces que la moral policíaca compite con la del asesino; y más, se abraza con ella. La única diferencia consiste en que el asesino está de un lado del escenario y el policía de otro. Para que el policía triunfe, debe proponer un plan superior al del asesino, y este excluye cualquier indicio de moral cotidiana: es un procedimiento lógico. Esto no salva mi situación, entre otros factores porque hice trampas y tomé el puesto del asesino en la seguridad de que podía dirigir los pasos del policía. Pero esa es una consideración de segundo orden: lo importante es el triunfo. Si usted estudia los gráficos que copio más adelante y, sobre todo, si usted me comprende, habré triunfado. En la escalera de la torre hallará la fecha buscada:

se encuentra, exactamente, debajo de mis ropas: mayo 2. 1521. Los signos están desgastados, pero aún, al lado de esa fecha, puede leerse el nombre del arquitecto. No se confunda. No lea Fractuazán, o algo cercano al apellido verdadero.

Toro-toro

A Silda Cordoliani

...yo necesitaría lectores que conocieran los motivos de mis actos, lectores clarividentes, justicieros, feroces, casi divinos, que no vacilaran en escupirme si llegara a mentir.

JOSÉ BIANCO

Sabía que ella no debía venir. No pregunten cómo; yo lo sabía, y siempre inventaba excusas para postergar el viaje; agregaba detalles imposibles para dar verosimilitud a mis excusas, nada eficaces, si de quedar en buenas condiciones se trataba (buenas condiciones ante Marisela, se entiende), pero convincentes. Porque lo cierto de todo —y ojalá sirva esto para apurar el discurso— es que ella se sentía —o fingía sentirse— convencida con mis alegatos: y así, nuestro viaje nunca se consumó. Ni se consumará, por supuesto, como cualquiera de ustedes podrá comprender. Eso creo, al menos... Después de tantas vueltas que quieren ser comienzo, ni siquiera sé, a estas alturas, si aquello de quedar en buenas condiciones resulta la expresión adecuada para referirse a algo que tiene que ver menos con la ética que con otra cosa. Mas no estoy dispuesto a perder mi tiempo en problemas morales. Puedo ser amoral, pero ahora soy un hombre asustado. Tampoco yo debí realizar el viaje.

Cuando en mi trabajo me ordenaron una investigación sobre cierta cestería de la Región, un repentino temor se apoderó de mí. No era nerviosismo por la posible severidad del tema; era desazón ante

una propuesta que sin dudas tendría la indeseada virtud de destruir todas mis excusas —ya que incluía un viaje, el viaje que yo trataba de evitar—, o cuando menos de dar pie a una contraexcusa habilidosa, en manos de ella. Tú siempre has tratado de evitar este viaje —diría Marisela—. Como ahora debes ir, por asuntos de trabajo; ahora iremos, irremediablemente. Ella nada dijo, es verdad; pero todo fue como si lo hubiera hecho. Así lo sentí, al menos, cuando llegué con la noticia y ella, simplemente, sin decir una palabra, cerró su mano derecha, con suavidad, como si estuviera tomando con esta algo muy delicado —un recuerdo temido, quizás—. En ese instante supe lo que debía hacer: y lo hice. Ahora estoy acá, en la Región. Nada nuevo podré investigar acerca de la notable cestería. Conozco de su colorido, versátil; he dado pruebas, que siento irrefutables, de la precisión del tejido, tanto con sehor como con moriche, así en la técnica de sarga, así en la de enrollado; advertí, en varias ocasiones, sobre la capacidad de adaptación del tejedor, que puede fabricar una cartera admirable, o una cesta decorativa, con similar disciplina a la que antes se imponía para realizar un Uhu, una Bihi, un Yami, o el Toro-toro. ¿Puedo acaso decir algo más?... Sí. Puedo afirmar que desvarió. Rectifiquemos: ¿no era, en verdad, un Uisidatu —y nunca un tejedor común—, el encargado de realizar el Toro-toro? ¿No estaban restringidos a él ese privilegio y el otro: abrir el Toro-toro para penetrar en el gran mundo del arte mayor, arte de lo posible, de la sustancia desencadenante: mundo en donde nada está definido y en donde sin embargo lo está todo? ¿No es él hoy, finalmente, el Uisidatu, un intermedio entre los dos niveles/realidades y el Toro-toro su puerta hacia el misterio? Dejemos esta disquisición. Otra tarea/duda me limita.

Fue difícil volver, luego de veinte años, seguramente más. Hice el trayecto, todavía excesivo, en un autobús de Expresos de la Costa, como siempre, dado a los desperfectos. Ahora existe también otra línea, me han dicho; pero yo no concibo esa existencia. La llegada. Era la madru-

gada cuando entré a la Región. Casas pequeñas, vegetación constante, presencia invasora del agua, como otra piel o como la única, la verdadera; algunas personas a los lados de la carretera. Todo iba bien. Yo, hombre de la Región, regresaba a ella, luego de tantos años. Me reconocí en tantas caras, en tantos gestos me reconocí, en tantas expresiones escuchadas al azar, que estuve tentado a olvidar mi huida del día anterior. Hasta luego; vuelvo dentro de un rato. Y Marisela chao. Y yo un besote. Y ella no demores. Marisela cerró la puerta. ¿El Toro-toro? Y yo (ahora como pensamiento): esto ya sucedió en otra parte, quizá en algún cuento: él se marcha por un día o dos, máximo una semana, tal vez más, y regresa luego de veinte años. No hay regreso, en mi caso; no debe haberlo. Yo no soy ese ser especial, el Uisidatu. Todo ocurrió así. Yo, hombre de la Región, regresaba a ella luego de tantos años. Me reconocí en tantas caras, en tantas expresiones: en las del muchacho aquel, pongamos por caso, que no capté un cambio inesperado, una perturbación del tiempo tal vez, y de repente me ví en dos momentos, como por producto de un embrujo o de su destrucción: en el momento de la Región de ahora y en el de la de hace más de veinte años; y en esa perturbación yo era, a la vez, o alternativamente, el que creo ser ahora y el que tal vez fui hace más de veinte años; y a mi lado estaba ella, Marisela, fruto de este misterio, pequeña como yo, y los dos nos encontrábamos sentados, en un banquito frente al río, en pleno verano porque el malecón está descubierto, en un día de la Semana Santa, precisamente, viernes sin dudas, como lo indica la procesión que por allá se acerca y que no puede ser otra sino la del Sepulcro: delante de este, la banda, interpretando algo que juzgué delicioso (ahora, si acaso soy el de ahora, reconozco en las notas inseguras de aquella algunos compases del *Popule Meus*); a sus lados, las Hijas de María, con Segunda a la cabeza (qué linda fuiste, Segunda, con tu sonrisa y una cayena adornándote el pelo) y algunas monjas perfectamente guarnecidas de toda mirada

bajo un exceso textil que acaso les permite identificar a dos muchachos que allá, a lo lejos, sentados en un banquito, acaban de modificar el núcleo de atracción de sus miradas, y pasan del río a la procesión, hoy dirigida, como siempre desde que existe la memoria, por el cura Álvaro (en este tiempo envejecido y a punto de morir, me dijeron apenas llegué a la Región); la procesión formada, finalmente, por una cantidad fluctuante (de acuerdo al cansancio, los pecados y la fe) de presumibles pecadores.

Dos momentos, dos personas, coexisten en mí. Acá, en la Región, puede triunfar el momento de antes: el de aquel que conoció a Marisela cuando ambos eran niños. Roldán, el niño, el que siempre esperó a Marisela. Marisela... Pero qué digo. Marisela no existe; es, también, una construcción. Marisela. Nunca quise que vinieras, porque presentía que algo iría mal. Nunca lo quise, Marisela. Pero qué digo... Ese querer tampoco pudo ser posible. Nada de lo sucedido en los últimos años pudo suceder.

Acá, frente al río, sentado en el banquito del malecón, ella a mi lado...

Los varones juegan Quiminduñe; las hembras, Barquito a la vela. Si tú eres varón y ganas, puedes obtener un número par o impar de paraparas, pero no podrás saber la cantidad exacta hasta que las cuentes. Si tú eres hembra, y ganas, sabes, sin necesidad de verlas, el número de paraparas que has ganado.

—Quiminduñe — dice el varón.

—Abre el puño —acepta alguien.

—¿Sobre cuánto? —pregunta el primero.

—Sobre *pare* (o sobre *none*) —responde el segundo. Así juegan los varones en Semana Santa.

—Barquito a la vela —dice una muchacha.

—A la vela va —replica otra.

—¿Con cuántos marinos? —pregunta la primera.

—Con nueve (o cinco, o *n*) marinos —responde la segunda.

Así juegan las hembras en Semana Santa.

Cuando deben jugar un varón y una hembra, es cosa de ponerse de acuerdo. Si no lo hacen, pueden recurrir al no alineado Morrocoy pare o none. Pero Marisela y Roldán no han tenido esos problemas. Jugarán como si lo estuviera haciendo el grupo de Marisela. Lo que van a apostar es muy importante; y mientras más importante la apuesta, más preciso el sistema. Van a apostar, en definitiva, para definir a quién de los dos tocará lanzar primero las parapas. El blanco, por demás conocido, es la calva incipiente, o el corte de pelo prescrito, del cura Álvaro. Están preparados. Saben todo cuanto deben saber los niños de la Región. Por ejemplo, que nadie —o la menor cantidad posible de personas— debe verlos cuando realicen los lanzamientos. Por ejemplo, que no deben acercarse demasiado al Sepulcro. Por ejemplo, que si Segunda los descubre nadie los podrá salvar luego de la procesión; a ella le pegará Segunda directamente, y a él, Jesús, el del botiquín Punta Brava, en el cruce de la Manamo con la Delta. Segunda meterá a Marisela detrás del mostrador: Eso no se hace, hay que respetar, en estos días el diablo anda suelto, cuando venga tu papá se lo digo y entonces quién lo aguanta como se pone ese hombre de furioso, en vez de eso por qué no te vienes a la bodega y así me ayudas, ya tú eres grandecita y además para qué andar con ese carricito de Roldán que de allí no puede salir nada bueno, óyeme bien lo que te digo, a Jesús yo lo estimo mucho pero tiene un botiquín y ningún hijo de botiquinero por mejor que sea puede servir para mucho, así que aléjate de ese Roldán o se lo digo de verdad verdad a tu papá para que veas. Jesús también será directo, ya lo sabemos. Pero para qué puede servir una carajita que se la pasa con varones corriendo por las calles y saltando cercas, Roldán, ten en cuenta eso, mientras sea juego de muchachos no importa tanto, pero más no sé, no me

parece. Saben, por ejemplo, que la procesión acelerará el paso cuando se acerque a cierta casa, porque allí desde hace tiempo no vive nadie vivo y sale una visión. Por eso, cuando Jesús, que ahora como siempre ayuda a cargar el Santo Sepulcro, sienta que se aproximan a aquella casa, apurará el paso, junto con los que le acompañan en la procesión, para dejar lo antes posible ese lugar, tal y como hacen ellos, Marisela y Roldán, cuando deben pasar por allí de regreso a sus casas: la bodega de Segunda y el botiquín de Jesús; y este apurar el paso significará una enorme fatiga para Jesús, ya un hombre mayor, con fuerza declinante. Saben también, por ejemplo, que el ganador tiene el privilegio de consumir todas las parapas antes de que el otro comience a disparar las suyas. Conocen la lentitud, muy distinta al paso por aquella casa, con que se desplaza el Sepulcro en su recorrido por las calles del pueblo, así como conocen los itinerarios (que ofrecemos como regalo a la memoria): salir de la iglesia, justo en la esquina de la Manamo con la Arismendi; tomar la Manamo, pasar la calle La Paz, seguir derecho hasta la esquina de la Delta, donde se encuentra el botiquín de Jesús; continuar aún derecho hasta la avenida. El Cementerio y llegar por ella a la calle Petión; o en otros casos, como en este, tomar la calle Delta hasta la Petión, y desde esta hasta la Plaza, donde el Sepulcro es obligado a recorrer varias veces las calles del cuadrado; de la Plaza continúa la procesión, por la calle Bolívar, bien hasta la 5 de Julio, bien hasta la calle del cañito; otras veces baja por la Bolívar para tomar la Manamo y concluir en el punto de partida. Hasta aquí este regalo, recorrido ideal por un plano ideal, que puede corresponder a la realidad. Lo normal, en esos casos del Sepulcro, es que la procesión baje por la calle del cañito y de allí hasta la Manamo, y desde allí hasta la iglesia. Lo normal, en los Viernes Santos, es que la procesión cruce en la esquina de calle Delta, donde ellos se encuentran, porque aún están sentados en el banquito. La lentitud, el proceso de cruce, beneficiará sus propósitos. Cuando la

procesión esté en eso, ellos sabrán el ganador. Entonces, este comenzará a disparar contra Álvaro, mientras la procesión ejecuta el cruce, a paso lentísimo: los que están debajo del Sepulcro, Jesús entre ellos, darán medio paso hacia adelante los de un lado y medio paso hacia atrás los del otro, varias veces hasta completar el medio giro que los ubique en la gran extensión de la calle Delta, con Jesús tan cansado luego de pasar la casa donde todos van apurados. Roldán y Marisela están conscientes de que no es bueno ni conveniente ni correcto acercarse tanto al Santo Sepulcro que se puedan ver los cargadores escondidos tras la oscura cortina que cae desde los bordes de la madera sobre la que reposa el Sepulcro hasta cercano al suelo. Ellos conocen las limitaciones; la parte exacta que les corresponde y la que no deben solicitar. Marisela y Roldán ven, aún lejos, a la gran banda con aquella música que tanto gusta a Roldán; ven, aún sin precisión, la figura de Segunda a la cabeza de las Hijas de María; más tarde Roldán ve, porque él no puede equivocarse en esto, unos zapatos que brillan bajo la tela del Sepulcro, y que son los de Jesús, su padre; presiente Roldán el caminar inseguro de Jesús, tanto peso para su edad. Roldán y Marisela saben, en definitiva, justo lo que deben saber y si nunca se han acercado tanto al Sepulcro no es por miedo a nada, si a ver vamos este nunca ha caído, sino por respeto a Segunda, que tantas veces se los ha dicho cada Semana Santa: no es bueno que uno se acerque mucho al Sepulcro, el diablo anda suelto y de pronto cae y ocurre una desgracia; y por respeto a Jesús, que ayuda a cargar y se molestaría mucho si los viera, desde la cortina que lo esconde, aparecer allí: dos carricitos que no me gustaría ver allá abajo cuando esté llevando el Sepulcro, que no te vea, Roldán. Está bien papá. Ellos saben todo esto.

Ahora, a las cuatro de la tarde, sale la procesión del Santo Sepulcro. La banda del pueblo entona los primeros compases del *Popule Meus*. El padre Álvaro, las monjas, Segunda, Jesús, y tantos otros, todos conocidos, todos de un lugar común y con destinos previsibles, acom-

pañan la procesión. Roldán y Marisela esperan, pacientemente, en un banco del malecón, frente al Punta Brava. La procesión se aproxima, con asombrosa lentitud. Marisela toma nueve paraparas y cierra su mano derecha:

—Barquito de vela.

—A la vela va —dice Roldán.

—¿Con cuántos marinos? —pregunta Marisela.

—Con cinco marinos —pierde Roldán. A ella le toca. Aún tiene tiempo para disfrutar anticipadamente el momento que vendrá. No hay prisa. Allá está el padre Álvaro, tan recto, con su cuidada barba, sus lentes metálicos, su mirada esquiva. Allá, cargando el Santo Sepulcro, se acerca Jesús, padre de Roldán, con sus zapatos brillantes de tanto sacarles pulitura. Viene del mismo lado de Segunda, próximos los dos al malecón descubierto de aguas porque es verano y el río está seco. Todos vienen con el Santo Sepulcro. Roldán piensa que la próxima vez, aunque la apuesta sea muy importante, jugarán al Quiminduñe. Pero, en el fondo, no importa. Cuando Marisela termine, o antes de eso, él comenzará. La procesión está muy cerca de la casa desocupada, y todos, sin que nadie lo ordene, apuran el paso. Marisela y Roldán pudieran reír, pero también ellos... Todo está listo cuando se acercan al Punta Brava. Marisela, con las nueve paraparas, presta para disparar. Si las paraparas chocan contra el vidrio del Sepulcro, hacen tac. Si chocan contra una cabeza también suenan tac, pero la onda es menos fuerte. Si alguien, Roldán, por ejemplo, va corriendo en bicicleta y deja caer una parapara, esta, al golpear contra el pavimento, también suena tac; pero lo hace dos, o tres veces a lo sumo, y después continúa su recorrido, girando lentamente, hasta caer en la cuneta, tac, donde finaliza la calle y comienza la acera. En invierno la cuneta de la calle Manamo se llena con agua de río, y Roldán y Marisela, entre otros,

juegan a los barquitos: bien frente a la bodega de Segunda, bien frente al botiquín de Jesús. Ahorita, sin embargo, no es invierno; la cuneta se encuentra vacía y si acaso van por ella algunas ratas y quizá un gato en su persecución. Estamos en verano, en plena Semana Santa, al final del viernes, y la procesión del Santo Sepulcro, con la banda del pueblo en primer plano: Tineo y el clarinete, Perucho y el bajo, Semilla y la trompeta, Pellín y el saxofón, y otros que no logramos reconocer; con el padre Álvaro, los lentes metálicos sobre la punta de la nariz, rezando ininteligiblemente, su paso tan lento como lento es el desplazamiento del Sepulcro, la procesión ya se acerca a la esquina de la calle Delta, y los cargadores se preparan para la rutina del cruce: medio paso hacia adelante unos, medio hacia atrás otros. Justo en ese instante, ante la mirada de Segunda, atónita, Marisela comienza los disparos contra Álvaro. Uno que suena tac al chocar contra el vidrio. Uno que suena tac contra Álvaro. Van dos. Otro que se pierde hacia la cuneta. Van tres. Marisela se acerca más y más, peligrosamente, al Sepulcro. Ya pasa al lado de Segunda. Ojalá nunca vea su mirada. Ya está casi al lado de Álvaro. Ojalá tampoco vea su mirada. Una nueva parapara, de tan cerca que no puede fallar, y Álvaro que se dirige hacia ella. Van cuatro. Marisela, solo para escapar, se aproxima al Sepulcro y sube la cortina que esconde a los cargadores. Allí puede ver, entre otros, a Jesús, indignado y tambaleándose por la curva y el peso. Entonces, sin poder detenerse, Roldán comienza su descarga. Una para Álvaro. Otra para aquella monja (aunque la parapara no haga tac en tal blanco). Otra para cualquiera que se atraviese en su camino. Y justo se atraviesa Jesús, el de los zapatos relucientes, el que tiene en estos momentos a Marisela como acompañante y sin poder más suelta el Sepulcro, que cae y choca con ruido espeluznante. Todo se detiene, en este instante. La banda, incrédulos sus integrantes, lanza una última composición sonora, suerte de *glissandi*, donde se mezclan y superponen fragmentos de la obra de Lamas

con asombros tímbricos. Las Hijas de María, sus cuerpos aún en posición de rezo, manifiestan su pesar con unos ah no unísonos que se van apagando como los sonidos de la banda. Así podríamos ir diciendo de los demás. Basta con esos ejemplos. Regresemos al Sepulcro. Como hemos adelantado, está en el suelo. Mas no está solo. Desde debajo de él, una mano pequeña asoma a la luz. Marisela, en su último esfuerzo, o como acción refleja, abre esa mano y deja rodar varias paraparas, probablemente cinco, que lentamente y ante la mirada estúpida de la concurrencia, van girando hasta caer en una cuneta. Tac. Tac. Tac. Con cinco marinos, puede pensar Roldán.

Este hoy, el del hombre, me recuerda que todo fue tragedia aquella tarde. Marisela, muerta. (Sin lugar a dudas, muerta). Yo, dando carreras y deteniéndome. Los demás, enloquecidos de dolor, asombro y miedo. Después, cuando pasaron muchos días, cuando pasaron meses, cuando pasaron años, después me fui de la Región y estudié con desvelo su cestería y creencias. Supuse irme, con el mal olvidado, hacia una nueva vida. Supuse irme, en verdad, para dejarla, pero cada vez que investigaba, y más aprendía sobre la Región, más me aproximaba a ella, a Marisela, y mejor entendía la posibilidad de recomenzar, los dos, ahora mayores pero juntos de nuevo, en otros sitios y andanzas, pero unidos. Y mientras más comprendía y unidos estábamos, más se me aclaraba que era inaceptable, desde todo punto de vista, una visita tuya a la Región, Marisela. Por eso, tuve siempre a mano la excusa necesaria, como cuando le mentí diciéndole un besote y me vine a la Región. Y ahora, a mí, tiene que sucederme esto, como si no estuviera preparado y fuera un ignorante de los saberes del Toro-toro... Ahora, el recuerdo que me hace ser el otro: aquel que quise despedir de mí, el de las paraparas y las salidas con ella, Marisela niña... Cómo podrá esperarme, ahora, Marisela. Cómo podré salir de la Región si ya no tengo dónde llegar. Cómo marcharme. Cómo tocar a la puerta de nuestra casa, Marisela, si sé que

nadie abrirá, porque del otro lado ya no vive nadie. El Toro-toro está cerrado. Cómo hacer, ahora, cuando de nuevo he perdido a Marisela. Y qué decirle, qué decirte, Marisela, si otra vez logro que abras la puerta y de nuevo el Toro-toro...

Los ensueños de Adriana

A María José González

A pesar de todo, la oficina seguía igual a como la dejó. Todo permanecía en el lugar de siempre. Adriana sonrió. ¿Debía esperar algún cambio? Sabía que no y sin embargo entró sobresaltada a su oficina, porque durante la noche, en medio de un dormir ligero, agitado a veces, tuvo un sueño. No podría decir desde cuándo lo conoce. Si se lo preguntaran, no podría decirlo. Él es tan retraído, distante, suyo... Un mediodía, Marcos se asomó a su oficina, como siempre, y le dijo, con la misma entonación que ella recordaba, con el mismo misterio que si acaso era descuido y seguro era pena, con una voz bajísima, respetuosa del silencio: Salgo a almorzar...

Él siempre salía a almorzar, en algún lugar que ella desconocía y no tenía por qué conocer. Pero aquella vez, Marcos la llamó. Desde un teléfono cualquiera le dijo una dirección precisa y una hora exacta. Allí se verían, y ella fue incapaz de rechazar la oferta... Los escritores deberían volver a idear formas especiales para ciertos encuentros y determinadas situaciones. Adriana lo esperó cerca del lugar acordado y él levantó un brazo al verla, en señal de saludo.

En las últimas reuniones de trabajo se había mostrado más gentil que de costumbre; asomado alguna expresión que ni siquiera tuvo la vez en

que Adriana le regaló aquella franela insólita que él decidió no usar jamás, pero se puso apenas llegó a su apartamento: un dibujo en el frente, dos signos ¿japoneses? a la espalda. No era desagradable, en verdad. Tenía algo que no le disgustaba, salvo el hecho de ser excesiva, definitivamente. Si no fuera por el dibujo, tal vez. Era diciembre y las reglas indicaban el amigo secreto y Adriana sacó el papelito con su nombre y el día del intercambio le dijo Para usted, muchas felicidades, y él entonces ni siquiera sonrió y dijo solo Gracias, Adriana. Ahora era diferente. Ahora, alguna vez, pero casi siempre de pasada, como hecho muy secundario, mencionaba una blusa, cierta combinación, y Adriana sonreía ligeramente, sin dudas turbada, halagada sin dudas, y a Marcos este halago y aquella turbación le producían cierta inquietud, acaso dominada para retirarse rápidamente a su oficina, si estaba en la de Adriana, o hacer un gesto que indicaba volvamos a las tareas, si estaba en la suya, o cambiar violentamente la dirección de la mirada y fijarla en cualquier otra persona, si estaban en una reunión, aunque esas reuniones eran cada vez más distantes. Adriana había asistido a dos o tres con los jefes de secciones y sus asistentes: el jefe literario, el de producción, el de diseño, el de correcciones —que es Marcos.

Adriana no podía olvidar un momento. Sucedió que entonces él se la quedó mirando fijamente: y ella no pudo soportar esa mirada y se retiró a su oficina. ¿Qué tendrá? —pensó recostada del escritorio.

La efusión del saludo escondía nerviosismo. Adriana también lo escondía y aún no lograba comprender por qué había aceptado la oferta, aunque más que oferta fue un mandato. Pudo haber dicho ahora no puedo, tengo que cumplir con las indicaciones que usted me dio durante la mañana, no debo dejar sola la oficina porque pueden venir, usted sabe, y si no hay nadie..., o peor, si llaman de otra sección, de los talleres por ejemplo, para que usted revise alguna galerada o el estilo de un original traído con urgencia; o peor si llaman de la dirección y es el mismo jefe el que desea

hablar con usted y no estoy ni siquiera yo para decirle que usted no está, o peor si me llaman a mí, precisamente, de la gerencia, de la dirección, de los talleres, de mi propia casa, mamá siempre tan enferma y muchas veces casi no puede respirar y habla quedito como si estuviera hablando usted, o peor si llama alguno de mis hermanos y resulta que no estoy y qué le digo yo en la noche, que salí para los talleres no puedo decirle, porque el que baja a los talleres es usted que es quien conoce de esas cosas, el que corrige o lee o qué sé yo lo que hace; que salí para la dirección tampoco porque jamás he llegado a la dirección, para la gerencia mucho menos porque ni siquiera a usted lo llaman de la gerencia, y eso que yo considero deberían llamarlo de la gerencia porque es usted tan importante, pero si llaman alguna vez de la dirección y yo le aviso y usted pone esa cara de fastidio y me sonrío ligeramente, con esa sonrisa que me gusta tanto, o me dice así suavcito Gracias, Adriana, con esa suavidad que tanto me gusta, o me mira y es tan tierna su mirada señor Marcos y su voz tan querida y su sonrisa tan buscada que todo esto son solo pensamientos mientras nos sentamos en este café y no sabemos por dónde comenzar y usted comienza a darme explicaciones para su llamada, a decirme que está cansado de la oficina, que quizás debiéramos trabajar algunas tardes en este café o en el que se encuentra en la esquina de abajo, y yo sé —y usted sabe— que esas palabras esconden la pena (es usted tan penoso) que le produce el haberme llamado y que yo no haya puesto ninguna de las excusas que pensé... Y por qué, por qué le estoy tomando ahora una de sus manos, señor Marcos, y por qué acaricio sus dedos con los míos, señor Marcos, y por qué me acaba de importar un pito que la oficina esté vacía y llame el director, el mismo gerente si le da la gana, señor Marcos, y por qué te estoy diciendo señor Marcos si acabas de convertirte en Marcos simplemente, y por qué de una buena vez no me dices Adriana, con esa voz que tanto me gusta. No gracias, Adriana, o Adriana haz esto o lo otro, sino Adriana... y por qué...

No iría, definitivamente. Dos o tres insinuaciones no eran suficientes, después de tantos años sin decirle nada. Por supuesto que le gustaba la manera de ser de Marcos. Por supuesto que se emocionaba con solo verlo. Por supuesto que inclinaba su cabeza para que él no descubriera alguna señal en su mirada y abreviaba las conversaciones para no perderse para siempre en su hechizo. Pero no iría. Eso pensó Adriana antes de cerrar la comunicación y tomar la cartera para salir a encontrarse con Marcos.

La oficina podía quedar sola por algunas horas. Casi nunca los llamaban, y cuando lo hacían era por banalidades que bien podían atenderse en otro momento. Marcos era tan cumplido, tan exacto en sus cosas (relativamente exacto, en verdad, casi cumplido realmente), que aun sus demoras podían significar eficacia, porque siempre, absolutamente siempre... Entonces, ¿por qué preocuparse...? Él no había dicho nada cuando Adriana le regaló aquella prenda insólita. Solo Gracias, Adriana, y después ni una sola palabra. ¿Se la habrá puesto, alguna vez? ¿Cómo se verá con esa franela...? Y la combinación que lleva Adriana, ¿es la misma que Marcos alabó el otro día, en la oficina, y ella sintió placer y temor, sonrió levemente, sin dudas turbada, sin dudas halagada, y a Marcos aquella turbación y este halago le produjeron una inquietud desesperante...? No lograba recordarlo.

Va al encuentro con Marcos. El lugar seleccionado no dista mucho de la oficina. Él la saluda al verla llegar, la invita a un café, o a un jugo si prefiere, y ella solo alcanza a mirarlo. ¿Qué...? Adriana, tenemos años conociéndonos, yo diría que buscándonos, yo diría que mirándonos furtivamente piensa Adriana. El lugar está lleno con clientes. Qué espléndido —y penoso— estar con él, acá. ¿En qué momento se tomaron de las manos...? ¿Cuándo le dijo él, si acaso le dijo, que fueran a su apartamento? ¿No sería que salieron caminando, hablando de cualquier cosa, y sin proponérselo ni él ni ella, sin saber qué hacer, adónde

ir, cómo empezar, llegaron al apartamento de Marcos? ¿No sería que Adriana, ahora más resuelta, luego de rozar con sus dedos los de Marcos, le sugirió ir a un lugar más tranquilo? ¿Conoces alguno...?, le preguntaría ella, y entonces Marcos, que en verdad puede que no conociera ninguno, pensó en su apartamento y la condujo hasta allá sin decírselo, no por no sobresaltarla, o por temor a que ella se negara, sino porque le pareció innecesario ser tan específico...

El apartamento de Marcos era muy oscuro: y estaba lleno de libros. Por todas partes, un libro o un papel. Pocos detalles indicaban cuidado. Todo parecía puesto al azar, simplemente, y sin embargo no había desorden. Marcos se atrevió a destapar dos cervezas, sin siquiera preguntarle a ella si quería. Ella, que jamás tomaba, aceptó. ¿Por qué...? Él, que nunca había sido dado a los excesos, y Adriana lo sabía, le propuso brindar por el encuentro y dijo dos o tres lugares comunes que a ella le parecieron muy bien para el momento.

¿Por qué...? La franela que Adriana le había regalado estaba sobre una silla, cerca de la cama. Sintió satisfacción al verla. Se la había puesto, sin dudas. Marcos la complació... y lentamente se la puso de nuevo... Todo lo demás es conocido por Adriana. Aunque fue la primera vez con Marcos; aunque sintió que los libros se adueñaban de ella; aunque Marcos no era ninguna excelencia y ella tuvo que brindarle ayuda oportuna; aunque su orgasmo no estuvo a la altura de muchos otros; aunque Adriana...

Durante la noche, en medio de un dormir ligero, agitado a veces, Adriana tuvo un sueño: soñó —entre lo mucho que soñó— que los libros la perseguían y salían a su encuentro en cada pared del apartamento; que aun cuando jamás tomaba, tenía una cerveza entre sus manos; que un hombre (¿acaso Marcos?) le hacía el amor de la manera más desastrosa que pudiera recordar, pero a ella le gustaba. Soñó tam-

bién que los libros no se encontraban únicamente en su apartamento, sino también en el del hombre —y especialmente en ese—. Soñó que todas las paredes de su oficina estaban tapizadas con libros. Soñó que ella estaba desnuda (¿o era Marcos?)... Que un hombre se había puesto aquella franela...

Hoy, a pesar de todo, la oficina seguía igual a como la había dejado. Adriana sonrió. ¿Debía esperar algún cambio? Entró sobresaltada. Algo debía esperar, sin embargo... Varios años había trabajado como su asistente y aún no podía decir que lo conocía. Él era tan retraído, distante; tan de él y nadie más... ¿Qué tendrá? —piensa—.

Ahora Marcos la llama para darle ciertas indicaciones sobre las tareas que Adriana debe realizar durante el día. Ahora Marcos la mira fijamente, y ella se retira a su oficina. ¿Qué tendrá?, piensa Adriana. Esperaría la hora del almuerzo. Entonces Marcos tal vez se asome, para decirle, con la entonación de siempre, con el mismo misterio que es si acaso descuido y seguro pena, con una voz bajísima, respetuosa del silencio: Salgo a almorzar...

Después... Hay un sabor extraño, desconocido, en la boca de Adriana.

Conversación

Pasamos la mañana con el profesor Kaufmann, autor de voluminosos (y repetidos) libros plagados de sociología, psicología y cálculo. Agregarle a este texto toda la conversación que entonces mantuvimos sería una operación digna del mayor reproche. Baste por ahora con señalar las permanentes referencias del profesor a un procedimiento que permitiría inferir el tiempo requerido por el futuro artista para ingresar plenamente en la producción y el mercadeo de su obra. Confieso que nada respondimos a tales conjeturas, pero nos sorprendió entender una obra de arte como un producto similar a una licuadora, y a una fábrica de cosméticos al artista.

Después del mediodía nos despedimos del profesor Kaufmann. Si bien sus últimas palabras convocaban al orden, al método, al sistema, y referían a un mundo pleno de razón que a la vez aturdía y llenaba de orgullo, a nosotros nos convocaba ya un adecuado restaurante de productos marinos.

El primer rechazo provino de Violeta: y era lógico que así sucediera, porque en otro tiempo el profesor Kaufmann le redujo hasta su mínima expresión a un pintor que era entonces el centro de sus indagaciones.

Hablar así, como él lo hizo de aquel artista; de aquel hombre que asumió en sus múltiples vidas —y muertes— las grandezas mayores del arte: lo escondido, doloroso, oscuro, inexplicable; lo brillante y apetecible, pero igualmente doloroso por inalcanzable: Qué desparpajo, profesor Kaufmann. Qué error imperdonable. Y que sea usted mismo el que después, durante nuestra conversación matinal insista, refuerce su torcedura con una posición más bien mercantilista. No tiene salvación.

—¿Se imaginan ustedes algo así? ¿Un pintor como el mío, llevado a ese nivel? No lo puedo creer. Por más profesor y estudioso que sea, no le puede hacer eso a mi pintor —y mientras hablaba, Violeta Xochi nos dirigía miradas casi suplicantes, reforzando los posesivos con golpes sobre la mesa del restaurante.

Ella podía permitirse esas expresiones, porque con mayor insistencia que nadie había explorado en el autor de los desnudos transparentes o carnosos, de los paisajes resplandecientes, de las recámaras volátiles. Y aunque por razones metodológicas los estudios de Violeta Xochi se detuvieran en el aspecto comunicacional de la obra y del artista, en las maneras como habían sido difundidos, expuestos, en su yo más íntimo sentía que todo cuanto se relacionara con el pintor había pasado a formar parte de su vida, sin explicaciones ni comprensión, solo como deseo o posibilidad. Y esto, ya lo sabemos, esto puede causar angustias. De allí su vehemencia, formulada con posesivos, miradas y golpes en la mesa.

Morelia Naba, al comienzo menos expresiva (aunque bastaría conocerla para saber que estoy mintiendo), pronto le tomó la palabra a nuestra amiga. Ah, profesor Kaufmann: si me atreviera a decirle lo que ella nos dijo; si esta escritura fuera capaz de comunicárselo... No tema, profesor.

Tranquilícese. Bien sabe usted que nunca lo haría: y menos en público, delante de todo el que algún día pudiera leer esto que ahora es tan secreto, tan desde el pensamiento hasta el papel. Guardaré silencio,

mi respetado profesor. Yo, que mientras transcurre el texto compartiré menos sus ideas; que ahora poco entiendo de sociología o psicología de la producción —pero que sigo en conjeturas—, yo no diré una palabra hiriente, ilustre profesor. Porque usted debe saber que, sin comprenderlo y ni siquiera sospecharlo, usted es indispensable para el texto. Pero... Atención. Atención. Su cara se me pierde, profesor Kaufmann: la veo alejarse, lentamente; esconderse dentro de algún tejido inencontrable.

Luego de aquel enfrentamiento inclinamos la comida hacia la última obra de Morelia Naba. Yo había notado un cambio, no solo en sus dimensiones y materiales (lo que era por lo demás evidente), sino también en algo más profundo y por lo mismo, menos perceptible. Y como sucede a menudo con ciertas obras de arte, ni aquel cambio ni ella misma parecían aceptar o requerir explicación alguna. Morelia Naba, sin embargo y afortunadamente, habló para nosotros:

—Es una cuestión del espacio y de la forma —nos dijo—. Pero no de este, occidental, al que estamos acostumbrados. Es otro espacio como subyacente y que implica relaciones distintas. Puede estar en una concha de mar, en un viaje en la noche por el río, en una mirada al río y al barranco. Puede estar en la dignidad de una cesta de los waraos. Porque yo siento que cuando trabajo, y sin menospreciar para nada la técnica, que está allí, que está presente en todo lo que hago, yo siento que me muevo hacia una región más bien secreta, oculta detrás o en el fondo de algo, y que desde allí, desde esa región sale una fuerza desconocida que me señala los caminos a seguir, las relaciones que debo expresar, las formas que debo vincular. Y esto que siento ahora, con los nuevos trabajos, lo sentí igual antes, con las obras más pequeñas. Solo que allá establecía una como conversación, algo íntimo, y acá me parece que me aproximo al grito. Gritar ese secreto, eso oculto que no puedo decir con palabras, es lo que quiero hacer ahora... En cuanto a lo que tú notas, pienso que es una cuestión de los materiales que te obligan a...

No escuché las últimas palabras de Morelia Naba. Me encontraba entonces temeroso y distante. Sabía que mi tumor había llegado y que Violeta y ella esperarían por mí. ¿Qué decirles, cuando preguntaran por el libro que estaba preparando...?

—Hace más de cincuenta años, por motivos que desconozco, uno de mis abuelos estuvo en Winikina, poblado warao a orillas del caño con el mismo nombre. Mi abuelo estaba enfermo; sudaba fiebre bajo la luna inmensa. Un warao se le acercó y se le quedó mirando por largo rato. Luego fue a su vivienda, abrió con sigilo una cesta alargada y amarillenta, sacó algo de ella y se sentó en medio de la choza. Palabras incomprensibles para todos decía el hombre sentado. Algo inexplicable, que se metía en su cuerpo, lo revisaba y extraía de él invisibles partículas sentía mi abuelo entre tanto. Toda la luna duró esta escena: el hombre acostado y el warao en su choza. A la mañana siguiente, mi abuelo, ya en franca mejoría, se dirigió a la choza. Afanosamente buscó al hombre y la cesta. La choza estaba desierta; transmitía soledad y abandono, como si hubiera permanecido deshabitada por mucho tiempo. Mi abuelo solicitó a los otros waraos. Les preguntó por el hombre, por la cesta. Quería saber de él. Quería, sin comprender por qué, darle las gracias. Quería mirar la cesta. Todos, en su lengua dijeron Toro-toro; y le disuadieron de encontrar al hombre que lo usaba (cuestión francamente improbable, mejor dicho, imposible), advirtiéndole que así como aquella noche había sacado de allí lo desconocido y bueno para curarlo, si mi abuelo lo molestaba, si acaso presentía su paradero, podía sacar del Toro-toro todo lo malo y desconocido, y también otras cosas...

—Toro-toro llamaré al libro —dije finalmente.

—¿Toro-toro? ¿Cómo es el Toro-toro? —me preguntaron— ¿Acaso tienes uno?

Les contesté que no, que no lo tenía; pero que recordaba haber visto uno en el Delta durante mi infancia, aunque seguramente ese que re-

cordaba no era en verdad un Toro-toro. Les dije que era alargado, lucía una tapa que formaba parte de él y le calzaba perfectamente, un cordón para llevarlo y estaba tejido con fibras de iti ri ti.

—En mi casa tengo un Toro-toro —nos aseguró Morelia Naba—; mañana los espero para enseñárselos.

No sé si Violeta Xochi acudió a la cita ni si logró ver el Toro-toro. Ya para entonces, yo dudaba de su existencia física. No logré advertirles, sin embargo, que el Toro-toro es una pieza única, para nosotros irrecuperable, porque su tejedor del Delta, también único, desapareció desde hace muchos años. Tampoco les advertí que tal vez nuestras vidas transcurran dentro del Toro-toro.

Permanecí en casa, aquel día. Debía escribir un texto donde mencionara a Violeta Xochi y a Morelia Naba.

No lo hice. Me distraje revisando libros, viendo catálogos. Uno de ellos hablaba de la luna, del río, de los nabarao. Lamenté que omitiera un nombre, Winikina, porque allá, en ese poblado de los waraos hace más de cincuenta años uno de mis abuelos...

Compuertas

Para relatarte esta historia debo primero ponerte en contacto con cierto pasado, porque he sabido de fuentes indispensables que desconoces siquiera los comentarios de aquella época. Nada sabes de las etapas del río ni del bienestar que significaba cada creciente, en cuanto a la renovación de la capa vegetal. Ignoras ciertos niveles de las aguas; determinadas escalinatas del antiguo malecón; paseos alucinantes al borde de las aguas. Debes sofocar tal vacío y comprender lo que significa para muchos el cierre del Manamo, la ausencia de crecidas, las aguas como lago inmóvil. La imagen final no es rigurosa, sin embargo. En ciertas latitudes del río: antes de las compuertas, en Boca de Tigre inclusive, las aguas disfrutaban de aquellos ímpetus que conocieron los «antiguos» y son capaces de ocasionar todo tipo de desastre. En mi último viaje por Boca de Tigre presencié una fuerza devastadora y una extensión más acorde con capacidades especiales que con el alcance de la visión humana. En mi último viaje sobre las compuertas acepté la existencia de un río aún saludable, apto para los remolinos y corrientes traicioneras. Ese río, aquella extensión, deben ser comprendidos. A fin de cuentas, solo trato de que entiendas lo dado al cambio y lo inusual que podía ser

el Delta; lo cotidiano que podía ser un hecho extraordinario, como la desaparición de alguien, por ejemplo.

Podrás contestarme que en el presente también se dan los cambios; que aparecen, acá o allá, islas advenedizas. Y ante tal respuesta te diré ciertas verdades. Supongamos que estás cerca del antiguo malecón: dos kilómetros de ancho daban al río para llegar al otro lado: la isla de Wara. Supongamos que vives el invierno: el borde del malecón y el comienzo del río se confundían en una misma superficie plateada. Supongamos que, en ese invierno, alguien cae al río: muchísimos metros de agua abajo se necesitaban para recuperar lo caído, y hay quien llegaba más allá de Rabo de Mono, e inclusive de Pueblo Ajuro, hasta La Aurora algunas veces, antes de poder ver un bulto luchar contra la corriente y aproximarse a la orilla. Muchísimas veces no ocurría así: y entonces la noche se prolongaba en vela e inutilidad mientras los expertos acechaban la llegada del alba para cobrarle al río lo que se había llevado. Cierta día, un niño tomó la curiara endeble. Ni uno ni otra aparecieron jamás. Cierta mañana, el nadador seguro insistió en la travesía voluntariosa hasta Wara. Ya supones lo que le sucedió. Todo esto, sin mencionar el caimán perezoso que patrullaba una isla aguas abajo. Los «antiguos» recuerdan sus desplantes. Una tarde cualquiera, el caimán olvidó su solaz. Tantas madres lloraron a orillas de los caños que los lamentos aún retumban en los canales ciegos. Estos ejemplos pueden servirte de guía. No me opongo a tus objeciones. Ya te hablé de las compuertas y de Boca de Tigre. Yo cambio, como verás. Todos cambiamos. Esta historia, si mal no recuerdo, es la historia de mutaciones e identidades. Escucha mis cambios. Si antes defendí el gran río, con sus cuentos y crecidas, hoy defiende otra historia, iniciada en las compuertas: y del río guardo un memorioso amor y respeto siempre saludable. También canto este Manamo adormecido. También medito sus victorias

recientes. No puedo, aunque quisiera, despejar todas tus dudas; pero dime, ¿sabes lo que es una *wana*?

Existen ciertos lugares remotos, caños siempre olvidados y casi nunca vistos, cuyos nombres no son Winikina ni Manamo ni Winamorena, que, trancos, finalizan en ellos mismos, como calles ciegas. Allí tiene lugar la *wana*. Esperan que el caño se llene. Cuando comienzan a cabecear, tapan la boca con un largo y resistente tejido de fibra en forma de red. Los peces quedan atrapados en el caño. Riegan barbasco sobre las aguas. Los peces boyan adormecidos y son cogidos por los pescadores. Alguno logra burlar el cierre y escapa hacia otros caños. Sería interesante contar la historia de ese pez; seguir sus derroteros; saber qué cambios ha experimentado; cuál ha sido su transcurso. Sería interesante que te pudiera dar, aunque sea, una aproximación a su historia.

El 3 de febrero de 1987, en horas de la tarde, una lancha regresaba de los caños saludables: aquellos que están antes del cierre. Su meta era el playón que formó el río a pocos metros de las compuertas. Por un error que suele ocurrir luego de tantas horas de navegación por caños quizá idénticos, la embarcación quedó sin combustible antes de llegar al playón. Fue arrastrada hacia las compuertas del cierre, donde las aguas son turbulentas, como los pensamientos de los seis pasajeros. El choque contra la estructura de concreto fue compacto. Salieron lanzados y atravesaron una de las compuertas. Como si hubieran consumido barbasco, aun aquellos que no sabían nadar, salieron a flote del otro lado. Uno no apareció, sin embargo. Ni muerto ni con vida, aparentemente. Revuelo. Asombro. ¿Cómo pudieron salvarse? ¿Cómo desapareció, si era entre todos el mejor nadador?

Ha pasado el tiempo desde aquella fecha. Meses y años durante los cuales se ha seguido contando la historia. Era el mejor de todos. El gran nadador. Dejó esposa y dos hijos... La historia puede ser así. Siete meses después de aquel 3 de febrero, alguien juró haberlo visto por la isla de Wara. Iba

mal vestido, solicitó alimentos en la baquera de Isidro, comió queso y un pedazo de pan. ¿Estaba bien, Isidro? Estaba mal vestido mujer; pero vivo, de eso estoy seguro. Dos años después fue visto por Urakoa. Llevaba los mismos zapatos y las mismas ropas. Solicitó alimentos. ¿Estaba bien, Isidro? Bien estaba, pero mal vestido. Comentarios al margen. Ese hombre no es el mismo hombre. Alguien parecido, seguramente. Un mendigo, sin duda. No aquel experto nadador que nunca pudo ahogarse. La gente inventa y dice cosas y hace que aquel pobre hombre sea el otro y no entiende que el otro pudiera no estar porque después de tanto tiempo... La esposa y los hijos, alternativamente, usaban ropas de luto o de colores, según el hombre no diera señales de vida o apareciera en Wara, Urakoa, Koripoto. Isidro, entonces, contestaba a la pregunta de rigor: «Con los mismos zapatos y ropas, pero bien». Pasaron varios años. Siguieron las historias. Los mismos zapatos y vestidos. La constante respuesta de Isidro. Un día:

—¿Quién será aquel que viene por allá?

—No sé exactamente quién será. Pero tiene un aire conocido.

—¿Viste sus ropas?

—¿Te acuerdas del accidente de las compuertas? —¿No será Isidro, acaso?

—Mas se parece al otro. ¿Te acuerdas? —¿Si resultan casi iguales!

—Prepárate.

Se acerca a la mujer.

—¿Estaba bien, Isidro? — preguntó la mujer. —Bien estaba, pero mal vestido.

—¿Y esas ropas, Isidro? ¿Y esos zapatos? ¿Por qué estás vestido así, tan ajado, como si no fueras tú sino él, Isidro? ¿Por qué tienes esa mirada que no es la que te recuerda sino la que lo recuerda, Isidro? ¿Por qué te acercas a mi casa?

—Vengo a pedirte algo de comida, mujer. Solamente. Después, seguiré el camino.

—¿Escuchaste lo que yo escuché?

—Claro. Es igualito al otro, pero es Isidro. A pesar de las ropas y los zapatos.

—¿Y acaso el otro existe? ¿Acaso el otro no es Isidro, siempre Isidro?

Incendios

A Gladys Meneses

Hace ya muchos años, desde las nueve de la mañana, ocurrió el gran incendio en el Delta. Toda —o casi toda— la selva se convirtió en fuego y ceniza. La gente fue quemada, los animales perecieron, las aguas se tibiaron. Fue tal la vastedad de aquel incendio que persisten señales de él en ciertas zonas y la memoria se ha negado a ocultar sus magnitudes. El tiempo, que a veces opaca y otras luce, en esta ocasión se ha impuesto la tarea de hacer aún mayor algo de por sí inmenso. Mas no nos dediquemos a tantas historias que se esparcen. Fijemos hoy nuestra atención en un fragmento de aquel suceso. Acerquémonos al malecón, esa mañana, antes del incendio; y en este acercamiento el juicio no buscará las razones de la tragedia. Otros se han ocupado y ocuparán de ello. En esta aproximación observemos a un hombre como de treinta y cinco años, Eugenio para la narración, que se encuentra en una curiara a orillas del río: y espera. Eugenio es navegante. Su trabajo consiste en transportar pasajeros: desde Tucupita a otras poblaciones; desde esas poblaciones hasta Tucupita. Fijémonos en él: lleva sombrero, ropas de caqui; tiene manos encallecidas que testimonian su labor; tamaño mediano y piel curtida. Serán las cinco cuando lo vemos: revisa y achica

la curiara, pone en orden los canaletes. Ahora, otra figura se acerca e introduce en el escenario. Tendrá veinte años esta muchacha menuda que con prontitud aborda la embarcación sin cruzar un saludo con el navegante. La curiara se aleja, por el Orinoco. El destino de Yajaira (así la nombraremos) es Pedernales. Lleva falda ancha de muchos colores; blusa blanca y calzado escueto. Nadie podría decir que Yajaira es hermosa; nadie podría negarle cierto atractivo especial ni desertar del suave vello de sus piernas o de la sutil arrogancia de sus senos que abultan con delicadeza la blusa. Yajaira tiene la mirada fija en el río: y en él se mantiene una juguetona niebla matinal. Cuanto ella piensa escapa de nuestro conocimiento. Detrás, pendiente de la ruta, está Eugenio. No podríamos, por el ángulo desde el cual lo vemos, afirmar ni negar que por momentos su mirada reposa en las espaldas de Yajaira. Imaginemos que sí. Entonces, mira a través de la tela los ligeros del corpiño que usa la mujer. Pero sería sin duda una mirada breve, para retornar al río y a los malecones. Cómo desperdiciar esos verdes que ilustran el final del malecón. Cómo, estos marrones del malecón mismo. La niebla, sin embargo, aún diluye el paisaje. La curiara pasa cerca de los pueblos circunstanciales o fijos y se interna en los caños. Son más de las ocho, y ya la niebla fue derrotada. Observamos quizás por última vez a los pasajeros que desde este lugar tan lejano parecen integrarse al paisaje...

Muchos años han pasado desde el incendio. Otra niebla, otro humo encubren y descubren cuanto ocurrió entonces, permitiéndole a quien deseara narrar la historia de Eugenio y Yajaira ciertas libertades tal vez reñidas con su deseo de fidelidad. Solo puedo asegurarle a ese lejano narrador que la pareja de navegantes jamás llegó a su primer destino; también, que nunca regresó al origen del viaje. Nuestra única certeza es aquella imagen de la curiara confundiendo con el paisaje. Aquel punto siempre en alejamiento es nuestra única certeza. Pero atención. Ya son las nueve de la mañana.

Aquel incendio devastó la región. Que sepamos, nunca hubo algo tan definitivo y dañino. Nuestros registros han sido incapaces de fijar cuantías. Solo se refieren escuetamente a la pérdida de miles de vidas, para dedicarse luego con lujo de detalles a los sinsabores de las tierras y a la procesión de árboles y animales calcinados que por días soportó el río. Dicen que algunas veces las aguas se declararon insuficientes y sobrevino el hacinamiento; que de entre los desechos no era extraño rescatar algún cuerpo, de hombre o mujer, transfigurado, y que los peces murieron por asfixia. Si todo esto fue cierto; si tantos desaparecieron y de muchos más se dijo algo, ¿por qué en nuestros registros reposa cierta historia? ¿Por qué nuestro escribiente fijó con detalles —y variaciones— la historia de dos navegantes mientras viajaban desde Tucupita hasta Pedernales? ¿Qué indujo a ese profesional licencioso a manejar dos destinos dentro de una especialidad presumiblemente exacta y ajustada a cuanto pueda considerarse realidad? Aún más: ¿cuál desvarío lo llevó no solo a sentirse dueño de destinos sino a ofrecer esquemas argumentales celosamente guardados en los registros para historias que nunca escribió, o cuando menos no he localizado? Confieso que sus razones me intrigan. Mucho temo que el tiempo impida relatar esa historia. No así, ofrecerles un intrincado ejemplo de los esquemas, seguramente útil para hacerse una idea de sus laberintos: *K* encuentra ciertos manuscritos *a* y *b* que se relacionan y refieren una historia seguramente cierta. Entiende que *a* es anterior a *b*. Consigue luego otro manuscrito, *c*, que abunda la historia de *a* y *b*. *K* construye a partir de ellos la historia *d*; recrimina al autor de *c* por las libertades que se ha tomado, pero pronto se da cuenta de que también él ha disfrutado de parecidas libertades. *K*, incapaz de discernir si los manuscritos pertenecen o no a un solo autor, pudiera ser el remoto, olvidadizo e imposible creador de esos manuscritos. *d* sería entonces...

Este ejemplo basta. Vayamos a la historia que cuenta el escribiente. En ella se menciona a dos navegantes. En ella, esos navegantes son anónimos. Para facilitar la escritura he conservado los nombres señalados en los primeros párrafos de este texto.

Yajaira y Eugenio se han alejado de Tucupita. En el transcurso del viaje se ven siluetas de pueblos inabundantes y selvas. El agua los rodea. Son más de las nueve cuando comienza a llegar hasta ellos un resplandor móvil y abundante. Las riberas del río se tuestan y el humo se prolonga. Antes, Eugenio ha advertido determinados encantos de Yajaira que no ocultan su blusa blanca ni su falda multicolor. Antes, ella no ha pasado por alto el sombrero del navegante, el rigor de su cuerpo tras las ropas de caqui. En algún momento, que pudiera coincidir con aquel en que ya convocados a observar cierto personaje, vemos a otro abordar una embarcación, nota la mujer unas manos firmes, encallecidas... No provoquemos a la imaginación. Estamos, recuerden, en otra etapa. El humo asfixia el río. Yajaira entonces, en medio de un arco de fuego, mira al navegante. Siente temor.

Eugenio ha estado intranquilo también. A pesar de sus años como navegante, el espectáculo crispera sus nervios. Un calor agobiante contribuye al desconcierto de ese hombre que siente ahora la mirada de la mujer, atenta a sus ojos, y seguramente percibe su respiración entrecortada. A nadie debería extrañar que ella se acercara al hombre, por temor, por protección. Me extrañan todavía las multiplicaciones de la historia que guardan nuestros archivos y las libertades del escribiente. Debo confesar sin embargo que también yo, quizá bajo el hechizo de aquel aventurero, he tomado licencias y me he abandonado a la imaginación. ¿Será acaso propio del escribiente saltar cauces y abundar un registro fidedigno con variaciones más cercanas al ingenio que al rigor transcriptivo? Ahora, desconozco la respuesta. Pero el escribiente lo hizo, en todo caso, y con tanto honor para la historia que necesariamente debo trasladarme y

seguir paso a paso los pensamientos de quien siglos después se siente súbdito de Benengeli. Recordemos la escena en que dejamos a Eugenio y a Yajaira. Están envueltos en un arco de fuego. El humo hace difícil respirar y ver. Ella, por temor, por protección se acerca al navegante: ...y entonces —dice el escribiente— el hombre vestido de caqui y con sombrero la toma y abraza firmemente, abandonando el gobierno de la curiara que sorprendida sigue un curso impreciso. Se entabla una lucha feroz entre los personajes. El hombre palpa con sus manos encallecidas la dureza y frescura de los senos de la mujer; desciende las manos hasta las nalgas de ella; busca con frenesí la humedad del sexo. Ya están en el piso de la curiara. La mujer ha luchado; y rastros de sangre en la cara del hombre son evidencias de esa lucha. Finalmente, de una manera brutal, si acaso comparable con el espectáculo de luz y muerte que tiene lugar alrededor, el hombre rompe la falda de variados colores y posee a la mujer. La sumergirá luego en las tibias aguas del Orinoco y con el auxilio de un canaleta obtendrá su muerte. Retoma el mando de la curiara, no ya para dirigirse a Pedernales, adonde nunca llegó, sino para guiarla hacia algún caño lateral que lo llevaría a otro y a muchos. ¿Qué sucedió con ese torvo personaje? Ninguna historia comenta su destino. Nadie ha osado imaginarlo.

En otra versión del escribiente ocurren las miradas y el acercamiento. Pero acá ese lector de historias orientales informa:

...y sus ojos volvieron a encontrarse y quizás por el calor y el espectáculo que los rodeaba convinieron que era justo el abrazo, y con este acto se dejaron llevar suavemente hacia largos aunque nerviosos besos, hacia exquisitas impresiones de la piel, libre ya del caqui, la blusa blanca o la falda multicolor; hacia el especial encanto del amor. Las riberas ardían enloquecidamente. Las aguas estaban tibias y sobre ellas boyaban peces muertos. En el centro de la curiara, mientras tanto, nuestros personajes acordaban practicar el amor, en un transporte de lujuria que invocaba

a la selva, el río y el fuego. Porque nadie es tan libre como para desoír mandatos superiores, sintieron que sería inútil continuar hacia el destino previsto: y la curiara puso tanto de su parte que no le fue incómodo obedecer las indicaciones del navegante, rectificar el plan de viaje inicial e internarse por miles de caños laterales. Cuánto resplandor había en esos cuerpos y ojos... Ahora la historia se resiente. Ya no podrá contar lo que siguió y les permite irse, a esa mujer y a ese hombre, para que cumplan con su llamado imperioso, más abundante que la selva y el agua, no menos apto para los cambios y sorpresas que estos.

Luego de estas versiones, ¿podríamos dar otras? Si seguimos leyendo, seguramente. Pero debemos respetar el rito de la aurora. Me acerco al río, yo, el escribiente, por otras y las mismas calles que recorrieron Eugenio y Yajaira. La neblina y un sol lateral convierten el agua en chispa iridiscente. Toda la luz y la selva se vuelcan sobre el río. Y entonces una curiara inicia su recorrido con dos navegantes dispuestos a vivir la historia del incendio.

Hace ya muchos años ocurrió el gran incendio en el Delta...

Aguas

El lugar de nacimiento nada tiene que ver, aunque la verdad no me atrevo a negarle participación. Usted debe decir que sí, sí tiene que ver, amigo mío; nacer en una región donde llueva tanto y tanto se inunda, debe ser un factor determinante. Es algo que la gente lleva por dentro y de lo que jamás podrá escurrirse. Si eso es cierto no tengo escapatoria, le respondo. Pero escuche, escucha también tú nuestra historia de las aguas.

Desde que nos alejamos de mi región para vivir en esta ciudad, tuve el presentimiento de que estábamos cometiendo un delito, o cuando menos una torpeza. Nada nos obligaba a hacer lo que hicimos. Una casa amplia, típica construcción capitalina de los 50, nos acogió. Tiene tres habitaciones y un baño en la segunda planta, y un espacio indeciso que con el tiempo llamé estudio; otras tres habitaciones —y otro baño— componen la primera planta, además de una cocina y un patio pequeño que decide inundarse con cada llovizna. Estas inundaciones, insignificantes al comienzo, llegaron a parecernos provechosas porque constituían una prolongación de las costumbres de mi lejano pueblo. Luego, sin embargo... No debo apresurarme por los otros; solo mi tiempo es

limitado; usted, amigo mío, tiene mucho, sin contar con todo el tiempo que tienen los demás.

El asunto, para ser exacto, no comenzó por el patio, aunque después este se convertiría en centro de angustia. Se inició por las tuberías. Una mañana descubrimos que cierta pared de la primera planta estaba humedecida, y no nos costó esfuerzo alguno constatar que, con el paso de los días, la humedad se hacía más pronunciada. Una figura indescriptible, digna seguramente de algún artista, tomaba forma en la pared. Ponderamos la situación y a pesar de nuestro gusto por lo natural, decidimos acudir a un especialista. Romper y reparar la tubería dañada, fue el dictamen. Lo hicieron, y la calma volvió. Al poco tiempo nos dimos cuenta de que el lavamanos de un baño goteaba por una parte que no lograron descubrir. Cambiaron las llaves, el sifón, otras conexiones. El lavamanos continuó goteando: y nos acostumbramos. Después una poceta, y luego otra, presentaron desperfectos que nadie fue capaz de eliminar. También nos acostumbramos. Total, como esas aguas caían en los sumideros de los baños, solo teníamos que andar con cuidado, no fuera a resbalarme en el piso humedecido. ¿Se imaginan lo que vino después? Exactamente. Las paredes se humedecieron: aquella, la reparada, volvió a mostrar su figura artística y todas sus compañeras de la planta baja la imitaron, dando lugar a una galería que nada tenía que envidiar a aquellas prestigiosas de la ciudad que muestran con orgullo —casi desfachatez— obras de disparateo gusto y formas de inimaginables contornos y tonalidades. Propusimos (propuse) que esa galería de humedades fuera aprovechada: y pronto nos convertimos en dignos poseedores de una de las más prestigiosas galerías de la ciudad. Nuestros visitantes aportaban una suma módica para admirar esas formas erradas que día a día iban cambiando ante el beneplácito de distinguidos críticos y de nosotros. La planta alta nos brindó acomodo. La casa era fuerte y toda posibilidad de derrumbe se encontraba remota.

Además, vivir arriba no dejaba de tener sus encantos: paredes secas, platabanda sin filtraciones, vista de calles y colinas desde las ventanas. Solo teníamos que bajar para las comidas y para abrir nuestra galería al público. Pero soy nostálgico. Una noche, cuando todos dormían, bajé a la galería oscura y entré en la habitación que tiempo atrás había sido mi cuarto. No lograba ver nada, pero conocía ese espacio y caminé por él sin vacilaciones elocuentes. Sentí de pronto que algo me golpeaba la cabeza. Era algo húmedo, insoportable en la oscuridad. Corrí al interruptor y encendí las luces: y descubrí que del techo se precipitaban hacia mí gotas de agua. Este techo será también parte de nuestra galería —me dije, casi contento. Recordé sin embargo que mi antigua habitación estaba bajo el baño de la segunda planta.

No nos alarmemos —convinimos—. Es una simple gotera a causa de filtraciones en la ducha. Siempre podremos controlar esa gotera. Basta imponer un régimen para el uso de la ducha. Nuestra actividad, ahora, cuando no tenemos que salir a trabajar puesto que subsistimos con las entradas que nos proporciona la galería, es mínima; podemos, por lo tanto, darle menor tiempo a la ducha, e incluso suprimirla en ciertos días poco calurosos. Ahora tendríamos también el placer (o la angustia) de convertirnos en creadores (reguladores) de las formas que iban naciendo en el techo del que fue mi cuarto. Esta tarea traería consecuencias, porque jamás nos pusimos de acuerdo en cuanto a la culminación de la obra y uno que otro, a escondidas, abría la regadera mientras algún otro hubiera preferido que se clausurara para siempre, ya que consideraba completa la obra del techo.

Entonces comenzaron las lluvias y el patio se adueñó de la situación, impidiendo (o cambiando por otro) un desastre que parecía inevitable: el conflicto familiar.

La primera lluvia trajo inundación; nuestro patio desbordó las aguas que presurosas recorrieron la casa. Cuando la lluvia cesó, el piso de

la planta baja era una colección de pozos que al secarse permitieron nuevas formas a nuestra galería. Ahora, dije, el espectáculo será total: paredes, techo y piso. Pero las lluvias —y los desbordamientos— continuaron. Pero las paredes de la segunda planta comenzaron a perder la capa de pintura y a presentar formas preocupantes en sus superficies. Nos reclinamos en el estudio. Desde allí escuchábamos el agua caer de los techos, salir como disparada de las paredes, recorrer el piso de abajo por los desbordamientos del patio. Todo era agua, como en mi pueblo. Nuestra galería estaba arruinada; nuestros ingresos ya no existían, y nadie quiso abrir la puerta del estudio por temor a que un torrente de agua invadiera mi último reducto.

Allí no cesó la tormenta. Un día infame alguien notó que el techo del estudio comenzaba a dibujarse. Hacerqué a la familia hasta un rincón y por primera vez desde mi encierro puse música. ¿Por qué, amigo mío, dígame alguien por qué *Das Lied vonder Erde*? Vi a la familia acurrucada en el rincón, vi la ventana que da a la calle, y por ella me lancé. Ya, como usted comprende, no puedo contarle más nada. Solo me resta esperar la llegada de las aguas. Todos lo han dicho: ellas jamás me abandonan.

El amortajador

En cualquier sitio se puede vivir. Muchos lo han hecho en pueblos, ciudades o campos, sin por ello dejar de hacer lo que les corresponde. ¿O mejor será decir que hacen esto —y no lo otro— precisamente por vivir en este lugar y no en aquel? Tal vez... Nadie puede saber.

Cerca de los límites de la ciudad existe un edificio, pequeño, viejo y maltratado. Sus ventanas no parecieran requerir de la atención ciudadana, así como tampoco sus bloques en carne viva, en los que se vislumbra el engrudo añejo. Da la impresión de que, en él, todo está detenido; o de que permanece aislado, excluido del mundo, como si una ráfaga de destiempo lo hubiera abofeteado... No es verdad, sin embargo, que la desatención o la indiferencia sean el destino común de edificaciones como esa. No. Por el contrario, en sitios así suele aflorar una suerte de vivencia, de memoria, que podría señalarse con la palabra humanidad y que ameritaría, cuando menos, cierta dosis de ensueño. Humanidad, se siente en esas paredes húmedas; en aquella entrada en penumbras, anuncio de visita a lugares aún más penumbrosos y dóciles para el secreto o las suposiciones. ¿Por qué, entonces, esa situación tan especial; ese privilegio (si es posible usar tal expre-

sión) que excluye a este edificio del placer visual, del fluir del recuerdo y lo insta en una neutralidad casi perfecta, si no en un rechazo? Eso pudiera suceder, no por la necesaria discreción que se debe a lo ajeno (ya que todo edificio, por pequeño y viejo que sea, también es en el fondo un sitio público) sino por otra, sin dudas necesaria, que es preciso observar cuando se transita cerca de lugares luctuosos. Opacos recuerdos. Nubes profilácticas de esos recuerdos. Inmensidad. Todo y olvido. En ese edificio aún vive la vida; pero también vive —y a sus anchas— la muerte. No es tan difícil observarlo, de todas maneras. Un esfuerzo, un mínimo esfuerzo sería suficiente. Entonces, la mirada chocaría contra emblemas que no le harían dudar de que allí, en la planta baja del edificio, tiene su aposento una discreta funeraria. Si la mirada lograra internarse, descubriría un féretro sin lujos. Si fuera escrutadora, minuciosa, sabría que dentro de él se encuentra el cuerpo de un hombre, y que ese cuerpo no perteneció a cualquiera. El muerto, mirada, si todavía no has logrado verlo, ofrece las facciones de un hombre viejo, de alguien que hasta hace pocas horas se ganaba la vida arreglando cadáveres en la funeraria que ahora lo aloja. ¿Quién hizo con su cuerpo lo que él con tantos otros? ¿Cuál improvisado amortajador perfeccionó la última máscara? ¿Quién sabe!

Abajo, en la planta del edificio, está la funeraria. Arriba, pocos viven; y entre ellos, llaman la atención los miembros de una familia (dos hermanas y una pareja) que ocupa uno de los apartamentos. Están tranquilos. Ya no les molesta el olor a formol ni otro más desagradable que algunas veces parece subir por las angostas y oscuras escaleras.

¡Qué más da! En cualquier sitio se puede vivir, le digo. Si no fuera por lo que pasó... ¿Acaso podemos vivir donde queremos? ¿Acaso vivir en otro sitio hubiera cambiado algo?

Yo sé que no, señor, seguro... Lo que pasó no vino de abajo sino de arriba...

Pero para que me entienda, tengo que comenzar antes, señor; tengo que empezar por cuando Maruja andaba en sus doce y mi pobre Angélica se postró. Ya entonces parecía muy vieja, ¿sabe?, Angélica. No por la edad, diría, no por eso, sino porque los achaques le empezaron temprano, y cuando Lisbeth cumplía los once comenzó a postrarse, dolores por acá, dolores por allá, y apenas me di cuenta estaba en cama, sin poder hacer nada, como si fuera una nada estaba mi Angélica. Me hice cargo. Cuando Angélica se postró me hice cargo. Lisbeth de once y Maruja de doce. No me sentía desamparado, porque Maruja se hizo rápido una mujercita, a pesar de sus doce, y ayudaba con lo de la casa, limpiaba, ponía la mesa, regañaba a Lisbeth por las tareas, toda una mujercita como se dice, siempre pendiente de la madre, mi Angélica, la cambiaba, le daba la comida, todo hacía Maruja con sus doce. Yo no tenía muchas peticiones, con los cuartos arreglados me bastaba y ver a mis muchachas crecer lindas y fuertes era suficiente. Es verdad que lo de Angélica llegaba a molestarme, ella tan sana y ahora como un guiñapo, pero todo eso lo reducía Maruja, tan centro de la casa ella.

—Papá, ¿me atiendes un rato a mamá que tengo que hacer tal cosa?

—Sí, hija, no se preocupe, vaya tranquila que yo me encargo.

Así pasábamos los días, tranquilos pasábamos los días, Angélica, mis muchachas y yo, los cuatro muy tranquilos, Maruja y Lisbeth creciendo fuertes y lindas, yo que se lo digo...

Estaba en la puerta del edificio cuando el sustituto llegó, si acaso era el reemplazo del viejo amortajador. Era alto, delgado y lucía una chaqueta elegantísima.

Un maletín indicaba equipaje. Pasó a su lado. Tal vez ni la miró. Subió las escaleras y Maruja, inquieta, escuchó el sonido de una puerta que allá, arriba, fue abierta y cerrada rápidamente. En el último piso, pensó

Maruja. Arriba de mi casa. Extraño, muy extraño que alguien así, con ese porte, venga a vivir en este edificio: y justo en el apartamento del viejo muerto. Era alguien de otra parte, de otro lado de la ciudad o de otra ciudad. Durante la noche, mientras atendía a la madre, Maruja escuchó con atención. Arriba, el desconocido rodaba algo, un mueble al parecer. Luego, oyó un sonido de agua. Se baña a esta hora. ¡Qué tipo tan extraño! No logró verlo la mañana siguiente, ni siquiera la otra. Pero corrió a la puerta de su casa cuando sintió que abrían la de arriba, el tercer día luego de la llegada del nuevo inquilino. Bajaba las escaleras. Maruja, con sigilo, entreabrió su puerta cuando él pasaba. Vio sus espaldas, sus manos vacías que se movían rítmicamente, sus pantalones, hasta que se perdió en la oscuridad de las escaleras. Maruja sintió un escozor, algo como una vibración dentro del cuerpo y pasó el resto del día alterada. ¿Quién era? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿El nuevo encargado de preparar los muertos? ¡Increíble! ¿Con ese aspecto? Un día le voy a preguntar... Y, en efecto, una tarde Maruja subió las escaleras.

Pero entonces comenzó, señor. De pronto, comenzó. Diría que a los pocos días después que el viejo de la funeraria se murió. Porque si no le había dicho, usted disculpe, el viejo que preparaba los muertos se murió hace meses. Lo había visto en oportunidades, dos o tres veces lo había visto, muy viejo estaba me fijé, porque él vivía en el mismo edificio, en el apartamento de arriba, y como usted comprenderá, uno se topa a veces con gente de su edificio, aunque no le guste lo que ella haga uno se topa a veces, no se puede evitar, así que dos o tres veces, si mal no recuerdo... Pero no es eso lo que quería contar, señor, seguro que no, usted disculpe. Lo que sí quería decir es que aquello comenzó de pronto, casi a los pocos días después de que el viejo se murió comenzó Maruja con sus cosas. Que si esa puerta se cierra sola, que si trancaron el agua cuando me bañaba, que si algo me sopló anoche, que si eso me da miedo papá. Angélica nerviosa y Maruja con eso. Yo sabía, señor, sabía que

Maruja estaba subiendo, porque uno se da cuenta, ¿verdad? Me parecía muy raro. Eso de que Maruja estuviera subiendo al apartamento del viejo muerto me parecía muy raro. Pero, ¿qué podía hacer...? Ya era una mujercita, y cuando las niñas se hacen mujercitas, con todas sus necesidades, yo que se lo digo, uno debe estar preparado para lo que sea.

«Papá, tengo que hacer tal cosa, una amiga me espera». Cosas así me decía Maruja. «Vuelvo en un minuto, papá». No me gustaba, para nada me gustaba. Y aquello de la puerta, del agua, del soplido, aquello era demasiado... Angélica decía que podía estar con mala gente.

«Maruja puede terminar muy mal», decía Angélica. Pero ella no escuchaba a nadie. Solo permiso para acá, permiso para allá, y las puertas que se abren y cierran, y los pasos en las escaleras, y los gritos de Maruja, en la noche, porque algo la asustó, como si la casa se hubiera llenado de algo malo.

«Yo lo vi, papá, te juro que lo vi. Era como una sombra que se paró frente a la cama. Tapé mi cabeza con la cobija y un frío muy largo se me coló».

Así se pusieron las cosas. Lisbeth por su cuenta, porque Maruja ya no la atendía, ni atendía a la madre, ahí, sola y nerviosa en la cama mi pobre Angélica... Le dijo a Maruja que acá era distinto. Él conocía otros sitios, había trabajado en otras funerarias. Esas son diferentes, muy distinguidas, tan escrupulosas que no dan cabida al dolor. La gente llega, se sienta, conversa con algún conocido, habla de cierto negocio, mira a sus alrededores y se marcha. Ni siquiera ha podido acercarse al féretro. Quizá ni siquiera conoce a los deudos. Pero ha cumplido y pasado un rato tranquilo, hasta agradable. Si tuvo ganas, fue al café para tomar un sabroso caldo. Nada más. Allá, es como estar en un espacio teatral, Maruja, pero lleno de mal gusto. Querubines, cuadros, madonas, personajes ataviados a la última moda y más pendientes de sus medias y

collares que de otra cosa. Todo, Maruja, todo como en esos restaurantes de lujo, donde lo menos necesario es masticar los alimentos.

—Estuvo muy hermoso, muy organizado. —A la hora en punto llegó el padre.

—Un rezo corto pero lindo, con responso y todo. —Muy corto, diría yo.

—Y ni nos dimos cuenta cuando lo sacaron. —Todo normal, muy ordenado.

—Con una gran educación.

—¿Viste que estaba cerrada?

—Dicen que murió de algo malo y no quieren que se sepa.

—Parece que los doctores querían enterrarlo sin velorio.

—¡Imagínate...!

—Eso dicen, pero yo no sé nada. —A mí me dijeron otra cosa. —Parece que se suicidó.

—Estaba obstinado de la mujer y se metió un tiro en la boca.

—Yo supe otra historia, me dijeron que estaba con un muchacho cuando ella llegó.

—Sí, estaba con un muchacho, pero no en la casa, en un hotel y le vino una embolia.

—Tenía sangre en la boca y la nariz cuando lo encontraron.

—El muchacho escapó, él no tiene la culpa, imagínate el susto.

—Gracias a Dios, todo salió muy bien. —Con una gran educación.

Acá es distinto. Acá se está más cerca del dolor y es posible escuchar un llanto estridente, sin recortes sociales. El artificio, menos elaborado, permite que la muerte sea mostrada como algo natural, aunque terrible, y no como un simple acto de reunión y exhibicionismo. Maruja le

contó sobre la sombra. Le dijo que una puerta se había cerrado en sus narices, que el agua se fue mientras se bañaba, que sentía miedo durante la noche.

«Es la cercanía, Maruja, la cercanía de la muerte», dijo él mientras la cubría.

Con el tiempo me fui desentendiendo de Maruja, es verdad, lo reconozco. Pero, ¿quién no iba a hacerlo? Con sus miedos y sus escapadas, ¿quién no...? Igual la quería, señor, claro que la quería. Y mi Angélica no dejaba pasar un minuto sin preguntar por ella: «¿Dónde está Maruja?», preguntaba. «Ten mucho cuidado, mira que puede estar en malas manos», decía. Pero entonces ya Maruja parecía cada vez más lejos, en la casa pero muy lejos, como si no fuera su casa, como si el piso de arriba fuera su casa, allí, en ese apartamento del viejo muerto, y yo no aguantaba tantas cosas, no podía aguantarlas, Angélica enferma y Maruja así. Y entonces me dediqué más a Lisbeth, que seguía creciendo, se acercaba a los doce y ahora parecía toda una mujercita, muy seria ahora, preocupada por todo Lisbeth, por la mamá, por mi comida, mientras Maruja se alejaba, y ya yo no quería pensar más en Maruja sino en Lisbeth, tan linda como estaba, tan centro de la casa. Pero Angélica igual de angustiada: que si a Maruja le puede pasar algo, que si yo quiero verla; y así todo el santo día preocupada por Maruja, como si Maruja no estuviera, lo que en el fondo no era verdad, porque ella seguía en la casa, casi nunca veía a la madre pero seguía en la casa, a cada momento subiendo las escaleras, subiendo las escaleras mientras Lisbeth se ocupaba de todo, de mi Angélica, de mí, de todo se ocupaba Lisbeth, tan mujercita, tan centro de la casa ella...

Una tarde, habló de su trabajo. Es el perfecto maquillaje y la gran falsedad, le dijo. Yo preparo el espectáculo; el espectáculo final, el último recuerdo. Antes, cubríamos el cuerpo para que nadie lo mirara; ahora, lo preparamos para su gran exhibición. Ninguna mancha. Nada que

recuerde la muerte. Y si escapa un olor, hay que estar prestos a disimularlo. Que las sustancias requeridas se sobrepongan. Todo, con una gran educación.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué aquí? —preguntó Maruja.

—Porque alguien tiene que hacerlo. Además, yo soy perfecto en mi trabajo. Ninguna mancha. Ningún olor.

—¿Por qué aquí? —insistió Maruja.

No obtuvo respuesta. Maruja quedó mirando el vacío, como si estuviera sola, aislada; porque ahora todo parecía vacío: el apartamento donde se encontraba, oscuro y solitario; el edificio donde siempre había vivido, una isla separada del tiempo. Y entonces recordó, nerviosa acaso con razón. Recordó que, en efecto, desde que él había llegado, ningún olor desagradable subía por las escaleras. Todo era limpio. Maravillosamente limpio. Me siento bien, pensó Maruja, pero tengo miedo. No sé. Su trabajo, Algo tan raro, tan desconocido.

Un día, señor, un día pasó lo que tenía que pasar, lo que estaba esperando que pasara. Y no me diga que no era para esperarlo, una muchacha que ya casi no vivía en la casa, que estaba todo el tiempo en el piso de arriba... Entonces, señor, un día Maruja ya no regresó, ni rastros de ella ni nada de nada, así, como si se la hubiera llevado el viento a mi Maruja, y Angélica tan angustiada que se despertó gritando, como una loca se despertó gritando una noche Angélica.

—¡Maruja! ¡Maruja! ¡Ese olor! ¡Ese olor! ¿No te das cuenta de ese olor? Es Maruja, mi pobre Maruja.

Sí, un olor subía por las escaleras, pero no era el olor de Maruja, no señor, era un olor a muerto podrido, por más formol que le pusieran era un olor a muerto podrido. Eso le dije a mi Angélica.

—No. Es Maruja. Es ella. Tienes que saberlo. Eres su padre... —y esto me lo dijo casi con resignación, diría yo, por el tono.

Si soy sincero, aquello era un olor a puro muerto. Pero, ¿quién puede conocer el olor de una hija mejor que la madre? Nadie, y usted lo sabe. Así que bajé, y no encontré nada. No había ningún muerto en la funeraria. También subí, y tampoco encontré nada. El apartamento estaba vacío, sin una señal de nada. Lo que no era para sorprenderse porque, que yo supiera, nadie había vivido allí desde hacía meses, usted sabe, cuando se murió el viejo. Aunque Maruja subiera todo el tiempo, allí, desde hacía meses nadie vivía. Y el otro día pregunté abajo, en la funeraria, casi porque estaba nervioso o sin saber por qué, por una corazonada, por esperar algo, cualquier cosa, señor, usted sabe, la ida de Maruja, los gritos de mi Angélica por el olor; el otro día pregunté por el nuevo, por el encargado de arreglar los muertos, aunque yo sabía que el apartamento de arriba estaba vacío pregunté por el nuevo. Me respondieron que nada. «Desde hace meses, cuando el viejo se murió, nadie trabaja con los muertos». Así me dijeron. Me dijeron que era muy difícil, con todo tan caro, encontrar uno que se ocupara; que esa era una funeraria humilde, una funeraria casi olvidada, en aquel edificio tan apartado, tan pequeño y tan viejo.

No pude decirle la verdad. Vi a mi pobre Angélica y no pude decirle la verdad. Mejor le dije que no había pasado nada, porque si a ver vamos, todavía no sé si ha pasado algo.

—No pasa nada, Angélica, son suposiciones tuyas

—le dije—. De pronto Maruja regresa, ya vas a ver, quédate tranquila —pero ella, muy terca, no se dejó convencer.

—Es Maruja, te digo. Ese es su olor. Huele a ella. ¿No te das cuenta...?

Y mi pobre Angélica, señor, mi pobre Angélica se puso a llorar.

Claro, ya no podía hacer más nada. Ni soñar con convencer a Angélica de que estaba equivocada. Ni soñarlo. Porque a ella nadie la iba a

convencer, por muy postrada que estuviera... Y entonces, señor, ocurrió lo que no me esperaba, ocurrió lo que nunca esperaba. Ocurrió que la otra noche Lisbeth tuvo como pesadillas, sombras al pie de la cama, cosas de esas; y aunque todavía no sé si ella está subiendo las escaleras, le aseguro que no, creí conveniente venir donde usted para contarle todo esto, no vaya a ser que mi Lisbeth, ahora mi Lisbeth, tan mujercita ella, con sus doce que ya los cumplió, tan centro de la casa, no vaya a ser, digo, o que mi Angélica se despierte una noche gritando por el olor a Lisbeth o a lo que sea... Porque si yo sé algo, señor, si acaso sé algo, lo que pasó con mi Maruja, sea lo que sea, no vino de abajo sino de arriba, por muy vacío que esté ese apartamento. Y también usted debe tomar en cuenta, pienso, que ya mi Lisbeth está en los doce, como le dije, en la misma edad que tenía Maruja cuando comenzó con sus cosas... ¿Verdad...?

Estaba en la puerta del edificio cuando el sustituto llegó, si acaso era otro. Alto y delgado, el inquilino mostraba una chaqueta elegantísima. Pasó a su lado. Tal vez la miró. Subió las escaleras y Lisbeth, inquieta, escuchó el sonido de una puerta que allá, arriba, fue abierta y cerrada con violencia.

El gavián

Hoy vi un gavián rondando la casa. Por el tamaño del cuerpo y la saturación del colorido, deduje que era macho. El gris azulado de la parte superior resplandecía. Quise ver la cola con sus cinco rayas negras, pero el gavián se alineó con el sol y resulté encandilado. Se detuvo en una rama. Creo que me observó. Parecía estar hambriento. Antes de reiniciar el vuelo y perderse de mi vista, emitió un chillido atemorizante.

Hoy un hombre me confesó la autoría de un hecho abominable. Conocí a ese hombre hace varios meses, en lugares poco frecuentados por gente laboriosa y que tienen que ver más con el bochorno solitario que con la placidez comunitaria. Era mediodía cuando tomé rumbo hacia el pantano. Durante el trayecto, fui víctima del sopor propio de esas horas y de un encuentro súbito. Un hombre, joven y desgarbado, que llevaba alrededor del cuello un pañuelo de hierbas que alguna vez tuvo colores, me tropezó; hizo adornos torpes y excesivos para solicitar mi comprensión por el accidente y continuó su camino, dejando el ambiente impregnado de ese aroma típico en quienes transcurren la mañana consumiendo alcohol. Giraba sobre sí mismo, de vez en cuando. Entonces, balbuceaba algo que yo no lograba captar y realizaba

gestos que igual podían ser de renovadas disculpas o de desconocidas amenazas. Su cara no me era extraña, pero tampoco pertenecía a la de ninguna de mis amistades. El pañuelo ennegrecido atraía mi atención en cada nuevo giro de aquel joven. Sonreí. Uno de esos borrachos empedernidos que a veces observamos por estos lugares. Me interné en el pantano. Caminé un buen tiempo, sin rumbo fijo. Miraba, de cuando en cuando, las ramas de los árboles. Todo parecía tranquilo y solitario, pero pronto me vi ante una figura que me sobresaltó.

La figura pertenecía a un hombre entrado en años, pero fuerte, lleno de vigor. Rápidamente entablamos una conversación: y presentí, por ella, que se trataba de alguien asombroso, digno de acciones inesperadas. Me dijo aquella vez, mientras atrapaba insectos en las ciénagas límites de la ciudad, que cometíamos una injusticia, quizá de prepotencia, con esos oficiosos y metódicos invertebrados, al referirnos a ellos como una fauna sin piedad que solo vive para clausurar la vida de otros. Si es exacta, aunque cada vez existen mayores razones para dudar de ello —razonó—; si es cierta aquella visión que coloca al hombre en la cima, por su grado de evolución y capacidad de raciocinio, no dude usted que en cualquier momento —y ya puede ser ese momento— alguna otra raza logre estadios superiores a los nuestros y nos mire con la misma impudicia con que observamos a los insectos. Pero sus razones serían superiores a las nuestras, sin embargo; porque un insecto es transparente en sus acciones, mientras que el hombre hace lo imposible por enmascararlas. Observe este ortóptero, comedor insaciable. Me habló de las propiedades del insecto, de su orden imperturbable, de sus maneras límpidas. Nada me dijo sobre una de sus máscaras: el mimetismo. Se lo advertí. Eso lo hace para sobrevivir, fue su respuesta. Eso quiere decir que él también engaña, dije. Pero no para esconder una acción prohibida; solo para sobrevivir —insistió.

Después, hablamos del pantano. A una pregunta suya, respondí que pocas veces me acercaba a ese sitio; y que, cuando lo hacía, era con el

solo propósito de ver algún gavián. No, respondí nuevamente; no tengo conocimientos especiales sobre ese animal. Lo único que me atrae es su figura, su soledad, y la certeza de que lo estamos alejando de nuestro entorno. Cada día tiene menos espacio. Ahora, con suerte logro verlo algunas veces en este pantano. Debe tener cuidado, me dijo. Aunque en muy poco número, aún el pantano alberga algún emidosaurio. Le aseguré mi desconocimiento al respecto. Hice un gesto que puede leerse como de extrañeza. ¡Tan cerca de la ciudad!

Supuse que nuestra conversación regresaría a los insectos, ahora que estábamos en una zona menos anegadiza, cubierta por árboles con formas objetables, y donde no es frecuente observar objetos abandonados: algún trapo viejo y ennegrecido, por ejemplo, que en las partes acuosas suelen flotar, envueltos en silencio, como testigos mudos de otros tiempos y como señales de pasados ocultos. Yo, ciertamente, tuve a mi vista un objeto así cuando estábamos en la otra zona, pero la nutrida conversación del hombre y su rotunda advertencia, hizo que lo descuidara y hundiera en la memoria. El hombre atrapó un coleóptero. Un homenaje a Poe, susurró. ¡Ah!, el de los crímenes perfectos. No, nada de eso, dijo. Poe fue siempre tan humano, que aun sus mejores asesinatos pueden desenmascarse. Poe es un homenaje a nuestro género, a su perturbación eterna, a su imposibilidad. Todos estamos retratados en ese alcohólico. Ese buscador de perfecciones es un espejo de nuestra derrota. Espejo sublime, es verdad; pero, por eso mismo, espejo aterrador que refleja engrandecido el drama de la existencia. También es cierto —y esto usted lo sabe— que gracias a ese drama está la creación, la búsqueda del absoluto, la muerte. Sugerí, casi con temor, que alguna página de Poe podría esconder el crimen perfecto. Quizá, pero tengo mis dudas. Siempre habrá una máscara que se pueda quitar. ¿Hasta en «La barrica del amontillado»? pregunté con sorpresa. Allí, respondió, la perfección radica en el descuido y en la soberbia. Es cierto que voy

a salirme de las páginas de Poe, y que voy a solicitarle al lector una dependencia menos cómplice de la circular perfección del relato —lo que puede resultar una locura; porque, finalmente, el mundo debe estar en ese breve texto—. Pero dígame: ¿cree usted que nadie pudo ver a esos dos hombres, cuando se dirigían al palacio? Estaban disfrazados, es verdad; pero, ¿estaban irreconocibles? No lo estaban tanto, cuando uno de ellos reconoció al otro. La perfección, insisto, viene de la soberbia de uno de ellos y del descuido de todos los demás. Esto no es, por supuesto, una negación de Poe. Por el contrario, es un elogio a su conocimiento de la naturaleza humana. Somos descuidados. Vemos menos de lo que está a nuestro alrededor. Usted comete un grave descuido al venir a este pantano sin tener en cuenta que puede encontrarse con un emidosaurio. Yo lo cometo, también, al hablarle de todo esto, de los insectos, de la naturaleza humana, de Poe, sin siquiera conocerlo.

Nuestra conversación decayó en este punto. Nos presentamos, formalmente. Nos dimos las señas de nuestras casas. Quedamos en visitarnos, algún día. El atardecer nos separó, aquella vez, pero no antes de advertirme mi entomólogo cazador que nuestro planeta es la inmensa gavia donde nos devoramos.

Hoy, como dije, un gavián se acercó a la casa. Parecía hambriento. El cazador también se acercó. Habló del encuentro anterior; del ortóptero, que se enmascara para sobrevivir; de la soberbia; de la imperfección; de Poe, el drama mayor. Me habló del descuido y del emidosaurio.

—Aquella vez, cuando nos encontramos, acababa de cometer un crimen —dijo en voz baja, confidente.

—Imposible —le contesté—; yo estaba allí, yo no vi nada.

—No vio porque no quiso ver, pero a pocos pasos suyos estaba un hombre ahogado.

—¿Usted lo ahogó?

—No exactamente. Yo pude salvarlo, pero nada hice en su favor. Era uno de esos borrachos que se acercan al pantano de vez en cuando. Cayó en una zona profunda. Pidió auxilio. Nos vimos. No quise tenderle la mano, para salvarlo. Como ve, he cometido un crimen.

—Pero, a usted lo descubrirán. Vendrá una investigación. La verdad se sabrá, tarde o temprano. Usted se ha comportado de una manera muy poco humana. Eso tendrá su castigo.

—¿Muy poco humana? ¿Está seguro? ¿Acaso el hombre se comporta de otra manera? Déjese de boberías. Todos actuamos igual. Nadie pierde la oportunidad de cometer algún disparate; y menos, cuando le puede deparar beneficios.

—¿De qué habla usted? ¿Está loco? ¿Qué beneficios...?

—La perfección, el reconocimiento... Todos buscamos lo mismo...

—Ah, ya entiendo. Su crimen fue perfecto, eso cree. Pero está el cadáver... estoy yo.

—¿Recuerda el emidosaurio? Lo más probable es que ya no exista ningún vestigio de ese hombre. Y si existiera, nadie podría ligarme con su muerte. Y si usted habla, nadie podría probarme culpa alguna. El azar me permitió participar de un crimen excelente, aunque no perfecto, por el mismo grano de azar que le quita valor. Se lo he contado, porque necesito una memoria. Yo sé que nada diré, porque no tiene pruebas y porque la víctima fue un infeliz cuya desaparición nadie va a notar. Solo necesito que usted sepa lo que yo hice. Carezco de la silenciosa elegancia del insecto.

Entonces, tuve un estremecimiento y la imagen de un objeto flotando subió a la superficie de mi memoria.

—Señor, lo desprecio, no quiero verlo nunca más. Váyase de mi casa... Pero antes dígame, ¿cómo era ese hombre?, ¿dónde estaba el cadáver, que no logré mirarlo?

—Era joven, lucía un pañuelo muy sucio, que flotaba en el agua cuando usted me encontró... Ya se lo dije, estaba a muy pocos pasos suyos, entre el agua y el lodo. Somos descuidados. Casi nunca vemos lo que nos rodea; y cuando lo hacemos, dejamos pasar sus señales más evidentes. Eso es todo.

El hombre se marchó. Quedé con una extraña sensación de vacío e impotencia. Fui a la nevera y corté un trozo de carne cruda. Salí al patio de la casa. Coloqué la carne donde pudiera ser descubierta por el gavián. Ahora, sin entender por qué, necesitaba darle caza.

El licitador

Cenizas y rojos del atardecer comienzan a decorar la zona céntrica. Edificios comunes —que aun intentando borrar destacan por contraste la firmeza de dos torres paralelas, las torres genuinas del Centro— parecen presentir, con estas, la proximidad de la noche y el suave frescor que llegará con ella. Todo transpira, tiende a la quietud y a repetir la insondable y húmeda oscuridad de los sótanos abandonados.

Pronto, dejará la ciudad. Ha disuelto su empresa, y aceptado la quiebra y la declaratoria de demencia. ¿Por qué no fue reducido a prisión ni internado en un sanatorio? Desconoce los motivos; pero imagina que, si existen, están vinculados con el hombre que contrató sus servicios, con el presidente del Centro. Tal vez aquello que pasó hizo que intercediera en su favor. De todas maneras, ya nada importa. Años de vida segados en pocos días le hacen ver las cosas con esa indiferencia del que se encuentra en un punto muerto y carece de fuerzas para salir de él. El viaje, alejarse de la ciudad, sabe, es un escape hacia la nada, o hacia él. Antes, debe pensar; reconstruir cuanto sucedió; mas no con la intención de acla-

rar algo, porque en este sentido nada puede hacer; tal vez para no terminar demente y dar con ello la razón a quienes así lo declararon. Eso es todo. Luego, se irá.

No sintió extrañeza cuando el presidente le dijo que había ganado la licitación. Era el mejor, el más apto para acondicionar aquellos tres sótanos, inútiles hasta entonces y comunes a dos edificios que desmejoran la zona céntrica de la ciudad.

El tiempo de trabajo como reactivador de minas abandonadas, sus conocimientos sobre ductos de aire, electrificación y hasta materiales explosivos, algunos de los cuales aún conservaba como recuerdo de esa tarea; su voluntad y el cumplimiento exacto de cada compromiso, le habían llevado a fundar, ya en la ciudad y ajeno a las minas, una empresa encargada de acondicionar sótanos defectuosos o abandonados. El éxito lo acarició. Hoy, sabía que era el mejor, el que más méritos reunía para realizar aquel trabajo. No sin malicia, pero con razón, decía a sus allegados que era el minero de la ciudad; y estos respondían, sin muchas variaciones, que más parecía un duende o un destapador de espacios desechados hasta por la memoria.

Recuerda el primer contacto con aquellos sótanos, la inspección que hizo antes de presentar la licitación. Recuerda el calor, por momentos sofocante; el aire viciado, la humedad. Recuerda la opresión sentida en el segundo sótano, la oscuridad cortada apenas por los rayos que emitía su linterna de minero. Recuerda, y este recuerdo lo aniquila, el súbito cambio de temperatura que le hizo sentir frío, pensar que esos edificios eran tal vez más antiguos de lo que había imaginado y postergar para otra ocasión la visita al tercer sótano. De todas maneras, tenía los planos de aquellos sótanos: y estos indicaban que se repetían con regularidad. Con ellos, y con lo visto hasta ese momento, parecía suficiente para hacer los cálculos y presentar la licitación. Por supuesto, si entonces hubiese descendido algo más; si el frío no le hubiera impedido llegar al tercer

sótano, tal vez... Pero estas son suposiciones nuestras. Nada indica que de haber actuado de otra manera no habría participado en la licitación. Sabemos que se trata de alguien ducho en situaciones riesgosas. Esto debería estar perfectamente claro. De no ser así, salgamos en defensa de su trayectoria y regresemos la lectura hasta las líneas que refieren su experiencia minera. ¿Podemos comparar, en cuanto a riesgos, una mina abandonada con tres sótanos de dos edificios?

Por supuesto que no. Tampoco es justo suponer, desde otra perspectiva, que de haber bajado al tercer sótano el licitador no hubiera sido tal. Qué barbaridad. Desde esta perspectiva, un hombre como ese, aparte de no conocer la huida, tiene tras de sí toda una trayectoria que cuidar, una solvente hoja de responsabilidades cumplidas que atender y acaso un futuro, que muchos niegan con inteligente regularidad, el cual debe construir y reforzar día a día con su trabajo. Parece menos aventurado guardar silencio o decir, acaso, que aquellas suposiciones constituyen intuiciones de la literatura.

Es una ley irreprochable que toda empresa digna debe tener el menor número de empleados posible. La del licitador observaba esta norma con pulcritud acaso exagerada: solo dos personas, aparte de él, la constituían. Eran pocos, es cierto; pero cuán eficientes; y testimonio de ello es que en un lapso tan corto que dejó asombrado al presidente del Centro, el primer sótano quedó apto para cualquier uso. Todos recuerdan la cara de felicidad del presidente, demostración palpable de haber otorgado la licitación a la empresa adecuada. Todos recuerdan la suficiencia del licitador y sus hombres cuando entregaron ese sótano en sencillo acto. La temperatura había aumentado y disminuido de manera caprichosa mientras realizaban las instalaciones en ese sótano, es cierto; pero la diferencia climática fue siempre tan pequeña que jamás constituyó un obstáculo determinante. Si todo seguía igual, más temprano de lo previsto el trabajo estaría terminado. Pero una cosa dice el pensar y otra el suce-

der. Quizá el contraste entre el primer sótano y el segundo: iluminado y con agradable ventilación uno, sumido en entrañas remotas otro, hacía percibir el segundo sótano más oscuro de lo que en verdad era y más frío o caluroso de lo que a la realidad correspondía. Fuera o no esta la razón, la verdad es que con el segundo sótano comenzaron los problemas. El electricista, empleado de gran confianza y enorme experiencia, parecía incapaz de restituir la luz a ese prolongado y equivalente sótano, porque a cada momento sobrevenían cortocircuitos que malograban los adelantos hechos. Primero, había luchado contra un frío sin consideración que recordaba al licitador el que había sentido durante la inspección inicial. Después, con método, el calor le había hecho sudar copiosamente. Ahora, el electricista se mostraba destruido e impotente: los cortocircuitos persistían. El encargado de colocar los ductos de aire, por su parte, se quejaba primero del frío y después del calor que convertían a esos ductos en materiales intocables. ¿Cómo hacer mi trabajo y cumplir con el licitador, se preguntaba, si para realizarlo debo tocar lo que no puedo? ¿Qué debe hacer un hombre probo, como yo, para no levantar sospechas ni caer en desgracia? ¿Solicitar ayuda? ¿Hablar con el licitador? Sí, eso haría, hablaría con el licitador, pediría sus consejos. Sabía que era un hombre ecuánime y que jamás le negaría su apoyo. No fue posible. Cuando encontró al licitador, este conversaba con el electricista y trataba de calmarlo asegurándole que nunca dudaría de su capacidad ni de la mía; y que como hombre hecho en la práctica, nos ayudaría gustosamente, ya que el éxito nuestro significaba el suyo. Así, el licitador probó ayudarnos, uno a uno, solo para concluir, luego de fracasos, que algo perturbaba aquel sótano.

El presidente comenzó a experimentar modificaciones. Su cara expresaba inseguridad, y podía leerse en sus nuevos surcos la posible equívocación cometida al entregar la licitación. Cierto. Ahora el presidente no estaba tan seguro de haber actuado correctamente en cuanto a la licita-

ción y, ante la excesiva demora para inaugurar el segundo sótano, llamó al licitador y lo hizo partícipe de sus inquietudes. No fue sencillo convencerlo, pero al final salió victorioso el licitador, quien de inmediato dio los pasos requeridos para poner en práctica lo que consideraba una solución, adecuada desde el punto de vista ético pero desastrosa desde otro. Sabía que los problemas estaban relacionados con la temperatura. Los cortocircuitos, las quejas del encargado de los ductos, tenían, ahora, un denominador común: el calor. Si lograba iluminar aquel sótano, luego, con perfecta visibilidad, buscaría las causas de esas temperaturas. Llamó a sus hombres y les contó su plan: instalarían, entre todos, un costosísimo cable especial, apto para resistir temperaturas muy elevadas, aun cuando con ello transgredieran los cálculos de la licitación. Así lo hicieron. Un trabajo perfecto, que ni siquiera el calor soportado para realizarlo pudo reducir en su brillante minuciosidad. Conectaron la luz y el sótano quedó más claro que un buen día. Estaban felices. Daban gritos. Se abrazaban. Querían festejar. Alguien, entonces, pidió silencio e hizo una señal hacia el tercer sótano, aquel sótano olvidado que el licitador no pudo revisar durante la inspección inicial. Sonidos, lamentos multiplicados por los ecos, venían de él. Ecos suaves y quizá por ello, más dolorosos; como esos quejidos que emite el invisible sobreviviente de un derrumbe. Bajaron al sótano y, auxiliados con sus linternas, comenzaron a investigar. Ahora, todo era silencio, salvo el eco producido por los pasos de los investigadores. Nada, no consiguieron nada en aquel sótano; nada que pudiera ser visto ni escuchado. Solo oscuridad y calor, a cada instante más calor, hasta que se hizo insoportable y los hombres corrieron hacia las escaleras, hacia el segundo sótano. Este, ahora, se encontraba nuevamente a oscuras. Los cables, aquellos conductores costosísimos y perfectos, estaban calcinados.

Revisó los planos. Quizá existiera otro sótano, uno clausurado por causas que él desconocía. Pero no, los planos originales no lo revela-

ban. Indagó la edad de los edificios. No eran tan viejos como el frío le hizo suponer. Alguien, sin duda, debía saber sobre la construcción. Sí, el presidente sabía, había sido testigo de la construcción; y así como negó la existencia de un cuarto sótano, quiso saber los motivos de aquella indagación objetable. No recibió satisfacción. El licitador se limitó a decir que había algo extraño en el segundo sótano y sobre todo en el tercero, y que tal vez la extrañeza tuviera relación con la historia del suelo (pensó en la coexistencia de fumarolas y glaciares) o de la ciudad (acarició la esperanza de osamentas remotas). El presidente seguro conocía que hay tantas ciudades en una como habitantes existen en ella, y sin duda estaba al tanto de que tal vez sean las ciudades, sus edificaciones, las que tengan vida (lo que ya es historia), no así sus habitantes. Sin embargo, esta vez sostuvo la conocida ausencia de historia de aquella ciudad, su edad no excesiva y el olvido famoso de sus habitantes. Tenía razón. Ninguna memoria retiene lo que una vez pudo ser terreno inculto, placer de lagartos atentos, culebras sigilosas y aves de rapiña. ¿De dónde venían entonces aquel frío o calor y aquellos lamentos? ¿Qué se lamentaba: la tierra, el tercer sótano, los edificios? ¿Era una defensa, acaso; una defensa contra los invasores: ellos, el aire, la luz?

El momento de la sinceridad había llegado. Contó la historia al presidente; le habló de lamentos, frío, calor, cables calcinados y ductos intocables. El presidente desechó sus palabras y se mostró indignado por una fabulación que escondía, sostuvo, la ineptitud para concluir un trabajo que cualquier otra empresa ya habría finalizado. Hizo hincapié en el incumplimiento de los tiempos, en la posible rescisión del contrato con el consecuente descrédito para el licitador, en las pérdidas que su negligencia ocasionaba. Luego de una vehemente defensa en que el licitador sacó a relucir su hoja de servicios sin mácula, su signo y ascendente acordes con la tenacidad y las instrucciones que había dado para suplantar los cables por

otros aún más resistentes, lo que constituía para él una debacle financiera definitiva, pero también una señal irrefutable de su apego al trabajo y al compromiso asumido, convinieron en visitar de inmediato los sótanos. Así, dijo el licitador, el presidente sería testigo de sus buenos propósitos y despejaría cualquier incógnita razonable. Era lo mejor —y quizá lo único— que el presidente podía hacer, dadas las circunstancias. Vería directamente los resultados de aquel desvarío y, eventualmente, despacharía para siempre al licitador con sus hombres. Cómo pudo equivocarse, pensaba; qué le hizo seleccionarlo para un trabajo que lo sobrepasaba; qué diría a los demás miembros del Centro.

Cuando llegaron al segundo sótano, los hombres finalizaban la sustitución. La temperatura era superior a lo normal, pero de ninguna manera insoportable. El presidente dio a conocer este detalle y habló sobre la segura existencia de una conexión defectuosa en el cableado anterior. Pudo ver, hasta donde fue posible en aquella oscuridad frustrada a veces con linternas, el lamentable estado del sótano. Minutos después, encendieron las luces. Ahora, con la claridad, el estado del sótano parecía más lamentable. Estaba indignado. Los despediría. No se dejaría llevar por explicaciones ni promesas. Habían horadado su confianza, burlado la paciencia mostrada hasta... Entonces comenzaron los lamentos. Abajo, en el tercer sótano, con suavidad, algo se lamentaba. El presidente arrancó la linterna al licitador. Nadie se burlaría de él. Nadie. Estaba dispuesto a destruir aquella estratagema. Estaba dispuesto, ahora más que nunca, a despedirlos. Bajó resoplando al tercer sótano, sin prestar atención a las advertencias del licitador. La temperatura comenzó a subir. El licitador y sus hombres, escandalizados, trataron de seguirlo; pero abandonaron este impulso inicial, así como iniciaron el abandono del segundo sótano, que ya expedía un calor apenas soportable, dirigiéndose veloces a las escaleras que conducían al primer sótano. Subieron por ellas. Allí, al borde aun de esas escaleras, muy juntos, incapaces de hacer

nada ni de pronunciar palabra, esperaron; juntos cada vez más, como si quisieran protegerse con el contacto de sus cuerpos: abrazo triple que triplicaba el temor de seis ojos mirando hacia el segundo sótano. En esta extraña conjunción, digna de una benévola sonrisa, si no fuera por las circunstancias, el licitador y sus hombres fueron testigos del retorno a la oscuridad del segundo sótano. La escalera, ahora, era un hueco sin luz por el que subía un olor a cable quemado y por el que subió, momentos después, alguien. Cuando lo vieron, supieron que era él, sin duda, el presidente; pero que también era, sin duda, otro. El presidente, sudoroso, se aproximó al licitador, lo tomó por los brazos y le dijo:

—Fue algo terrible, espantoso, se lo juro. Haga algo, por favor, lo que sea... Pero hágalo ya...

Luego, el presidente se marchó, con paso rápido y tembloroso.

El licitador estaba decidido. Aquello, lo que fuera, no importaba, debía ser eliminado. Dijo a sus hombres que se fueran. Él iría a las oficinas de la empresa. Debía buscar algo. Luego, regresaría. La temperatura pronto comenzaría a descender, estaba seguro: ya eso había obtenido lo que deseaba, ya no había luz ni nada extraño; extraño al menos para eso, todo le pertenecía, era el dueño absoluto de aquellas tinieblas. A su regreso, sintió confirmada su seguridad e inició el descenso. El segundo sótano carecía de interés; era, solo, el reflejo de algo, así como el primer y debilitado sótano, reflejo de un reflejo, lo reflejaba a él; era una consecuencia, más que arquitectónica, del sótano que retenía toda su atención, el tercero, al cual se dirigió con prestancia. Comenzó a sentir frío mientras bajaba por las escaleras que conducen al tercer sótano. Todo, dentro de poco tiempo, los sótanos, los edificios, él mismo; todo sería una masa informe sobrepuesta. Luchó contra el clima, contra ese frío que amenazaba con paralizarlo, y ubicó, en sitios vulnerables, las cargas de explosivos correspondientes, sin que enturbiara su ánimo el sentirse observado —porque de cada segmento oscuro surgía algo que él no

lograba ver, pero que acaso lo veía— ni el escuchar aquellos lamentos que, unidos a una respiración absoluta, la respiración del sótano como totalidad, clausuraban los ecos de sus pasos. Apenas logró regresar a las escaleras. El frío lentificaba sus movimientos. Apenas pudo subir dos o tres peldaños y ver, antes de la caída, el detonante que había dejado en el borde superior de las escaleras...

Al día siguiente, lograron despertarlo. Un clima propicio solazaba los sótanos... Tal vez fue perdonado. Tal vez nunca fue relevante, y siquiera conocido. Tal vez eso, lo que fuera, necesitaba impedir un cambio para resguardarse. Nada más.

El atardecer ha concluido y la noche toma posesión de la ciudad. Ahora, puede irse. Sabe que nunca volverá a ver un sótano; y menos, el tercero de aquellas edificaciones; pero tiene la esperanza de que alguien, acaso el presidente, realice alguna vez el trabajo que él no pudo hacer. No es mucho lo que se perderá: solo dos edificios comunes, dos piezas interpuestas, dos errores de la arquitectura que nublan la visión de las robustas y originales torres del Centro; y en cambio la ciudad obtendrá limpidez, frescura visual y tranquilidad, porque aquel sótano infeccioso...

Esquiva

El escritor iba en el Metro. Estaba parado dentro de un vagón repleto y, víctima de empujones y con su mano derecha aferrada a un asidero, a duras penas mantenía el equilibrio. La mano izquierda sostenía un libro, con una foto suya en la contratapa. Era un libro recién publicado y por el cual —veleidades de autor— estaba dispuesto a postergar su intento por mantenerse estable. Entonces una mujer, sentada frente a él, se dispuso a prestar ayuda. El escritor le dio el libro, con mucho temor, y ella comenzó a pasar las hojas, hasta llegar a la contratapa. Sonrieron por la coincidencia. Sí, era un libro suyo —dijo—. Y allí hubiera concluido aquel encuentro si no hubiese observado a la mujer. Su cabellera, negra, caía sobre los hombros haciendo contraste con la blancura de su piel y el azul de sus ojos. Quizá era inabordable... Forcejeó para entablar una conversación, pero fue inútil. Ella debía bajar ya, en la estación venidera, y su nombre, pronunciado con extraña dicción, entre el apuro por devolver el libro, el anuncio de la estación y el ruido de los rieles por la frenada, se perdió, apagado también por las conversaciones de los otros pasajeros. Con desusada torpeza, el escritor gritó su número de teléfono mientras la mujer salía del vagón. Era improbable que lo

hubiera escuchado; y más, que lo retuviera. Se había ido, tan pronto como apareció. ¿La vería otra vez? Le habría gustado. ¡Cuánto le habría gustado...!

Eso no sucede sin consecuencias; jamás sin consecuencias —pensó, en su apartamento, sentado en un sillón, mientras lentamente tomaba café. Aquello parecía una burla; una manera indigna de comportarse. El tiempo no contaba. Por más que hubiera pasado poco tiempo, era injusto. Así de simple. Había cosas que él podía aceptar: la indiferencia cuando el cineasta los presentó, por ejemplo, tenía sólidas bases de sustentación; porque fue él quien quedó prendado cuando la miró en el Metro; porque el asunto de la foto no pasaba de ser una coincidencia, jocosa pero intrascendente; porque el tiempo había hecho su trabajo, desde entonces, y solo alguien como él, seducido por una belleza que creía perdida, era capaz de mantener presente lo que para ella ocultaba el olvido. Eso era aceptable. Mas no lo otro. No lo que sucedió, luego de ser presentados y haberse encontrado, en dos oportunidades más, en el apartamento. No aquel pasar a su lado, en una acera de la ciudad, sin detenerse ni saludar, aun cuando lo había visto, sin dudas lo había visto. Ciertamente que tampoco él había hecho nada. Ni siquiera contempló la posibilidad de detenerla. Eso era verdad. Pero igual sentía que aquello rebasaba los límites de la decencia, de la más elemental consideración hacia su persona. Estaba indignado. ¿Qué le diría, cuando la viera nuevamente? En cualquier momento el cineasta llamaba para corregir el guión, y entonces... Debía considerar la posibilidad de que no estuviera en el apartamento. Ella casi siempre estaba fuera. Las ocupaciones le impedían verse, dijo, una vez que se encontraron al ella regresar. Llegó muy cansada, entonces, y de inmediato se descalzó y corrió a la cocina en busca de café. Qué delicia, ver el tarro inmenso con que volvió de la cocina; verla tornar ese café. Qué placer, perseguir su mirada cuando, desde un sillón, casi con languidez,

observó una flor. Suave contraste, vanidad de pintor: ella, el tarro de café, la flor sobre una mesa, la mustia flor bañada en luz. Qué dicha mirarla: piel blanca, cabellos largos y negros, ojos muy azules... Pero, ¿y si estaba?; ¿y si cuando llamara el cineasta y él acudiera al apartamento, la encontraba?; ¿incluso si llegaba de improviso estando él allí...? En esos casos, ¿qué le diría? ¿Llamaría su atención? ¿Solicitaría un desagravio? ¿A ella, que lo abrumaba con su presencia, que desde aquel fugaz encuentro en el Metro lo atormentaba? ¿A ella, un desagravio? ¿Y las consecuencias? ¿Había pensado en las consecuencias, en el desagradable espectáculo...? Sí. Sería un espectáculo en extremo desagradable. Nada, ni siquiera su embeleso autorizaba para reclamar un desaire en casa de ella y del cineasta, en una casa ajena. Hacerlo equivaldría a repetir, en otro escenario, la inadecuada situación a que ella lo llevó con su rechazo; transformar un acontecimiento que no ameritaba remilgos, en centro de atención; generar en el cineasta, allí presente, sospechas sobre su integridad. Mejor guardaba silencio. Así, en silencio, tendría oportunidad de ver si algún gesto delataba a la mujer. Así, en silencio, esperaría escuchar cualquier palabra que enmendara su error. Esa manera de comportarse no daría pie a sospechas, en el cineasta, y lo mantendría firme ante ella, para que tampoco ella sospechara nada; o para que, aun sospechando, supiera de su decisión y fortaleza. En síntesis, si llegaba a verla (y esto ocurriría en cualquier momento), y si ella satisfacía o no su apetencia de enmienda, él guardaría silencio.

Conoció al cineasta en una de esas reuniones de escritores que no excluyen otras profesiones. El encuentro fue casual; al menos desconocía razones para pensarlo diferente.

El escritor conversaba, dentro de un pequeño grupo, sobre una historia de fantasmas que dejara dudas acerca de sí misma; que a la vez fuera y no, historia de fantasmas; que perdiera al lector en suposiciones, hiciera gala de exactitud y forjara la idea de vínculos probables.

Entonces, distinguió al cineasta. Era alguien diferente; alguien a quien nunca había visto y que tal vez lo sustrajera de aquellos temas, tan repetidos en esas reuniones. Le atrajo su notoria timidez. Quiso abordarlo, ganar su confianza; lo cual fue posible al saber que se trataba de un cineasta y al mencionar su afición por el cine. Entonces iniciaron una fácil charla en la que surgió el tema del guión. El cineasta había pasado muchos años fuera del país; tenía pocas semanas acá y su español, aunque suficiente para el habla, parecía inadecuado para la escritura. Había perdido la sintaxis; las palabras acudían con dificultad, etcétera, pero abrigaba la esperanza de que pronto todo cambiaría. Por ahora estaba intranquilo, porque el tema del guión resultaba tan atrayente que no veía el momento de iniciar su trabajo. Si lograba una ayuda, alguien que por corto tiempo lo socorriera, seguro comenzaría sin más tardanza. Pero la situación era extremadamente delicada para él. Estaba acá, en su país, alegre por regresar pero sin ningún conocido, sin nadie en quien confiar el tema del guión. Por supuesto, si él estuviera dispuesto, si acaso no resultaba una molestia excesiva ni un abuso, ya que se acababan de conocer; por supuesto, si el escritor lo permitía, pensaba que en él podría confiar, porque era el único, entre todos los de esa reunión, que había mostrado interés por su persona.

El escritor accedió en el acto (aunque luego de conocer el tema del guión sintió inquietud: era tan pueril que su ayuda se le antojaba tiempo perdido), y acordaron el procedimiento a seguir: el cineasta elaboraría las secuencias; después, cada vez que lo considerara necesario llamaría al escritor, y este acudiría a su apartamento para hacer las observaciones pertinentes. El escritor había desechado la inquietud sentida, porque se trataba de algo nuevo para él. Participar en un trabajo como ese, seducía; podía dar excelentes resultados; culminar en algo valioso, al menos como experiencia. Ahora estaba tranquilo, seguro de sí: había dado su

número de teléfono al cineasta (este no tenía teléfono; llamaría desde uno público) y acortado distancia para iniciar una tarea emocionante. El cineasta hizo saber su dirección. Debía llegar a Crema Paraíso, en San Bernardino. A pocos metros, en la acera de enfrente quedaba el edificio. Pulsaba el intercomunicador en el número señalado y él abría la reja de acceso. La forma más sencilla de hacer el trayecto era usar el sistema Metro-Metrobús. Debía bajar en Bellas Artes y tomar el Metrobús hacia San Bernardino. Luego, se quedaría en la parada Los Próceres y caminaría hasta Crema Paraíso. La señal, en todo caso, era Crema Paraíso. El escritor ponderó la exactitud del cineasta y pudo recordar que San Bernardino engaña. Cualquiera puede perderse allí, pensó; llegar al sitio no indicado. Las calles evolucionan de manera tan azarosa que terminan en bifurcaciones o en plazas que semejan la estrellamar. El cineasta propuso un encuentro inicial, antes de comenzar con el guión, para intercambiar impresiones y presentarle a su esposa. Sí, él estaba casado y a su esposa, no cabía la menor duda, le agradecería muchísimo conocerlo. Prometió ser puntual.

El apartamento era un sitio ameno para solitarios. La sala-comedor mostraba al fondo un ventanal y recogía poquísimos muebles: una mesa, cerca del ventanal, sobre la que reposaba una flor a punto de morir; algunas sillas y un sillón, opuesto al ventanal. Por este lograban verse varios edificios y un trozo de cielo.

Era tan bella y joven. Los dos, en realidad, el cineasta y la mujer, eran muy jóvenes. Él no había captado ese detalle cuando conoció al cineasta, igual que fue incapaz, de nuevo (por su estado; por esa brusca rapidez con que se pronuncia un nombre hartamente conocido), de retener su nombre, el nombre que otra vez dijo la mujer. Era ella, la del Metro: la que temió no ver más. Era ella, de nuevo. Y si entonces pareció no recordar que en otra oportunidad se habían encontrado, restó importancia a ese descuido —si fue descuido—, como agradeció la coincidencia —si fue

tal— de haber conocido al cineasta. Después... Después vendría otro encuentro en el apartamento, ahora sí, para revisar con ella y el cineasta las primeras secuencias del guión. Después, otra reunión, a la que llega de improviso, suelta los zapatos, corre a la cocina y regresa con un tarro inmenso lleno de café. Entonces, se sentaría en el sillón, miraría la flor y tomaría lentamente el café, muy lentamente: como hizo cuando la conoció y cuando revisaron las secuencias iniciales; como imaginó haría mientras él estaba ausente... Falta un después; uno que el escritor no podrá olvidar y le llenará de intriga: el del rechazo, ese en que la mujer pasa a su lado, en una acera, y no tiene la gentileza de saludar.

En el apartamento, la primera vez, ella y el cineasta contaron esta historia: tenían poco tiempo en el país; semanas solamente. El cineasta, en Moldavia, de donde era oriunda la mujer, había estudiado cine. Lo hizo en el mismo instituto en que ella estudiaba. Allí se conocieron, compartieron idiomas y la esperanza de una vida juntos. Lo habían logrado. Luego, vinieron al país del cineasta. Allá, en Moldavia, quedaba una hermana de la mujer que pronto, cuando la situación lo permitiera, vendría a vivir con ellos. La hermana estaba pasando por un momento difícil y no tenía a quién recurrir.

El escritor se sintió turbado, no por la historia ni por la naturaleza del encuentro que los unió (total, la vida junta en cualquier sitio, sobre todo en lugares exóticos); se sintió así, turbado, porque durante la historia el cineasta se fue apagando, lenta pero metódicamente. El final, la revelación de una hermana que pronto vendría, contó con su escape. Estaba tan perdido que el escritor creyó adivinarle un viaje a las tierras de la mujer; viaje instantáneo que ponía al cineasta en paisajes desconocidos para el escritor, en temperaturas nunca imaginadas, en grupos humanos con costumbres ajenas; viaje que se repetiría, en ocasiones, cuando trabajaran en el guión. Pero este apagarse y este viaje, aun turbando al escritor, trajo como recompensa poder

escuchar la voz de la mujer, solo su voz, para quedar nuevamente turbado, ahora con deseos, con necesidad de permanecer siempre así, al gustar el timbre, que le pareció delicioso, y al ser testigo del esfuerzo que ella hacía para encontrar palabras nuevas, inéditas quizá, en un archivo acostumbrado a otras formas lingüísticas. Después... dos encuentros y el rechazo.

Nada diría cuando la viera; pero prestaría atención, enorme atención, a sus gestos y a sus palabras. Si ella, entonces, guardaba aquel rechazo y no lo redimía con estas o aquellos... Estaba inquieto. Los días sin verla, sin recibir la llamada del cineasta, lo mantenían en un estado de angustia insoportable. ¿Cuándo llamaría el cineasta? ¿Estaría ella en el apartamento? ¿Qué estaba ocurriendo...? ¿Había caído en una trampa, en la trampa de la seducción? ¿Cómo salir, si quisiera?

El cineasta llamó. Era preciso que se encontraran esa tarde. Él acudiría de inmediato. Haría el trayecto lo más rápido que le fuera posible. Ya lo conocía. Iría, como siempre, en el Metrobús... Llegó al edificio, pulsó el intercomunicador y abrieron la reja. Dentro del edificio, en su loca carrera por llegar al apartamento, estuvo a punto de atropellar a una mujer. Captó su parecido con la mujer del cineasta y la enorme distancia cronológica que las separaba. El cineasta abrió la puerta. Ella no estaba. Nunca había sentido eso. Esta vez, sintió ganas de preguntar por ella, de indagar si acaso vendría antes de que él se marchara. Se dio cuenta de que no sabía su nombre, de que nunca lo había entendido: ni en el Metro ni cuando el cineasta los presentó. Guardó su sentir. Imposible investigar su nombre, ahora, o llamarla esposa. Lo primero parecía una falta de educación; y decirle «esposa», sonaba impertinente.

Aquella tarde trabajaron en el guión. Había algo, en este, que tal vez no encajaba. Si el comienzo parecía satisfactorio, la parte media relucía exaltación; y el cercano final, por la situación del intermedio, era capaz de desviarse de la historia prevista. Entraba la noche cuando el cineasta

sugirió que la parte media, sin irrespetar el inicio pero valiéndose de sus opacidades, podía conducir hacia un final quizá no contemplado. El escritor dijo que ese final sería el único posible entre opciones más aparentes que reales. Luego, sin más comentarios, pasó a un miembro del guión que si bien importante en el inicio, ya que fungía de conmutador, invadía la sección media perturbando, según su creer, la solución. Ese miembro era Olga, un personaje que había desarticulado al otro personaje de la historia: por su extraña belleza, por sus comportamientos aún más extraños y, sobre todo, por su habilidad para generar falsos encuentros. Olga, como fantasma, estaba estando y sin estar, porque cuando su presencia física era notoria, ocurría de improviso, por corto tiempo y con una plenitud avasalladora; y cuando no era, sumía al otro personaje en angustiosas y dubitativas cavilaciones. Olga, así, constituía un freno para ese personaje, le hacía perder tiempo en imaginadas seducciones (por su belleza, por su esquivéz), lo alejaba de rumbo, de su rol; le hacía, en todo caso, partícipe de una historia distinta. Se imponía restringir sus funciones; vigilar su dominio; reducirla —sentenció el escritor—. De no hacerlo, Olga, debido a su poder exacerbado, terminaría por convertirse en una irrealidad.

El escritor pudo notar que durante el trabajo dedicado a Olga, su acompañante había quedado rezagado. Este comportamiento, inesperado pero explicable, dada la intensidad de la jornada, produjo que la mayoría de los defectos encontrados a Olga —si acaso no todos— le pertenecieran.

Luego, ella llegó. Un breve saludo, lanzó los zapatos y corrió a la cocina. Pronto reaparecería con un tarro lleno de café, etcétera. Él la observó: tan bella incluso fatigada. Quiso decir algo, mencionar tal vez la rabia que padecía por el desaire: guardó silencio, absoluto silencio: al recordar lo que había dispuesto; al ver nuevamente su rostro (su rostro, que lo perdía) y al escuchar los sonidos deliciosos, aunque articulados

a fuertes cincelazos, que emitía. Estaba leyendo el guión, a veces en voz alta, otras para sí misma; e interrumpía la lectura para prestar atención al cineasta, quien entre susurros en dos idiomas, el del escritor y el de la mujer, deslizaba a veces palabras que él advertía y referían a Olga (¿aquellos defectos?), a lo que habían acordado, a la película que irían a ver pronto. Esta referencia llegó a sus oídos con exactitud. ¿Había subido el tono de voz el cineasta? ¿Se trataba de un énfasis subjetivo por coincidencia, ya que el escritor tenía en mente ver aquella película? Algo, quizá la seducción, estuvo a un paso de precipitarlo en el desvarío de interrumpir al cineasta. Quería decir a ella (que se negaba a enmendar el desaire, solo a ella) su disposición de ver esa película, la posibilidad de que fueran juntos, lo imprescindible que resultaba hacerlo. ¿Qué habría obtenido? Si ella lo acompañaba, ¿le recordaría el encuentro en el vagón del Metro; quizá el desaire de pasar a su lado sin saludar; la indiferencia cuando el cineasta los presentó? ¿A ella, que desarticulaba con su presencia y que, hasta ausente, solo permitía pensar en ella?

Cuando terminó de leer, la mujer, entre sorbos de café y miradas, aseguró que le parecía perfecto, que no veía problemas en el guión, que el papel de Olga era adecuado. Si el escritor llegaba a sugerir alguna modificación, cosa que suponía improbable, esta se aplicaría al otro personaje, jamás a Olga. El guión había tomado su curso, su derrotero natural, el cual debía respetarse. Olga, aunque el escritor lo pasara inadvertido —si acaso lo hacía—, Olga era el curso, el derrotero del guión. Olga, para ella, tenía como nota principal su carácter de ser huidizo y abarcante a la vez, de ser cuya naturaleza nadie puede fijar ni caer en la quimera de intentar hacerlo. El otro personaje —y esta era la única modificación que se atrevería a sugerir, aunque dado el desempeño de Olga no parecía determinante— debía poner mayor énfasis en su dependencia; adecuarse más a Olga, a sus apariencias y presentaciones casi fantasmales, a sus... burlas y desconocimientos.

Ya que él, en fin, tiene por obligación su dependencia y sacar a la luz un enigma llamado Olga.

Aquello significaba modificar el plan, bajar de categoría el papel del personaje, quien ahora, súbdito de Olga... Comenzó a protestar. Ni ella ni sus miradas lo detendrían. Nada de sus ojos, de su piel ni de sus cabellos, nada de su embrujo lo detendría. Nada... Lo hizo el cineasta, quien, como el que se levanta de un valle (el valle en que reposaba desde que la mujer tomó la palabra, y tan plano y estable como aquel en que estuvo cuando el escritor tocó el tema de Olga), comenzó a subir la cuesta hasta que, ya en el punto máximo, fue todo energía, rabiosa presencia que recordó al escritor su señalamiento sobre las opciones más aparentes que reales. Sintió desprecio; rabia y desprecio por ese hombre que, dentro de su timidez, había logrado detener la protesta. Rabia y desprecio que se volcaban hacia sí mismo: por saberse incapaz de respuesta; por su obsesión por defender algo ajeno cuando el dueño lo dejaba a la deriva, expuesto a la voluntad de la mujer; por estar allí y sentirse atrapado en las redes que tejía la mujer, atrapado en su voz, en su mirada, en sus cabellos tan negros y en su piel tan blanca. Entonces, solo entonces, sintió que alguna vez podría odiarla.

En algún momento surgen y se hacen visibles relaciones que habían permanecido ocultas, en secreto, cubiertas por un manto de olvido y desinterés. Cada vez era más evidente que la relación entre la mujer y el cineasta carecía de equilibrio; estaba sujeta a subordinación. Ahora, no parecía difícil constatar esto: se hizo patente, siempre que llegó la mujer y ellos trabajaban en el guión; se observó, cuando el cineasta presentó a la mujer. En esas ocasiones, el cineasta pasaba a segundo plano y la mujer colmaba todo el escenario. Sobre el poder que ella ejercía en el cineasta, no cabía duda; y aunque ese poder molestara al escritor, este podía explicarlo: equivalía, de alguna manera, al que tenía sobre él. Sí, esto era evidente: también él estaba sujeto a la mujer. ¿Cómo pudo lograrlo...?

Seduciéndolo. ¿Cómo lo sedujo...? Primero, mostrándose; luego, rechazándolo. Era una mujer que conocía sus armas y sacaba el máximo provecho a su belleza y a su capacidad para mantenerse al margen, sin estarlo, para mostrar debilidad o indiferencia, y para imponerse.

Una rápida observación esclarecía esta múltiple capacidad de la mujer. Ella, aunque el escritor y el cineasta trabajaron casi siempre solos, estaba sin embargo en ellos: como recuerdo, en el escritor, desde el encuentro en el vagón del Metro y, sobre todo, desde el rechazo; como imposición, siempre, en el cineasta. Ella, con su historia sobre la hermana en Moldavia (la hermana sola en esa tierra tan lejana, la hermana que debía traer cuando la situación lo permitiera), había lanzado una carnada infalible: la debilidad. El escritor en algún momento la mordería e iría a caer en tontas pero eficaces consideraciones sobre sus buenos sentimientos, preocupación por la familia, etcétera. Ella, con la indiferencia mostrada cuando pasó al lado del escritor, había accionado el detonante que lo sumiría en un estado de confusión, mezcla de rabia y deseos. Ella, en fin, segura de que el cineasta estaba subordinado y consciente de su influjo sobre el escritor, había impuesto a Olga. La ayuda que entonces prestó el cineasta con su observación quizá no fue necesaria.

El asunto parecía claro, en este aspecto; al menos mostraba cierta lógica, aunque en los sentimientos... Otros puntos permanecían oscuros: el comportamiento del cineasta cuando el escritor —no estando la mujer— tocó el tema de Olga; la manera en que actuó cuando la mujer habló de la hermana, explicable por subordinación pero igualmente extraña; incluso la imperiosa defensa de Olga (de esa Olga que la mujer quería) cuando el escritor intentó protestar, incluso eso dejaba un manto de oscuridad. Era suficiente con callar, entonces; solo con eso. Si el cineasta hubiera permanecido en silencio, tal vez el escritor habría buscado maneras de salir victorioso, tal vez habría vencido en su

defensa del guión, en su devolver a Olga a su cauce inicial. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué habló, si ella no tenía maneras de conocer el detalle sobre las opciones más aparentes que reales? ¿Por qué, si el escritor quería defender su guión? ¿El poder de ella era tan grande como para impedirle callar? ¿Tan enorme como para actuar sobre lo que no podía conocer, sobre aquello que solo conocían el escritor y el cineasta? Esto era posible, únicamente, si la mujer participaba en los pensamientos del cineasta. Entonces, actuaba sobre ellos estando presente; pero también, cuestión que rebasaba todo límite, sin estar. En otras palabras, su poder actuaba a distancia. Fue así cuando el escritor investigó a Olga y el cineasta se contrajo, experimentó un influjo inhibitorio. La mujer, a distancia, podía inhibir al cineasta. Presente, también inhibía; pero desestimulaba esa acción a conveniencia. De allí aquel ascenso del cineasta, en el momento en que el escritor iniciaba su protesta.

Esta indecorosa posición del cineasta despertaba una sospecha que tomaba cuerpo y creaba sombras sobre la autoría. ¿Alguien como él podía ser autor del guión? La historia sugiere que sí: sobran ejemplos de seres que viven en una sola dirección; fuera de ella, son inútiles; se aferran a otros seres. La historia que el cineasta contó, tan escasa que produjo desilusión en el escritor, rechaza esa hipótesis. Si el cineasta actuaba en una dimensión, debía esperarse que en ella fuera brillante. Esto pasaba la sospecha de autoría a otra persona: a la mujer. Ella había estudiado en el mismo instituto en que estudió el cineasta. Podía ser autora intelectual del guión. Dominaba el idioma menos que el cineasta. Era incapaz de realizar el guión. ¿Era, también, incapaz de pensarlo mejor? La historia sugiere que no: lo ha modificado, brutalmente, al imponer a Olga. Esta modificación podría resultar beneficiosa; no tendría que llevar, porque sí, una desmejora. Cuanto el escritor sostiene es la necesidad de coherencia. Sabe que un personaje exaltado hasta la hipertrofia puede destrozar la historia: aquella que el

cineasta contó; aquella historia sin esplendor. Pero, si ha pensado todo ese asunto de las relaciones y de la capacidad, puede pensar también que quizá la historia sea otra, otra que desconoce, y que en ella tal vez la hipertrofia de Olga sea imprescindible; es decir, no sea tal. He aquí un problema. Si la historia es otra, ¿por qué el cineasta contó la primera? ¿Desconocía la segunda? Por aquel susurro del cineasta cuando la mujer leía el guión («lo que habían acordado», dijo), el escritor podría inferir que no la desconoce, que la conoce acaso tanto como la mujer; porque ese acuerdo, o tenía que ver con Olga directamente o con algún otro tema del guión. Suponiendo que la inferencia del escritor sea verdadera; que el cineasta conoce la segunda historia tanto como la mujer, entonces ambos la conocen solo parcialmente porque esa historia está ocurriendo, quizá; o por alguna otra razón. Es inevitable que el escritor la ignore. Pero, si conocerla tanto como la mujer implica conocerla toda, entonces el escritor no debe conocerla. ¿Por qué? Esto conduce a imágenes más difíciles, indignantes y aterradoras. El escritor puede creer que la primera historia jugó papel de carnada. La mujer y el cineasta sabían de su afición por el cine. Si presentaban una historia, cualquier historia, y solicitaban ayuda, él la daría. Se trataba de algo nuevo y seductor; de algo en lo que deseaba participar algún día. La posibilidad de carnada, aunque difícil, tenía cabida. Indignante era el uso, la desconfianza. Lo habían usado, sin decir la verdad. Habían lanzado una historia falsa para pescarlo. Esta situación de uso y falsedad lo indignaba. Si eran sinceros, igual los habría ayudado. ¿No podían ser sinceros? ¿Era tan difícil de decir, acaso imposible...? Peor era el terror que aquello producía. Habían mentido, usado y... seleccionado. Únicamente él era capaz de morder la carnada del guión. Estaba apto para ello. Seleccionar, en un caso como este, sugiere conocimiento previo. Conocimiento previo y selección, acá, conducen al rechazo de la casualidad. El encuentro con el cineasta no fue producto de la casualidad, fue

premeditado. ¿Fue asimismo premeditado el encuentro con la mujer, aquel fugaz encuentro en el vagón del Metro? Esto era terrorífico, indignante, difícil de creer, pero era lo único que se le ocurría...

Había un exceso en aquello. Todo parecía rebuscado; un misterio innecesario. ¿Qué hacía la mujer, por qué pasó a su lado sin saludar, por qué fingió desconocerlo, por qué esa duplicidad de historias? Y él, ¿por qué se angustiaba, por qué no abandonaba todo y se dedicaba a sus tareas? ¿Por la mujer, tal vez? ¿Por ella...?

Nada podía hacer. Sus pensamientos habían conducido a un callejón sin salida. Debía descansar. Olvidar todo. Mejor iba al cine. Aquella película que deseaba ver. Después... Después ya vería...

Esperó poco tiempo para que llegara ese después con su «ya vería». Fue al cine y encontró a la mujer, si lo que sucedió puede llamarse encuentro. Se habían visto. Ella lo había visto. Y nuevamente, lo excluyó. Con paso rápido, viéndolo, pasó a su lado y fue a sentarse en una fila cercana a la pantalla. Mientras la sala estuvo iluminada, logró ver sus negros cabellos que caían sobre el respaldo del asiento. Después, durante la función, distinguió algunas veces la sombra de su cabellera. Ahora, al porqué de la nueva exclusión: tres ya para el escritor, quien estaba dispuesto a creer que fingió desconocerlo cuando los presentaron, se superponían otras preguntas también angustiosas; preguntas que consideraban el hecho de que ella estuviera allí, ese día y a esa hora, y la nada casual circunstancia de que estuviera sola. No podía tratarse de una casualidad. El cineasta fue quien, entre susurros, recordó que debían ver esa película. Si eso no obedecía a la casualidad, tampoco el día y la hora obedecían. La mujer estaba allí, ese día y a esa hora, porque quería verlo. Y quería verlo, sola, con desinterés y exclusión, por algo que el escritor no lograba explicar, aunque suponía alejado de todo mecanismo seductor. Su nueva disposición; su actitud madura y analítica, le hacían ver las cosas desde otra perspectiva. Si explicar aquel algo era

difícil, no era menos determinar los pasos dados por la mujer para enterarse de que él vería esa película, ese día y a esa hora.

Esto carecía de explicación. Aun si el escritor hubiera hablado cuando el cineasta mencionó la película, quedaba el asunto del día y la hora. Dentro de la realidad, no había manera de que ella supiera: fue una decisión de último momento. ¿Participaba en sus pensamientos, en los suyos también? No. ¿Españaba, acaso? Espiar, pero con método, daba solidez a los encuentros: en el Metro, en la acera, en el cine. La fugacidad de los dos primeros podía explicarse aún por seducción. Pero ya ese tema no parecía interesarle. Debía buscar otros motivos, vinculados tal vez con ella y con el cineasta, con la relación que existía entre los dos. Cuando la mujer estaba, el cineasta se perdía; cuando no, aparecía por ella. Y ella, ¿existía en otro momento, existía sin el cineasta? Por supuesto. El escritor la había visto, sola y fugaz, dos veces: inasible chispa, presencia en extinción, dominio para la memoria. Siempre, entonces, la mujer fue... ¿como Olga? Sí, como Olga: la misma fugacidad, igual imposición... Parecía una burla, o una figura: ella, figurando a Olga. La irrealidad del doblez, de nuevo: dos historias y la sustitución. Laberinto de la irrealidad: el cineasta y el escritor. Uno, por sometimiento, en el acto de la representación, a quien representa un personaje; otro, el escritor, porque en caso de que fuera un personaje —aquel personaje ahora deslucido—, su papel estaba limitado a la condescendencia: ver a la mujer, adecuarse a ella, descubrir un enigma sin intervenir, ser un observador, ser un testigo... ¿De qué, un testigo? Pronto, ella diría. Doble de Olga o quien fuera, no importaba, su fugacidad no se iba a repetir, no lo permitiría. Tenía que conversar con la mujer, hallar una explicación, armar un rompecabezas. A la salida... La atraparía a la salida. No tenía escape. Si había logrado que perdiera la película, con su presencia y esquividad, que respondiera al menos, que lo librara de aquella red. Regresó la mirada hacia el lugar en donde ella se había sentado... y no la vio. Había

desaparecido. En vano buscó, en la oscuridad, una silueta, una cabellera que recordara a la mujer. En vano buscó, al final de la función, a la mujer del cineasta. Había desaparecido mientras él divagaba. Lo había burlado, otra vez.

Fugacidad y dependencia, intrigaban aún. No por él. No por los rechazos sufridos a causa de ellas. Intrigaban, porque no lograba explicarlas. El escritor estaba en su apartamento. Se había sentado en un sillón y ofrecía una postura inclinada hacia el suelo. Luego, enderezó el torso y quizá vio la mesa... o las siluetas de algunos edificios y acaso hasta zamuros. La mujer, en ausencia del cineasta era fugaz; este, con o sin la mujer era dependiente. ¿Qué significaba? En la irrealidad del doblez, habría considerado que se trataba de algo relacionado con la energía. La mujer, para subordinar al cineasta, gastaba tanta energía que solo era visible, con estabilidad, cuando este gasto era menor; es decir, estando con él. En esos momentos, el cineasta se apagaba y ella recuperaba toda la energía. Sin el cineasta, la mujer no existía en forma visible. Era, si algo así puede existir, energía fuera de ella, energía en el cineasta. Era, de alguna manera, el cineasta. Sus apariciones lejos de él, siempre serían fugaces: corresponderían a cuantos de energía que, por momentos, sorbía al cineasta... Así, en esa ficción, todo parecía explicado. Casi todo, en verdad. El asunto de la energía no aclaraba las razones que tuvo la mujer para negar —o sorber— energía al cineasta en determinados momentos, justo cuando el escritor la veía. ¿Espía, en realidad? ¿Eran tan importantes las dos historias (la del cineasta y la que él desconocía), o acaso solo la segunda, como para que ella espíara? ¿Para qué espíar por algo intrascendente, por la primera historia? ¿Para qué, por algo que el escritor desconocía? En todo caso, ¿dudaba de su rectitud?, ¿imaginaba que él podía divulgar lo conocido y sin importancia o lo desconocido? ¿Por qué lo seleccionó, si dudaba? ¿Por qué espíar —se preguntaba el escritor—, y

hacerlo de tal manera que él pudiera ver, que descubriera lo que ella hacía...? Por respeto... Espiaba por respeto, porque deseaba verlo y que él la viera. Espiaba, porque respetaba tanto al cineasta, aun subordinándolo, que no se atrevía a ser más que una espía, presente y fugaz... Entonces... ella lo amaba, amaba al escritor. Ella: sus ojos tan azules, su piel tan blanca, sus cabellos largos y negros; ella lo quería. ¿Cómo pudo pensar en odiarla? ¿Cómo, después de lo que había hecho para que comprendiera cuánto lo amaba y cuánto de imposible encerraba ese amor por respeto al cineasta? ¡Qué torpe había sido! ¡Qué torpe...! Tenía que verla. Nada de respeto. Adiós fidelidad. Él, también él la quería. Tenía que verla. ¿Iría...? ¿Se presentaría sin que lo llamaran? Sí, cualquier cosa; cualquier cosa por verla. Los puntos oscuros, que quedaran así para siempre. Las burlas no eran tales, eran amor. Ni el guión, la representación o el cineasta existían. Solo ella. Urgía verla. Ya, debía hacerlo... Todo parecía una locura, un hechizo de la creación, un camino posible que obstruía niveles o los encadenaba sin cesar. Realidad y ficción en un plano común. Su apartamento, su lugar de trabajo, participe de una historia en la que él estaba incluido... Se levantó y fue hasta la mesa. El teléfono estaba repicando. Habló brevemente, con voz entrecortada. La llamada, la ansiada llamada. fue ella quien llamó. Ella, la belleza total, la perfección. Deseaba verlo.

Claro, por supuesto, de inmediato. No. No era necesario que dijera algo más. ¿Para qué esforzarse en pronunciar palabras, tan distante como estaba, si pronto se verían, si él deseaba oírlas a su lado, tan cerca de ella que quizá ni siquiera fueran necesarias? Además, ella estaba llamando desde un teléfono público, por supuesto, y él sabía todo, había comprendido. Soltó el auricular y salió disparado. San Bernardino lo esperaba. Ella lo esperaba.

Tomó un taxi y dio la dirección. Dijo la clave: Crema Paraíso. Era imprescindible llegar cuanto antes a Crema Paraíso. En la acera de enfren-

te, a pocos metros quedaba el edificio. Sería imprudente cuando la viera. De una vez diría que él también la amaba. Sin preámbulos... Pronto la vería. Eso no sucede sin consecuencias, es verdad, pensó el escritor; jamás sin consecuencias. Pero ahora, para su felicidad, esas consecuencias parecían las mejores, las más afortunadas. Aunque es difícil en estos momentos de provocativa felicidad pensar en ello, el escritor decide no olvidar aquel hecho indudable que, junto con las esquivas apariciones de la mujer, condujo a ciertas especulaciones iniciales (cuánticas a veces, de poder a distancia por momentos, e incluso de ser en ocasiones); hecho que ahora regresa, como pulsión en la memoria, como ruptura y desvío: ella, casi siempre estaba fuera.

Fue difícil llegar a Crema Paraíso. Mucho tiempo, demasiado para su urgencia, perdió el taxista en calles desconocidas que practicaban repetirse o finalizar en plazas estrelladas. Desesperó de no verla. Argumentó que este laberinto podía reflejar su vida luego de conocerla; que esta posible irrealidad copiaba otra. Vio, por las ventanillas del vehículo, un trozo de cielo colmado de zamuros. Vio, al fin, Crema Paraíso. Lo demás fue sencillo. En la acera de enfrente, a pocos metros estaba el edificio. Llamó por el intercomunicador, una vez, y no obtuvo respuesta. Volvió a llamar, muchas veces, y en tantas otras el resultado fue similar. Imposible que ella no estuviera. Imposible. Debía tratarse de un desperfecto en el intercomunicador. El apartamento contiguo. El número más cercano. Seguro allí obtendría respuesta. Tuvo que realizar muchas llamadas para obtenerla. Una voz de mujer, parecida a la de ella, con semejantes dificultades de dicción, pero menos fuerte; una voz que no debía ser la de ella ni tenía razón de ser, respondió sus llamadas. Pasó minutos explicando. Habló del cineasta y de la mujer. Habló del trabajo que estaban realizando. Aseguró que era esperado. Dijo su nombre, una y otra vez. Venció mil dudas. Entonces, la mujer accionó el dispositivo para abrir la reja del edificio.

No le permitieron tocar el timbre del apartamento. La mujer del intercomunicador esperaba en el pasillo. Era vieja; no anciana pero vieja, y tenía un marcado parecido con la mujer que él buscaba: ojos muy azules, piel blanca, cabellos no tan negros —seguro por la edad—. El escritor pidió disculpas. Dijo que creía haberla visto en otra oportunidad. Habló de los inquilinos que buscaba. Dijo algo sobre el guión. De nuevo, pidió disculpas. Sentía vergüenza por la incomodidad causada. Ella debía disculparlo, no era su intención causar esta molestia. Si los de al lado no estaban, se retiraría de inmediato... Él no tenía que irse ni pedir disculpas —dijo la mujer—. Debía quedarse y pasar a su apartamento. Allí, al lado, la puerta estaba abierta. Ella, si se lo permitía, quería hablarle.

—Usted los conoce, imagino... A los que viven allí, quiero decir...

—Hace años que nadie preguntaba por ellos. Pase, señor, pase y tome asiento, por favor. Debo hablarle... Fue una desgracia, una desgracia terrible...

—¿Una desgracia...?

—Por supuesto que los conocí... y bastante. Él era muy apuesto, un joven muy apuesto y sencillo... Un verdadero ángel, señor... Muy tímido, demasiado tímido... Ella lo arrastró...

—¿Lo arrastró...? No entiendo nada de lo que dice, se trata de una lamentable confusión, estoy equivocado...

—No, usted no está equivocado. Usted vino donde debía venir. No tuvo alternativa. Ella lo trajo. No me pida que le explique cómo lo hizo, porque no sé; pero lo hizo. Ella lo trajo.

—¿De qué habla? ¿No le parece que esto es una locura...?

—Hablo de ella, señor, de Olga, mi hermana. Era muy dominante. Dominaba a un ángel, se vino con él, lo apartó de mí... Y él... él me quería...

—¿De Olga...?

—Claro, de ella... Fue una historia terrible... y dolorosa. Después, hizo que viniera yo también... Para celebrar su triunfo... para mostrármelo día a día...

—Pero... Olga, Olga es...

—Olga fue mi hermana. Pero de eso hace mucho tiempo. Ahora... Ahora ella no está... ni él tampoco. Hice cosas, señor. Hice cosas que una persona no debe hacer y que la sociedad no debe aceptar. Pero no tenía otra salida.

Ella lo trajo, lo apartó de mí... ¿Entiende...? Y lo dominaba... Era una mujer perversa, sin ninguna dignidad... Falsa hasta el fin.

El escritor iba a insistir en la confusión que parecía alimentar aquella charla incomprensible. ¿Olga? ¿Su hermana? ¿Ella lo arrastró? ¿Una mujer perversa, dominadora? ¿Se vino con su ángel? No pudo hablar. Algo, más allá de todo entendimiento, aconsejaba permanecer en silencio... Miró los pies de la mujer. Estaba descalza.

—Ah... Claro... Es una vieja costumbre de familia. Olga hacía lo mismo, recuerdo... Era muy dominante... ¿Quiere un café...? ¿Sí...? Oh, perdone... Olvidaba que se terminó... ¡Hace tanto que nadie preguntaba por ellos...! Y usted, señor, usted es demasiado joven. No pudo conocerlos... Ahora, ellos no se encuentran. Pero el apartamento está igual; no he cambiado nada... Terrible, una historia terrible. Pero tuve que hacerlo. No tenía otra salida. Nunca la he contado a nadie... la historia. Llevo años guardándola en secreto. Muchos años... Ella lo condujo hasta mí para que yo se la contara, para vengarse... y humillarme otra vez. Ya estoy vieja, de todas maneras; no importa si usted la sabe... No importa... ¿Tiene tiempo...? ¿Se la puedo contar...?

La mujer contó la historia. Era una historia ardiente, procaz, hórrida e inolvidable, que se iniciaba en Moldavia y aquí parecía concluir, en labios de esa atormentada mujer.

Después, fueron al apartamento. Todo parecía estar allí: el sillón, las sillas, la mesa... No logró ver el tarro de café; tampoco la flor. Esta, pensó, había soltado sus pétalos al fin. El ventanal estaba sucio, lleno de polvo. Fue necesario hacer un esfuerzo para distinguir los edificios y el trozo de cielo. Los zamuros, aún, trazaban círculos en él.

Olga... ¿Quién era Olga...? Y esa mujer, ¿era la hermana en realidad? ¿Hermana de quién? Se parecía tanto a ella...

—Señor, hice lo que pude —dijo el taxista—. Allí está Crema Paraíso. Pero ese edificio no existe. No puedo encontrarlo.

—Por supuesto que existe. Yo lo conozco, he estado allí. Usted dio muchas vueltas, se perdió en San Bernardino. Lléveme a Los Próceres, a la parada Los Próceres. Ya verá que tengo la razón.

El taxista dio varias vueltas más antes de llegar a esa parada. Allí, acató la orden de esperar. El escritor bajó del taxi y se aproximó a una mujer entrada en años. Hablaron algo que el taxista no pudo escuchar. Parecían incrédulos y disgustados.

—Esa mujer está loca —dijo el escritor al volver al taxi—. Acepto que me insulte porque en una oportunidad estuve a punto de tropezarla. Pero es mentira que desconoce el edificio que busco. Ella vive allí. Ella es hermana de la mujer... ¿Entiende?

—No, señor, no entiendo nada. Esto es imposible. ¿Qué le parece si regresamos?

El escritor accedió. Sabía, aun dentro de su angustia, que algo no estaba marchando. Sabía que alguien estaba equivocado. Sabía, tenía que saber, que él estaba cuerdo. Recordó el encuentro en el vagón del Metro. Recordó el grito que dio a la mujer mientras esta abandonaba ese vagón. Recordó la reunión con los escritores, la historia de la hermana en Moldavia. Se indignó por los engaños sufridos. Todos se burlaban de él. Todos. Pero no aceptaría más burlas. Si todo era irreal construc-

ción: la historia, el guión, el cineasta, la mujer vieja que una vez pudo tropezar y que luego contó aquella historia; si todo eso era falso, había certezas indudables: el encuentro con la mujer en el vagón del Metro y hasta su quizá construida dicción exquisita, a partir de un nombre que fue incapaz de retener; el apartamento con el ventanal; la llamada que tanto esperó y por la cual había tomado aquel taxi, si en verdad...

Pagó la cuenta al taxista, porque era justo proceder así. Abrió la reja de su edificio, porque era una maniobra imprescindible. Entró en su apartamento, porque quizá había estado fuera de él. Todo seguía igual en el apartamento: las sillas, el sillón, la mesa, la flor y el ventanal. Sobre la mesa, estaban el teléfono y la flor. Tomó esta entre sus manos y la deshizo. Vio, por el ventanal, un trozo de cielo. Los zamuros trazaban círculos en él. Ahora, debía esperar una llamada. Sentado en el sillón, con un tarro inmenso de café, la esperaría. No tendría apuro cuando ella llamara. La dejaría hablar; aun dentro de su confusión idiomática, la dejaría hablar. Ella debía explicar muchas cosas: su relación con el cineasta, la historia de su hermana en Moldavia, aquella prudencia para indicarle que lo amaba y, sobre todo, como había hecho el cineasta, explicar la manera exacta de encontrarla en el apartamento, allá, en San Bernardino, muy cerca de Crema Paraíso.

Boquerón

I

Desde hace meses, estoy a cargo de la División contra Homicidios. Fui nombrado para llevar adelante su modernización, ponerla acorde con los tiempos e igualarla con las demás dependencias del organismo. Por una razón que ignoro, esta División arrastraba señales del pasado, vivía sumida en él, y hasta conservaba archivos tradicionales para llevar los casos. No permití que siguiera igual. Asumí con decisión mi puesto; jamás perdí el tiempo en contemplaciones (porque ni siquiera el Ávila, que observaría con solo acercarme a la ventana de mi oficina, obstruyó mi labor) y hurgué los archivos para seleccionar lo que vale y botar lo demás. Fue una tarea titánica, pero muy pronto la automatización será realidad y podré informar a la Dirección General que el final de una época se ha consumado. Me sentiré feliz cuando lo haga. Todavía no, pero muy pronto. Aún queda un archivo por investigar y transcribir al computador: el de Juan Achares.

II

Algunos archivos dicen mucho de sus propietarios; parecieran ser una extensión de ellos; revelan un orden, cierta predilección, determinados

giros en el enfoque de temas, exclusivos. El de Juan Achaes no es menos exclusivo, pero si necesitara designarlo con exactitud, diría que es insólito; tanto, que he tardado semanas en discriminar su contenido y muchas otras en tomar la decisión de eliminar este por completo... No. No por completo. Conservaré una foto de Achaes, tipo carnet, que muestra a un hombre maduro, con el pelo liso, a lo indio, los hombros caídos y un enorme lunar en la barbilla. ¿Por qué? Tal vez porque sea la manera de ofrecer mis respetos a quien fuera jefe de esta División y luego cayera en el olvido que construye el tiempo. Nadie te recuerda, Juan Achaes. Nadie sabe de ti ni tiene memoria de un caso que investigaste. No digo que tus procedimientos, durante la investigación, hayan sido los mejores. Afirmando que si fue cierto lo que contaste, mereces mi acogida, aunque nadie recogiera los frutos y la única pista se haya perdido. Digo que si fue falso, me llenas de admiración y de congoja.

III

Esta ciudad ha cambiado desde entonces; pero aún mantiene ciertas características que la relacionan con aquella en donde trabajó Juan Achaes: edificios disparados hacia el vértigo; puentes sobre caños fétidos picoteados por garzas y en cuyas laderas abundan los mendigos; autopistas que la cruzan, como relámpagos, y todavía, pero ahora más destartada que en aquella época; todavía otra que se deshace y que la comunica con el litoral. Esa autopista lleva al viajero desde Caracas, la ciudad de Achaes, hasta La Guaira, el gran puerto del litoral y punto desde el que se dispersan los amantes del mar, hacia playas cercanas. Dos montañas, remanentes del Ávila, obstruirían la llegada a La Guaira, si el ingenio no hubiera sido suficiente para cavar túneles que permitieran el paso de la autopista. Cuando era niño, me maravillaba ante la presencia de esos túneles; y aún más, ante el prodigio que significaba comunicar entre sí, dentro de

uno de ellos, las vías en uno y otro sentido de circulación, mediante túneles menores que dejaban ver, fugazmente, el paso de los vehículos que se dirigían en sentido contrario al observado por el que me conducía. Para mí era vital observar esos pequeños túneles; me extrañaba si otros no lo hacían, y mi extrañeza ha llegado al escándalo, ahora, cuando he podido comprobar que nadie los mira o les da importancia, y que muy pocos los recuerdan siquiera. No estaba yo al tanto de saber, entonces, que en uno de esos túneles menores se desarrolló parte de la historia que intento olvidar. Pero, aun antes de entrar en materia, como diría un profesor, es necesario dar ciertas explicaciones: algo así como los detalles preliminares de una clase, las fuentes consultadas, algunas referencias, la bibliografía que necesitará el participante para esclarecer o completar las ideas que serán expuestas.

Conocido es el hecho de que el primer túnel desde Caracas hacia el litoral lleva por nombre Boquerón 1. También es del dominio público que ese túnel sufre de desperfectos en el sistema de reciclaje de aire y que se dan *trancas* enormes del tránsito, sobre todo en las llamadas *horas pico* y en los días de asueto laboral, cuando los habitantes de Caracas acuerdan tostarse bajo el sol y acuden a las playas. Durante las *trancas*, todos sienten síntomas de asfixia dentro de Boquerón 1, por la falta de aire y la presencia de gases tóxicos, y más de uno ha salido de él con el rostro pálido y el ritmo cardíaco inestable. De hecho, muchos usuarios han llegado a imaginar que son mineros y que la salida solo será posible luego de una larga, penosa excavación. La historia de Juan Achares, su posible historia, tiene que ver con ese Boquerón, en especial, con su primer túnel menor. En ese interconector, así lo llamaremos para evitar confusiones, ocurrieron con seguridad tres acontecimientos, y quizá otros. Digamos, antes del final, que Boquerón 1 exhibe cuatro aceras, situadas a ambos lados de sus dos vías, tal vez pensadas para el urgente paso peatonal o para darle sentido a los prodigiosos interconectores.

¿De qué otra manera, si no, se tendría acceso a ellos? Y señalemos, para finalizar, que aún permanece una costumbre, prohibida y peligrosa: bajar al litoral caminando.

Quienes son descubiertos, caminando por la autopista, tomando una acera de un túnel, merecen el arresto. Pero muchos lo hacen sin ser vistos.

IV

Queda poco sobre Juan Achares; o queda mucho, si las suposiciones cuentan: fue jefe de la División contra Homicidios, a la que dirigió con algunos escrúpulos: algo tal vez acorde con quienes, como él, se reconocen súbditos de los placeres cultos (la música y la poesía, por ejemplo) y de los viajes solitarios (a una playa tal vez, que constantemente pudiera ser la misma); y fue también, como consecuente —o precedente— de los escrúpulos, un soltero constante que desarrolló ciertas manías: gusto por el orden y la exactitud (le molestaba abandonar un caso no resuelto), urgencia de acato (no aceptaba ninguna duda sobre sus procedimientos y finalidades, aun cuando de primera fueran inexplicables) y pasión coleccionista.

En relación con este punto, existe un fragmento donde se nota que Achares coleccionó pequeños objetos: una concha, un sacapuntas, un clavo muy viejo, una cabeza de terracota, un cepillo, un gato de vidrio, una olla y dos espejos que junto con otros más voluminosos: el tocadiscos Telefunken, la cómoda, la cama, los libros y los discos, tal vez fueron lanzados al basurero cuando dejó de ir a la pensión en donde siempre vivió.

Parte de lo anterior, pero sin duda todo lo demás, está escrito y corresponde a papeles (la mayoría, documentos oficiales) guardados en su archivo. Todos tienen que ver con un caso de supuestos mendigos, encontrados sin vida en Boquerón 1. Una relación no pormenorizada

del contenido de los papeles, ya que obvia muchos detalles inútiles, arroja lo siguiente:

A. Documentos indicadores del asunto

I. Sujeto hallado muerto en Boquerón 1, primer interconector, autopista Caracas-La Guaira.

1. Causa de la muerte: envenenamiento.
2. Motivo: inhalación de gases tóxicos.
3. Señas particulares: pelo largo. Bigotes. Barba. Ausencia de trabajo odontológico, reciente o antiguo. Ausencia de huellas dactilares, por quemadura.

4. Sexo: masculino.

5. Edad: adulto. 40 años, aproximadamente.

6. Identificación: negativa.

Observaciones: el cuerpo pudiera pertenecer a un mendigo, como se desprende de la vestimenta, barba, bigote, pelos y estado sanitario general. El deceso ocurrió varios días (2 o 3) antes de encontrar el cuerpo.

II. Sujeto hallado muerto en Boquerón 1, primer interconector, autopista Caracas-La Guaira.

Los puntos y las observaciones, tienen el mismo contenido que en I. III. Igual que I y II.

B. Documentos relacionados con la investigación

I. Que tratan sobre la apertura de la investigación. II. Que reflejan el estado de la investigación.

1. Sin información positiva acerca del caso.

2. Nuevamente, sin información positiva, pero con un examen preciso de fechas y fases lunares.

3. Sin información positiva, pero alertando sobre una sospecha (no determinada en el documento). Achares menciona un viaje al litoral y el desvanecimiento que sufrió en Boquerón 1.

4. Solicitud de aclaratoria, por parte de la Dirección General, acerca de la sospecha.

5. Negativa de Achares, por encontrarse en estado de presentimiento. (Palabra subrayada por el autor). Achares compara su situación con el afinamiento de una orquesta antes de iniciar el concierto, o con el lentísimo inicio de este (Subrayado de Achares).

6. Solicitud de la Dirección General, para que estudie la posibilidad de remitir el caso a la División contra la Delincuencia Organizada.

7. Respuesta enfadada, en la cual Achares da a conocer su desacuerdo y solicita tiempo para concretar su sospecha. Afirma que el estado de la investigación es similar a un Adagio y sostiene que pronto, si está en lo correcto, llegará el Finale. (Subrayados del autor).

8. Solicitud de la Dirección General, para que el caso sea pasado, sin demora, a Delincuencia Organizada.

9. Negativa de Achares, con nota en la que da a conocer el estado de presentimiento en que aún se encuentra la investigación. Menciona su acercamiento a mendigos (sin resultados positivos, hasta el momento) y su convicción sobre la validez de los presentimientos para resolver muchos casos.

10. Documento conciliador de la Dirección General, que ofrece otra oportunidad a Juan Achares, pero solicita poner el caso en manos de un subalterno.

Habla de la necesaria división del trabajo, de la extrañeza porque un caso tan secundario esté a cargo directo del Jefe, del inconveniente que constituye para la moral y el comportamiento de los subalternos, de la barba que últimamente se ha dejado crecer, etcétera. Habla, en otro párrafo, del peligro de contaminación por relacionarse con mendigos.

11. Respuesta indignada, en la que Achares deja ver la importancia del caso y de que sea él quien siga investigando, pero no razona la respuesta.

Afirma que podría ser el asunto más difícil y delicado que haya pasado por la División, pero no dice por qué. Asegura también que nada le extrañaría si finaliza en un Andante. (Subrayado del autor).

12. Orden terminante de remitir el caso a Delincuencia Organizada.

13. Negativa de Achares, con insulto, elevación y el cuerpo de un poema.

14. Carta-destitución de Juan Achares como jefe de la División contra Homicidios.

C. Documento no oficial

El escrito que se encuentra en este documento, nada oficial, como se desprende de su lectura, pudiera ser la lenta confesión de un propósito. Está incompleto, tal vez porque Achares olvidó llevarlo consigo cuando lo destituyeron y luego no tuvo acceso a la oficina para rescatarlo; tal vez porque quiso olvidarlo para que otro lo descubriera; tal vez porque era imposible completarlo. Sea cual sea la respuesta, su contenido es desgarrador. Fue escrito con pausa, si no con esmero, lo que descarta cualquier realización de último momento:

Mi nombre es Juan Achares; tengo 36 años, y más pronto que tarde dejaré de ser jefe de esta División contra Homicidios. No importa; mi propósito supera toda jefatura y mi única vindicación será cumplirlo.

Pocas veces he denigrado de otros o he abusado de mi posición y observo igual deferencia cuando trato con grandes señores, con delincuentes o con mendigos. Estos últimos, sobre todos, merecen mi respeto, porque entiendo que en buena medida somos culpables de cuanto les sucede.

Han pasado meses desde que encontraron un cadáver en el primer túnel interconector de Boquerón I. La persona había muerto envenenada por in-

halación de gases tóxicos, como lo demostró la autopsia de ley. La persona era un hombre como de 40 años; tenía los dedos quemados (al parecer, mediante un procedimiento ejecutado con lentitud, porque no había señale de heridas fulminantes), y carecía de otras señas particulares que facilitarían su identificación, aparte de la barba, el pelo y los bigotes bastante crecidos. Nadie reclamó su cuerpo en la morgue. Un vagabundo. Un mendigo. Caso cerrado, desde el punto de vista policial. Aunque parezca increíble, yo, que no practico la negligencia, así lo supuse y admití.

Pero tres meses después, se presentó una situación similar; y cuatro meses más tarde, el acontecimiento se repitió.

Luego de la aparición del segundo cadáver, era prudente suponer que no se trataba de casos fortuitos: el hecho de que los cadáveres encontrados hasta ese momento carecieran de huellas dactilares, ameritaba esta suposición. Reuní entonces en mi oficina a los detectives bajo mi mando, aun cuando muchas veces dudo de ellos y desapruébo sus procedimientos, sobre todo al tratar con mendigos. Les hablé del caso y dije que no tenía ninguna sospecha, con la esperanza de que alguno de ellos asomara algo. Muy poco hicieron al respecto, salvo dejarse llevar por lo más sencillo, esto es, suponer que las muertes podrían relacionarse con alguna banda de malhechores que se estaba dando a la tarea de exterminar mendigos. Esta suposición haría que el caso pasara a Delincuencia Organizada; pero un detalle, esgrimido por ellos a su favor (la ausencia de huellas), hizo que, por el contrario, lo retuviera en mi División. No podía aceptar que una banda organizada fuera tan pulcra como para raptar mendigos, tenerlos varios días (quizá meses) en su poder para quemar las huellas, y luego abandonarlos en un túnel para que murieran envenenados. Eso era pedir demasiado. ¿Para qué el anonimato del mendigo muerto? ¿O tal vez no eran mendigos, sino rivales en la delincuencia o gente de buena posición, que ahora eran eliminados por venganza u otro motivo? Imposible. Las luchas entre bandas son detectadas siempre por agentes infiltrados o por delatores a sueldo. La desaparición de una persona honorable, nunca pasa inadvertida,

aun cuando la honorabilidad sea dudosa. Imposible. Eran mendigos; personas cuyo pasado se desconoce y cuyo futuro no existe: anónimos perennes. Carecía de sospechas. Todo era brumoso. Sin embargo, retuve el caso; todavía más, lo asumí personalmente, decisión esta última que produjo gran alivio entre mis subalternos, aquel día en que me reuní con ellos.

La noche de ese día llegué a mi cuarto. Todo estaba igual en la pensión. Siempre, todo está igual en la pensión. Los mismos dueños. Los mismos inquilinos. El mismo silencio. Acaricié el viejo gato de cristal que reposa desde siempre sobre la cómoda. Tomé dos espejos y me dispuse a observar los alrededores de mi cabeza. Hago lo mismo, desde hace tantos años, que ya tal vez ni siquiera mire, en verdad, y el ejercicio no tenga más propósito que el de repetir un hábito. Saqué de un bolsillo un clavo viejo, gastado, sucio, que durante el trayecto a la pensión —y a pesar de la oscuridad— había divisado en el suelo. Tal vez hiciera juego con el gato, el sacapuntas, la olla abollada de tanto tiempo y mi polvorienta cabeza de terracota —pensé—. Y en verdad hacía; se llevaba bien con todos ellos, y hasta con mi pequeñísimo cepillo de lustrar zapatos... Qué poca riqueza la mía. Qué tiempo perdido, entre asesinatos y otras vilezas... Una concha de mar, es posible que falte una concha de mar. Cuando vaya a la playa, la recogeré... Creo que solo me salva de la locura este vicio por la música y los libros. Pathétique, Pathétique, que nunca se olvide tu final —decía, aquella noche—. Entonces, puse la obra sublime: y un río de angustia y dolor bañó mi cuerpo. Sería falso afirmar que me sentía transportado. No. Yo estaba allí y mi nombre seguía siendo Juan Acharés. No. Pero, a la vez, mi nombre eran todos los nombres y mi dolor era más grande, porque a él se sumaban todos los demás... Debes calmarte, Acharés; debes hacerlo, este es solo el comienzo de la investigación. Si flaqueas ahora y te dejas llevar por la angustia, nunca llegarás siquiera a una sospecha. El libro aquel, búscalo, el libro de Cadenas que jamás te abandona; regresa a él, Acharés, ve de nuevo a sus páginas, lee los versos que te ofrece, másticalos, trágalos, hazlos parte de ti:

«Cuanto he tomado por victoria es solo humo...».

Una pulsación, un instante eficaz, ¿dónde encontrarlos? Presentimiento, ¿por qué laceras y no te dignas emprender el ascenso? ¿Qué debo hacer? ¿Cavar en la mente y enterrarme en ella para encontrarte? ¿Morderte quizá? ¿Cómo encontrarte, si tu virtud es el escape y eres la cuerda más delgada, el rumor más lejano...?

Tengo meses sin ir al litoral. Esto quizá se relacione con un breve desvanecimiento que sufrí la última vez en Boquerón 1 y con la circunstancia de que días antes, habían encontrado allí, en el primer túnel interconector, el tercer cadáver... Era un hombre de mediana edad, su muerte había ocurrido en iguales condiciones que las anteriores y, por supuesto, sus huellas dactilares habían desaparecido. No pasé por alto el asunto del tiempo: tres meses separaban, una de otra, las primeras muertes; cuatro, la segunda de la tercera; siete, la primera de la última. Parecía difícil encontrar allí alguna respuesta, porque en principio no existía un orden temporal determinado. Pero un segundo examen de las fechas permitió descubrir que los tres casos se produjeron durante luna nueva. Esto, que no era mucho, permitía derivar, al menos, un deseo (o una necesidad) y presumir un espacio dentro del día para llevar a efecto el hecho: este se produciría durante la noche, porque cuando hay luna nueva las noches son más oscuras; este, por lo tanto —y resultaba obvio que así fuera— no debería ser descubierto durante su ejecución. Tenía, entonces, que la persona llegaba (o era conducida) al lugar de los hechos en una noche de luna nueva. ¿Cuál noche? Imposible de saber, porque los mendigos tenían varios días muertos cuando fueron descubiertos.

Por otro lado, si analizamos los tiempos transcurridos entre una muerte y otra, e identificamos la primera con el número 1, surgen las cifras 1-3-7, que en esa secuencia, podrían resultar de una serie obtenida mediante la duplicación del último número precedente, más uno: 1, 3, 7, 15, 31, etcétera.

Este análisis implicaba suponer otras muertes. Yo las suponía, y estaba seguro de que reflejaban algún tipo de orden entre ellas y con las anteriores. Pero un estudio de la serie descubrió que portaba un defecto: el veloz crecimiento de sus números. De ocurrir otra muerte, la cuarta, tendría lugar 15 meses después de la primera; la quinta, 31 meses después; la siguiente, cinco años y algunos días. Debía pensar que si alguien programó los sucesos a partir de una serie, era capaz de encontrar otra cuyo crecimiento no fuera tan atroz como en esta. Pensé que la respuesta no era matemática (aunque dejé dentro de un paréntesis la cuarta cifra) y moví mi pensamiento hacia puntos previos.

Las personas tenían que haber estado expuestas a los gases tóxicos por bastante tiempo antes de morir: varias horas al menos; porque esas muertes no son instantáneas y porque los mendigos llegaron de noche —si estaba en lo cierto—, cuando el tráfico es menor y la contaminación también. Sus cuerpos no mostraban signos que revelaran lucha. Tampoco estaban amarrados. Las personas estaban libres, podían movilizarse si lo deseaban, podían dejar el túnel o pedir auxilio... Entonces, qué horror, aun si fueron conducidas al lugar, permanecieron allí porque querían hacerlo... ¿Quién puede querer algo así? ¿Por qué? La razón tendría que ser muy poderosa. ¿Una secta fanática, acaso? ¿Fanática de qué...? ¿Una protesta contra algo? ¿Para qué, entonces, la necesidad (o deseo) de anonimato? No tenía respuesta.

Luego de los cálculos y de las deducciones, un domingo bajé al litoral. Quería estar por dos horas en la playa, el tiempo que habitualmente dedico a esa distracción. Iba lleno de angustia, por las muertes. Me angustiaba el estado de suspenso y llevaba dentro de mí aquella extraña noche transcurrida en mi cuarto. Rafael Cadenas y Tchaikovsky habían producido un movimiento, entonces, del que aún no me había liberado, y del que ya no creo poder escapar. «Fracaso», el poema, había participado como catalizador, y aun a costa de trasgredirlo, en la apertura de un camino todavía borroso; y la Pathétique... la Pathétique parecía acecharme, estar en espera de un momento propicio.

El tráfico estaba infernal. Muy lentamente, me acerqué a Boquerón I. Avanzaba unos metros y me detenía. Avanzaba otra vez y volvía a detenerme. Mi viejo carro puede reventar, pensaba. Pero no era el carro, era yo quien podía reventar. Sentía más calor cada vez que avanzaba. Comencé a sudar. Tenía pesadez, algo parecido al sueño, cuando mi carro alcanzó la primera interconexión. Vi, entre neblinas, el pequeño túnel, el sitio donde otros habían muerto... y creí desvanecerme y acaso comprender (o mejor, presentir) el motivo de aquellas muertes... El carro chocó con el de adelante. Una colisión sin importancia entre dos parachoques, pero suficiente para sacarme del sopor y permitir que, todavía entre sueños, inquietudes y sombras de presentimientos, alcanzara la salida del túnel.

La playa que me acogió, dejó de ser por algún tiempo playa; aquella vez, el mar, la arena, el sol, también se transformaron; todo, a mi alrededor, mutó su esencia. Solo una música flotaba, requiriendo toda mi concentración. La Pathétique había comenzado: el formidable Adagio inicial, antesala para un lamento enorme, inexpresable, que tendrá en el Finale (justo en su Andante) la más nítida entrega a la perfección y el dolor, se abrió paso para indicarme lo que debía hacer en adelante, si en verdad deseaba (y ya lo deseaba, a cualquier precio) esclarecer aquellas muertes. Mas, ¿sería posible que cuanto me señalaba aquella música fuera la solución? ¿Sería posible? ¿Mutar yo, también? ¿Qué lograría con ello? ¿Los conocería? ¿Llegaría a saber por qué lo hacen? ¿Mutar, hasta qué punto? ¿No habría otra salida...? Otra, otra salida, por favor... No. Otra no existe. ¿Quién podría creerte? Nadie; y menos que nadie, los de la Dirección General...

Tomé una concha de mar, antes de volver. ¿No había sido ella, la razón de mi ida a la playa?

Sé que después de mi transformación en el túnel y en la playa, he caído en deslices. Recurrí al fotógrafo para obtener una imagen de mi rostro. Quería saber qué habla pasado con él. Entendí que nada, aún (lo mismo habían

dicho mis espejos), y la guardé en el archivo. Vendí mi carro, sin motivo alguno, y llené mis informes con anotaciones poco ortodoxas: la Pathétique se cuela en ellos. Pero en verdad, cada día me importa menos lo que otros piensen. Estoy convencido de que nadie más comprenderá la respuesta, si existe y la consigo. ¿Quién, salvo yo, puede participar de este afán que en los últimos tiempos me ha llevado a tener relaciones con mendigos?

No fue sencillo lograrlo, porque mi presencia los ahuyentaba. Eran amables, aunque desconfiados al comienzo; y se prendían de cualquier excusa para huir, o lo hacían simplemente y sin motivo alguno. Está claro que no somos merecedores de su confianza. Nos ven como extranjeros que han venido de otro mundo para mancillarlos. Nuestra vestimenta no les causa envidia; les molesta, perturba sus sentidos, y nuestro olor es sencillamente despreciable. Todo hombre lampiño causa conmoción entre ellos, y más de una vez me sentí rechazado por mis costumbres sanitarias. Pero tomé medidas: y en la misma proporción en que mi barba creció, mis ropas se acercaban a las suyas y mis baños se distanciaban, en esa misma proporción me iban aceptando. Ahora, algunos tienen confianza en mí, me hablan con soltura (sus conversaciones, invariablemente, acusan el desprecio que nos tienen; traen entre líneas una sed de venganza) y hasta se atreven a invitarme a compartir sus comidas. Estas tienen lugar bajo los puentes y de noche. La ciudad es otra cosa, vista desde esos sitios. Es un ser extraño, que exuda, se alarga y contrae del otro lado, después de una frontera señalada por la calle donde finaliza el puente. Este lado es el hogar. Aquí, echan chistes, cantan, celebran y eventualmente hacen el amor, aunque la mayor parte del tiempo permanecen silenciosos y nostálgicos. También pelean, pero sus riñas son insignificantes, porque no buscan jerarquías. Temen a los uniformados y a cualquier autoridad; sus frecuentes moretones explican este temor. (Jamás confesé que era autoridad. Tampoco me hubieran creído. Era imposible que una autoridad se vistiera como yo y compartiera sus comidas). Descubrí, con el tiempo, que poseen un sentido de la libertad desbordado. Nunca pre-

guntan por qué haces algo o dónde estabas. Solo los ata cierta diluida solidaridad, que aun así les ha permitido conformar especies de clanes bastante estables, aunque nadie se sorprende si alguno decide mudar de clan. Todos se sorprenderían —y mucho— si alguien no se instala en ninguno. Esto había ocasionado que mi aceptación no fuera total, porque sabían que vagaba de uno a otro clan, sin fijar residencia. Otra cosa no podía hacer, está claro, porque desde el viaje a la playa mi propósito siempre había sido encontrar entre ellos, alguna pista que me condujera a un grupo sectario determinado. Yo no contaba con mucho tiempo, si el número 15, a pesar de mis dudas, indicaba frecuencia y si entre los mendigos existía un grupo que, por alguna razón desconocida, estaba dándose a la tarea, insólita, dolorosa, de eliminarse uno a uno, cada tantos meses, en Boquerón 1. Pero el tiempo es otra cosa para ellos; carece, al menos, de la exactitud que exigimos del nuestro; también, en gran medida, de la función social que le otorgamos. Cuando lo miden —esto sucede en pocas ocasiones— suelen realizar marcas en un muro cualquiera. Una marca puede indicar que alguien se fue. Si regresa, tachará la marca; en caso contrario, la marca seguirá allí. También puede suceder que el estado de un árbol sirva como indicador: Cuando el árbol tal estaba florecido, comí tal cosa, o encontré unos zapatos en el basurero, o la policía me entró a coñazos, supongamos. Sin embargo, el método más usado es el de la luna. Iremos a determinado sitio cuando la luna mengüe. Dentro de tres crecientes, fulana parirá.

Debo resaltar que estos procedimientos casi nunca implican comunicación; por el contrario, se restringen a una medida individual. Si otro la capta, será por azar. Medir para sí mismos, en un estado de introversión y nostalgia tenaz, es lo que hacen habitualmente... Yo, de todas maneras, no contaba con mucho tiempo, porque el 15 y las muertes...

Entonces, con temor, pero decidido, fui de grupo en grupo haciendo preguntas. Preguntaba si sabían sobre los que murieron en el túnel; si los habían conocido; si formaban parte de sus grupos o de otro que yo desconocía.

Nadie respondía. Se hacían los desentendidos, hablaban de otra cosa. Pasado el tiempo, sin embargo, uno respondió. Dijo que eran gente muy rara, pero recalcó que los admiraban. Son gente jodida, dijo; gente que no le teme a nada. Con ella solo están los templados, los que no se devuelven; porque el que está con ellos, solo está con ellos. Yo soy de acá, de este grupo, de mi familia casi, pero puedo salir y visitar otro grupo, y hasta mudarme si quisiera. El que es de allá no, nunca abandona el grupo, y apenas te saluda si lo consigues arriba en la ciudad. Cualquiera puede ir donde ellos están, tú y yo podemos ir; pero entonces no podemos salir, nadie puede salir ni parece que quisiera. Porque sería muy fácil si quisiera, ¿verdad?, sería muy fácil llegar arriba y en lugar de regresar allá, donde están los suyos, en vez de hacerlo, venirse para acá o para cualquier otro lado. Pero no lo hacen —me dijo—. Aunque salgan, siempre regresan al mismo sitio. ¿Sabes por qué? Porque son gente templada, arrechos, como se dice. Una vez, cuando era luna llena, uno de ellos se enfrentó con la policía. Lo jodieron, pero él también jodió.

Ahora, si me preguntas por qué se van al túnel y se matan o lo que sea, qué sé yo; si me preguntas por qué, la verdad es que no lo sé muy bien... Diría que es por esa cosa que uno le tiene a los de arriba, que son unos grandes carajos todos, con sus ropitas y corbaticas. Y si yo casi que no puedo verlos, porque andan hediondos todo el tiempo; si yo casi que no puedo, ellos menos, los de ese grupo no los soportan, no los pasan, ni por aquí los pasan ellos... Pregunté dónde podía encontrarlos, en qué sitio se hallaban. Me indicó que allá, en el puente donde están las garzas. Ten cuidado con esa gente, dijo. Ya sabes que el que va para allá, nunca regresa a otro sitio. Tú sales, caminas por arriba, buscas comida, lo que sea, pero siempre vuelves al mismo lugar. Te lo digo porque yo sé que es así. De pronto, un día me voy para allá, quién sabe.

A la mañana siguiente, me acerqué al lugar. Las garzas picoteaban en el caño. Cuatro hombres yacían cerca de él, bajo el puente. Estuve todo el día observándolos, desde lejos. Pocas veces intercambiaban palabras. De cuando

en cuando, uno de ellos se levantaba, iba hacia una pequeña fogata ubicada al lado del grupo y acercaba al fuego las manos, con las yemas de los dedos hacia abajo. Así estaba, hasta que el calor era insoportable. Entonces regresaba al grupo y otro se levantaba para realizar la misma operación. Magnífico. Así, lentamente, borran sus huellas. Magnífico... y un sentimiento de empatía me abrasó.

Era de noche cuando me aproximé a los hombres. Nada dijeron; acaso, me miraron. Eché al fuego unas ramas secas que había recogido en los alrededores. Me senté cerca de ellos; y así, sentado y mirando cómo se repetía la operación del fuego, pasé la noche.

Cuando amaneció, me lanzaron un pedazo de carne de garza. No la desprecié. Luego, sin pronunciar palabra, subí a la calle. Luego, pasé por la pensión para cambiarme de ropa. Luego me dirigí a la oficina. Todo olía mal en la oficina: los muebles, la persiana a la que suelo asomarme para divisar el Ávila, la gente que venía a preguntar algo, yo mismo con mi ropa molesta y vaporosa. Sobre el escritorio reposaban una solicitud y varios consejos de la Dirección General. Solicitaba que pusiera el caso en otras manos. Aconsejaba, indirectamente, que rasurara mi barba y me alejara de los mendigos. Estúpidos. Cochinos. ¿Qué pueden entender? Nada. Con esas ropas malolientes, nunca podrán entender.

Puse las cosas en orden, mediante una respuesta brillante, llena de indignación y musicalidad.

Entre dos selvas: la ciudad de día y la fogata durante la noche, ha transcurrido el tiempo. Y tal ha sido su transcurrir que ya mi progresión demostró ser inútil: a los quince meses de la primera muerte, nada sucedió.

La selva diurna me ofrece solo tormentos sistemáticos: ir a la oficina, dar órdenes sobre casos que nada me interesan a subalternos elusivos que parecen mirarme como se observa a un bicho raro, impregnar mi cuerpo con olores cada vez menos soportables; o preguntas difíciles de responder, pero

que, como cuchillos amolados rozando la carne, permanecen. ¿Por qué lo hacen? ¿Para qué el anonimato?

Jamás un asomo de respuesta se ha inferido de sus conversaciones, siempre parcas; y mi relación con ellos, aunque amplia, sincera y hasta aceptada, no deja brechas para que formule esas preguntas. Me quedan, entonces, las suposiciones como respuestas. Selecciono dos, dentro de miles: venganza y libertad.

La primera es plausible y se ajusta al sentir de los mendigos con respecto al hombre de la ciudad. Vengarían la indiferencia, los maltratos, el anonimato en que los han sumido. Las huellas no deben existir, porque la venganza implica una perturbación. Investigarán, porque no hay huellas. Buscarán respuestas y no las hallarán. Elaborarán informes, tediosos, insustanciales, que les harán proseguir con las investigaciones. Efectuarán cálculos, mostrarán series premonitorias, y todo será inútil.

Venganza a través de la muerte. Venganza cuyo costo la haría imposible de entender para la gente de la ciudad. Sin embargo, venganza posible —y hasta lógica— para quienes han dejado la vida desde hace mucho y se encuentran metidos en un boquerón.

La segunda, puede expresarse con pocas palabras; requeriría de mucho tiempo para comprenderla. La segunda dice que lo hacen por libertad.

Los he conocido y puedo asegurar que sus ataduras son mínimas. Nada los ata al pasado; tampoco al futuro, y la vida en clanes, el presente, es solo una situación transitoria que no implica compromiso. Pueden hacerlo. Solo ellos tienen esa libertad sin restricciones. Pensar que tal vez lo hagan por venganza, desesperación o enloquecimiento, equivaldría a desvalorizarlos o a desconocer la pausa y método con que realizan ese acto. Lo hacen porque son libres para hacerlo y pueden seleccionar el momento de la muerte y la manera de morir. Bastante, para quienes han dejado la vida desde hace mucho y se encuentran metidos en un boquerón. Las huellas son innecesarias.

rias: nunca las han tenido, en realidad. Borrarlas es solo la consumación de un estado permanente.

Si otro lo hiciera, ¿por qué lo haría? Si otro los imitara, ¿cuáles serían sus motivos? No ciertamente la venganza ni la libertad. ¿El orden, tal vez? ¿La implacable mutación que no se detiene? ¿Cierta incapacidad para dejar cabos sueltos y no llegar al fondo del abismo? No sabría responder. Hoy respondo, únicamente, que el día se hace cada vez más tedioso y que la noche parece llamar con una fuerza primitiva.

La selva nocturna me atrapa. Sigo yendo, todas las noches, al puente de las garzas. Siento que mi aceptación es absoluta. A veces, hablo con los otros sobre cosas banales. A veces, atizo el fuego. Pero permanezco la mayor parte del tiempo, mudo e inmóvil, contemplándolos. Tienen una voluntad férrea, y pareciera que todo carece de importancia para ellos, con excepción del rito de las quemaduras. Van a la ciudad con menos frecuencia cada vez, y han permanecido días sin comer. Entonces, les procuro algún alimento (raíces, una garza que cazo a orillas del caño; antes, pero ya no, algo traído de la ciudad) y los veo comerlo con rapidez, para salir pronto de esa distracción. Solo cuando tienen mucha sed se acercan al caño y buscan una zona donde el agua se vea menos oscura. El resto del tiempo están yacientes o con las manos sobre el fuego. Un día descubrí unas marcas sobre las bases visibles del puente. Eran rayas horizontales, hechas para señalar algo. La luna nueva, dijeron. Así marcan su tiempo. Había ocho rayas, correspondientes a igual número de lunas nuevas ocurridas desde la última muerte. (Los tiempos señalados por la progresión, insisto, no remitían a nada verdadero. Había cometido un error, pero ya lo sospechaba). Supongo, porque aún solo puedo suponer, que la oportunidad para ir al túnel no está prevista del todo, sino que guarda vínculos con un sentimiento, con un estado del espíritu determinado, con un momento especial en que confluyen una fase lunar y una disposición (y ninguna serie numérica es capaz de incluir todas estas variantes).

Si debo confesar un sentimiento, diría que solo estoy acorde conmigo cuando estoy con ellos. Algo, de ellos, pareciera latir en mí con insistencia. He tomado, también yo, agua del caño. Atizo el fuego. Atizo el fuego. ¿Hasta qué punto llegaré? ¿Cuál será mi límite...?

Hoy, novena luna nueva desde la última muerte (o sacrificio), uno de los nuestros se prepara para ir al túnel (o a la piedra). Lo sé, porque anoche inscribió la novena raya y luego tachó todas, con vigor. También hoy, yo, el único identificable, dejaré esta oficina para siempre. Acabo de responder con ira y desde la primera suposición, una orden de la Dirección General para remitir el caso a Delincuencia Organizada. ¿Qué caso?, les pregunto. ¿Cómo voy a remitir algo que ustedes desconocen y no les interesa, a una División que no tiene ni una idea sobre lo que va a investigar? De todas maneras, señores, eso que ustedes llaman caso no tiene relación con delincuencia organizada, sino con odio organizado, desprecio y venganza. Desprecio hacia ustedes, hacia sus cochinas caras afeitadas, hacia sus modales y sus ropas. Odio y venganza, por lo que han construido a costa de ellos, los mendigos; por vapulearlos, tratarlos con infamia y menosprecio. Solo puedo agregar que nadie los mata ni interviene en sus muertes. Ellos se sacrifican, mueren, por una razón tan especial que, aun siendo venganza, sobrepasa los límites de lo que ustedes pueden comprender. Son extraordinarios, los mendigos, mis compañeros... Luego, copié un poema. Luego, miré mi foto y sentí que observaba a un extraño.

Quiero visitar la pensión y estar en mi cuarto. Sé que será la última vez. Quiero acariciar mi viejo gato, tocar los espejos, mirar la concha, mis libros y mis discos, usar el sacapuntas. Quiero ver el cepillo, la olla, el clavo, prender el Telefunken y escuchar el último movimiento de la Pathétique. Quiero ir al puente, después, y no volver más a la ciudad. Quiero tener fuerza para no flaquear cuando encuentre a los otros y un deseo enorme me incite a realizar lo que no debería hacer: quemar las yemas de mis dedos, borrar las huellas, eliminar la única pista. Quiero ser valiente para despedir al que se va, esta noche, y comenzar a inscribir rayas en el muro. Pero, por sobre todas las cosas,

quiero impregnarme de los sentimientos de mis amigos, para tener coraje, decisión, tenacidad, la noche en que decida la llegada de mi turno, y deba tomar con sigilo la autopista, dirigir mis pasos hacia Boquerón I, llegar por la acera al primer interconector y acostarme a esperar la placidez y el desvelo...

V

No he llegado a saber si después de las tres muertes, ocurrieron otras en condiciones similares; sé que Juan Achares no consiguió lo que se proponía. Al menos, no existe evidencia que lo demuestre. Sin embargo, ha pasado tanto tiempo desde aquellos sucesos, que nuestras oficinas han cambiado mucho. Resultaría posible imaginar que pueda haber ocurrido una falla durante el proceso de modernización. Tal vez el expediente del caso, con todos los recaudos (los que tengo y los que desconozco) que deberían reposar en el centro de informática del organismo, haya sido enviado al basurero antes de transcribirlo al computador. Tal vez fue transcrito, pero carecía de respaldo y durante una operación torpe fue sumido en la papelera.

Si alguna de esas opciones tiene validez, la historia de Juan Achares puede ser cierta, aunque no necesariamente en su totalidad.

Otra posibilidad es que todo se haya limitado a tres muertes y que las otras correspondan a un proceso de imaginación desenfrenada que sufriera Juan Achares durante sus contactos con los mendigos. Si esto fue verdad; si hubo esa infiltración por empatía, estamos ante un lance de conversión y de locura. Tanto si la historia es parcialmente cierta, como si es un producto de imaginación desenfrenada, Juan Achares podría estar con vida, aunque sería un anciano y quizá estaría loco.

Jamás me acercaré al puente de las garzas ni buscaré por la ciudad a un mendigo, anciano y lunarejo, que pueda recordar la figura de Achares. Hoy, cierro este caso para siempre porque, como dije, ni siquiera voy a

permitir que las tres muertes pasen al computador. ¿Para qué? Si la historia de Achares fue cierta, no podría entrar allí, ya que es un documento sin carácter oficial; si no fue, ¿qué obtengo con guardar tres muertes que a nada remiten? Restar capacidad de almacenamiento, nada más.

Voy a tirar todos estos papeles al basurero. Voy a olvidar (quién sabe) todo lo que he leído. Antes, leeré el poema que Achares remitió a la Dirección General...

Solo esto puedo hacer por ti, Juan Achares. Esto, y conservar tu fotografía.

Sonata

Diferentes autores han agotado los inútiles temas que provocan mis trabajos: Rudolf de Orellana, Franz Kafka, algunas veces Borges y, en nuestro medio, Julio Garmendia. Sin embargo, soy incansable lector de Poe y admiro aquellos personajes cuyas sensibilidades inauditas producen desesperación y muerte; o, por el contrario, producen vida y quizás esperanzas.

Formábamos una *célula*. Éramos cinco. Rodríguez, el obrero, el joven de los barrios, la perfecta representación de nuestro proletariado, todos sabíamos, era analfabeto. Rodríguez hacía los contactos; traía, irónicamente, el material para las lecturas nocturnas, en alguna casa variable, en lo que nosotros denominábamos reunión. Rodríguez apoyaba las huelgas, empuñaba un revólver desenfrenado, hacía los contactos, escalaba paredes, repartía el material que Julio nos leía todas las noches: encuentro en las montañas orientales: dos soldados muertos, emboscada en Falcón, asalto a una alcabala de *Cazadores* en El Guapo. Rodríguez era analfabeto.

Que yo sepa, ningún personaje cumple un papel esencial en mis trabajos. Mis *complementos* son revocables, diría que innecesarios. Lo im-

portante es el momento (otros hablan de clímax) que probablemente nunca se produzca o que ya pertenece al pasado, porque un círculo absoluto carece de referencias: simplemente podemos recorrerlo, imitarlo.

Todas las noches nos reuníamos en casas diferentes señaladas al azar, en un ordenamiento lógico de probabilidades. Rodríguez llegaba con los folletos: era el contacto. Allanada la Universidad Central: tres estudiantes muertos. Ametrallado un bloque en el 23 de Enero, leía Julio. Los otros personajes pueden ser Carlos, Eduardo, Libia. Nos sentábamos en cualquier parte. Algunas veces Julio nos observaba a través de sus lentes oscuros. En la sala, alguien veía televisión. Carlos enciende un cigarrillo. Libia espía por la ventana. Eduardo propone una acción: habla de un banco o negocio. A mi derecha está Guillermo, sentado en un rincón: anota algo en su libreta. Cada día es más difícil traer los folletos: tengo la impresión de que me siguen. Tal vez este revólver ni siquiera funcione. Sin darme cuenta, sin pensarlo, estoy aislado: los amigos tratan de no ser mis amigos, en el barrio. Ahora camino solo y la ciudad se extiende, burlona. Guillermo escribe en su libreta. Recuerda. Rodríguez estaba cambiando: no sonreía; estaba temeroso. Necesitaba descanso. Propongo que Rodríguez descanse: yo haré su trabajo. Se niega. Eso esperaba. Guillermo imagina que estoy flaqueando, pero es la soledad, las miradas que huyen, los pasos que me siguen, la ciudad. Julio lee sin parar.

Yo soy el contacto y recuerdo todos los portales de esta ciudad secreta. Libia espía por la ventana. Eduardo propone una acción. En la sala, alguien observa la televisión. Rodríguez está sentado a mi izquierda: él salta las paredes, empuña un revólver, temeroso, recorre la ciudad perseguido, protesta en la fábrica: es, todos sabemos, analfabeto.

La mayor parte de nuestra vida está compuesta por detalles inexplicables o borrosos. Una noche Julio faltó a la reunión. Dos días después, Eduardo nos confesaría que asaltaron un banco. Julio murió en la acción. Libia pretende vigilar por la ventana oscura: yo sé que espe-

ra a Julio. Eduardo, nervioso, sudado, nos observa con una expresión que entonces no capté; luego, a los dos días, él hablaría del banco, de la acción que se propuso una noche, de Julio disparando mientras él, Eduardo, huía, de Julio en el pavimento gritando coño me dieron, de Julio muriendo con el arma empuñada. Dos días después. Llega Rodríguez con los folletos; Julio, el lector, no aparece. Libia espía por la ventana: lo espera. En la sala alguien enciende la televisión. Rodríguez está impaciente por la tardanza de Julio: quiere que Eduardo lea. Este tiembla. Luego sabríamos por qué. No puedo leer, nos dice. Julio en el pavimento gritando... Libia lo espera: ella no sabe. Escribo en la libreta, sentado en un rincón. Pongo: Julio no ha llegado, Libia espera viendo por la ventana, Eduardo no puede leer, Rodríguez, el analfabeto, el obrero, está impaciente y toma un folleto. Hay que cumplir con la revolución, dice, y entonces lee, les juro que lee mientras anoto: tomada por sorpresa una población cercana a Jusepín: un muerto. Las fuerzas guerrilleras se extienden por todo el país. El gobierno tiembla. Las Fuerzas Armadas se desconciertan. Los generales de desfile discuten. Rodríguez lee mientras observamos callados, indecisos. Rodríguez, el joven de barrio, el contacto: el analfabeto.

Los personajes de Poe poseen una capacidad mental fuera de lo común: son seres hipersensibles, delirantes. Mi mayor preocupación dentro de la ficción es proponer una acción que, evidentemente, se desarrolle fuera de la obra pero que, al mismo tiempo, sirva como base para que ella (la obra) se resuelva. La ventana está semiabierta. Libia espera a Julio. Estoy sentado. Eduardo suda y mira a Libia. Rodríguez lee.

¿Todavía te acuerdas de nosotros...?

La mañana estaba despejada. El hombre, entrado en años, navegaba sobre aguas inmóviles, simplemente navegaba y entonces lo vio. En una parte poco visitada del estanque, en un lugar lleno de formas inéditas y acaso arbitrarias, en un sitio donde el agua está, si eso es posible, menos turbia que en otros y en donde nadie puede pasar por alto la aterradora hondura del lugar ni dejar de presumir el fondo pantanoso, allí sucedió algo extraordinario, allí lo vio: un pez asomó a la superficie de las aguas su lomo plateado y luminoso, sus negros y enormes ojos, su boca puntiaguda, sus aletas violáceas. Era alargado y brillante, medía cuando menos veinte centímetros, era flexible, ágil. Qué asombro ante aquella visión inexplicable, qué alegría... o temor. Existía, estaba allí, era un hermoso y brillante pez, un pez en el estanque, a pesar de que aquellas aguas eran consideradas como muertas desde hacía muchos años.

El estanque es una extensa superficie de aguas descompuestas que la luz del sol no logra iluminar por completo, ya que una niebla perpetua está posada sobre ellas acentuando la monotonía del lugar. Una sensación arcaica de algo pastoso, producida por lo que pareciera ser una ge-

latina en vías de modificar de estado, se adhiere a las aguas del estanque como viscosas sanguijuelas.

¿Recuerdas, Rebeca, recuerdas aquellos momentos de intenso amor?

Volvió a la casa corriendo y le contó a su mujer lo ocurrido. Le dijo que saldría de pesca, le dijo que iba a pescar lo que tal vez sería el último pez del estanque.

Rebeca era poco tímida y no escatimaba momentos para hacerle saber la ridiculez de sus propósitos imposibles. Él la seguía amando, sin embargo; o acaso también por eso ella lo seguía amando. Le dijo:

—Sigues perdiendo el tiempo, otra vez buscando lo que no existe... como siempre. El estanque está muerto, cuando nacimos ya estaba muerto, cuando nacieron nuestros abuelos ya estaba muerto. Bien sabes que es así.

—Pero yo lo vi, mujer, lo vi de cerca, estaba allí donde el estanque parece más hondo, yo vi sus ojos y sus aletas...

Si ella fuera más comprensiva, pensó el hombre, si ella lo acompañara más en sus andanzas tal vez olvidaría o cuando menos... Pero él tampoco puede olvidar, y si siguen juntos es porque son viejos y a esas alturas de la vida ya ciertas cosas no se pueden olvidar... Él vio ese pez, de eso está seguro.

Estuvo a punto de decirle a Rebeca que fueran juntos al estanque, que lo acompañara durante la pesca, que recordaran aquellos años en que comenzaron a quererse y se veían en el estanque, pero el silencio o algo que tiene que ver con este se lo impidió. Decirle eso sería peor, de todas maneras, sería descongestionar ciertos conductos que si bien nunca habían estado del todo obstruidos, por lo menos permanecían (o ellos los seguían manteniendo) en un estado de acuciante deseo de negación y posibilidad. Tomó una caña de pescar, salió de la casa y se dirigió al estanque.

Desde el estanque el pueblo se ve diminuto, pareciera estar oculto o rehuir de las miradas. Allí, en el pueblo, vivieron sus antepasados y los de su mujer, y allí viven él y Rebeca. Están muy solos, eso es verdad, nunca tuvieron hijos. Por momentos él piensa que ella no quiso tenerlos, pero sabe que esto no es cierto; ella quiso tenerlos tanto como él, pero no pudieron. A veces las parejas no tienen hijos porque la mezcla no funciona, él recuerda muchos ejemplos de uniones que se destruyeron por infertilidad y al poco tiempo tanto la mujer como el hombre tuvieron hijos con otras parejas. A veces la mezcla no funciona, piensa el hombre mientras observa la caña y el sedal que corta el agua y se hunde en la espesura del estanque. Rebeca era una mujer muy bella, aún sigue siendo bella, muy bella, sí señor. ¿Recuerdas cómo nos queríamos, recuerdas los abrazos y los besos, todavía te acuerdas de nosotros, querida Rebeca?

Ese día no tuvo suerte con la pesca. Mañana insistiría. ¿Qué otra cosa podía hacer si no...? Ya el pueblo era un sitio poco agradable para vivir, con tanta soledad era menos agradable cada día. Algunas veces se le ocurría algo malo, se le ocurría que todo el lugar estaba cubierto por una niebla que impedía el paso del sol; o también imaginaba algo peor, imaginaba que aun si esa niebla no existiera igual el sol no podría alumbrar ni tibiarse las calles ni las casas del pueblo, tal y como no alumbraba ni tibiaba ya los corazones de sus habitantes. Todo estaba tan viejo y tan derruido. Los sitios, los paisajes mueren con las personas. El pueblo seguía muriendo lentamente con ellos. Era un lugar cansado, sin risas, sin esperanzas, tanto por él mismo —y acaso en especial por eso— como porque toda la gente joven lo dejó alguna vez y se alejó del lugar gota a gota, pero con paso decidido, con jolgorio, con risas, como quien logra al fin marcharse de una región colmada de pestes. ¿Por qué se alejaron, por qué tomaron la ruta del estanque y desaparecieron, uno a uno, sin piedad? Si ustedes llegaran a saber lo que ya entonces era el pue-

blo lo comprenderían. Ya ese pueblo estaba dejando de existir cuando ellos se marcharon, ya era el recuerdo borroso de un pasado que pudo haber sido menos infeliz, un relieve desgastado por el frote y la duplicación de imágenes, un repetido palimpsesto, ya era una nada cuando los muchachos lo dejaron, sin piedad, uno a uno. Él recuerda (¿y tú también, Rebeca?) que cuando los muchachos se iban hacia el estanque —y desde allí quién sabe hacia dónde, quién sabe hacia qué— ellos no podían dejar de sentir cierta tristeza; y no porque los muchachos se marcharan (total, tenían que irse de esa muerte), sino porque entre los viajeros ninguno era un familiar, un sobrino, un hijo de quien hablar y estar orgullosos, así como tampoco podían dejar de experimentar cierta alegría debido a esa misma circunstancia, ya que no estando entre los viajeros ningún familiar, entonces a nadie tendrían que esperar y por ende por nadie tendrían que ilusionarse ni experimentar una urticante dosis de angustia y de nostalgia. ¿Pero esa posición (¿tan cómoda?) no implicaba hacerle un guiño a la muerte, no era la muerte misma, no conllevaba suponer que cualquier despedida es para siempre? —se preguntó el hombre mientras colocaba la caña en un rincón de la casa y se ponía a pensar en el registro que produce en la frase una interrogación dentro de otra.

Dicen que el hombre siguió yendo día tras día al estanque a pescar; dicen que lanzaba el sedal en el agua, en el mismo lugar siempre —la zona en donde tiempo atrás vio saltar al pez—, y que de inmediato se dedicaba, más que a vigilar la caña y la pesca, a pensar y pensar. Pensaba en los años que habían pasado juntos él y Rebeca, en todo el tiempo que habían consumido quizá para nada; pensaba en que el final de sus vidas estaba próximo y que él ni siquiera sabía quién de los dos iba a morir primero; en que si allá el pueblo se estaba muriendo, acá el estanque, muerto en apariencia desde siempre, o desde que ellos y los abuelos y los bisabuelos de ellos tenían memoria, ahora con su

descubrimiento —si este culminaba exitoso, e inclusive si finalizaba en el fracaso: y todo dependía de lo que fueran considerados estos—, acá el estanque cobraría vida e importancia y acaso ayudaría con ello a cambiar las cosas, aun cuando él no sabía muy bien qué cosas debían cambiar ni si algo debía cambiar; y mientras así pensaba y descuidaba la caña de pescar; y mientras ya cercana la tarde eso hacía, allá a lo lejos se veía cómo el sol estaba cayendo, cómo las colinas, la vegetación, las casas del pueblo iban siendo bañadas poco a poco con esa lluvia pictórica típica de los crepúsculos y que combina rojos, azules, grises, amarillos o naranjas y marrón, colores que acá más cerca, sobre las aguas del estanque, eran a veces reflejos de un negro ondulante como el humo o de un rojo amarillento entre sol y ladrillo y por momentos de un magenta; y aquel laberinto de tonalidades en el cielo se exhibía sobre un fondo blanquecino que se iba haciendo gris yeso y ocre con el paso del tiempo. Entonces el camino al pueblo mudaba en marrón, dorado y plomo, las piedras daban claroscuros y las ramas de los árboles, cimbreadas por el viento, eran como esculturas con retículas que dejaban colar los últimos rayos del sol. Y cualquiera que hubiera estado pendiente de aquello que pasaba tal vez habría llegado a pensar que tanta perfección merecía estar a cargo de una especular pintura de hace siglos... Y todo era muy triste.

Ese era el momento en que el hombre regresaba a casa por el camino que parecía del color de una espiga en verano y también de una bala; ese era el momento en que preparaba las palabras que le diría a Rebeca; ese era el momento más difícil del día. Llegar, guardar la caña en un rincón, decirle a la mujer que hoy no había tenido suerte con la pesca, verle su cara de satisfacción porque él había fracasado otra vez, porque ella había tenido razón cuando le dijo hace tanto tiempo que el estanque estaba muerto, contarle (pero para sí mismo, no para ella) lo bueno que sería si mañana iban juntos al estanque, qué bien lo iban

a pasar él y Rebeca si iban juntos, decirle todo eso pero en silencio, como se le dice te amo a esa mujer que uno tanto quiere y desea pero a la que no nos atrevemos a decirle nada.

Y así pasaron los días y los meses y los años —dicen—, y el hombre siguió constante en su rutina y en su proximidad a una muerte que no acababa de llegar. Y así el pueblo siguió muriendo y el estanque ennegreciendo cada vez más, hasta que un buen día mientras pescaba, el hombre, ya doblada su espalda, ya cansadas sus piernas e inflamados sus pies, tuvo una exacta luz. En ese momento decidió que la época de pesca había terminado, que algo muy poderoso e inescrutable, acaso un dios, había sido el responsable de que no hubiera podido pescar en todo ese tiempo aquel pez brillante que hacía tantos años había visto; decidió que esa pesca en verdad era imposible o en todo caso inútil o dañina porque allí, en ese estanque para muchos putrefacto, allí justamente y no en otra parte, en el pueblo no definitivamente, allí estaba escondido algo que era necesario preservar, en la profundidad de aquel estanque había algo escondido pero latente y lleno de vigor. Y esa tarde se preparó para volver a casa y no tuvo necesidad de meditar en lo que le iba a decir a Rebeca, porque ya él sabía todo y ella acaso también. ¿Verdad que tú me entiendes, querida Rebeca, verdad que sabes que no puedo hacerlo, verdad que eso te hace feliz en realidad, verdad que nunca tuvimos un hijo, verdad...? El estanque, se dijo, aun sin vida contenía la vida; y el pueblo, aun con vida parecía la muerte.

Se sintió un chapoteo, algo movió las aguas, algo flexible, brillante y con ojos muy oscuros dio un salto, curvó su cuerpo y desapareció raudo en las profundas aguas del viejo estanque. El hombre no hizo caso. Definitivamente no lo iba a pescar. Y ya camino a casa una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

Umbral

Están parados en el umbral de una puerta en Araisa; miran a lo lejos y observan el dilatado estanque que se extiende ante una colina de verdor caprichoso. Ya no son jóvenes, ni siquiera si tomamos en cuenta que el promedio de vida, entonces, cuando menos duplica el que se gozó en tiempos pasados.

Hubo una época en que pudieron haber tenido un hijo; ambos lo deseaban, pero ella recurría siempre, con invariable fervor, al ritmo natural de la vida; quería que su hijo naciera como había ocurrido con algún antepasado, mediante concepción y parto naturales. Él no podía contrariarla, él la quería muchísimo y sabía que ella también lo amaba; pero sabía también que de no haber privado ese ritmo natural de la vida ahora tendrían a alguien, a un muchacho ya grande, tal vez a un hombre que compartiría con ellos y haría menos largos los atardeceres en Araisa, menos impositivos el estanque y la colina, y acaso innecesario pensar en ellos para luego recordar a los niños que ya no están, recordar la algarabía que nunca ha de volver.

Araisa, el pueblo, cada día que pasa está más solo y silencioso, y a veces da la impresión de ser un algo agonizante que espera su final. Ya los

vecinos no se ven en las calles; tampoco se visitan. ¿Para qué? ¿Para pensar en los muchachos, en la algarabía, en el estanque y la colina lejanos?

Él le dijo una vez que lo más conveniente era que fueran a la ciudad e hicieran las diligencias necesarias. Con suerte, le aseguró, en una o dos semanas tendrían un embrión fecundado y en pocos meses un niño al que mimar. Pero ella se negó, ella deseaba conservar el ritmo natural; y además, le subrayó, tú sabes que siempre me molesta ese ovario, de manera que sería una calamidad inmensa viajar a la ciudad, someterse a exámenes, fecundaciones y otras cosas que lo más probable era que agudizaran su dolencia e hicieran menos llevaderos los días. Mejor era que esperaran, concluyó, había momentos en que el dolor no era agudo y podían aparearse, sin demasiado ímpetu porque entonces sobrevendría el dolor, ese dolor ubicado allá tan adentro como una pequeña fogata en lo más profundo del vientre.

--Tú me entiendes, ¿verdad? —le preguntaba ella; y él le respondía afirmativamente.

--Claro, cariño, claro que te entiendo.

El tiempo, de alguna manera, había finalizado para ellos. Ya era tarde para cualquier opción, se decían, porque si los adelantos podían permitirles tener el hijo tan ansiado, la edad les vedaba iniciar una crianza que requería de bríos juveniles y atenciones metódicas. Era cuestión de conformarse, de seguir mirando el estanque y de pensar que ella nunca, nunca, si hubiera tenido un hijo, le habría permitido acercarse a este y mucho menos a la colina que está después de él.

Parece estar cerca, pero en realidad está demasiado lejos, murmura ella. Esa colina que está detrás del estanque está detrás de todo, dice; es algo situado más allá de cualquier distancia. Si alguien logra sobrepasarla, si alguien cruza o bordea el estanque y se interna detrás de la colina, ¿qué podría conseguir en ese más allá, qué forma de vida, qué forma de

muerte, qué forma de nada luego del estanque y de la colina de verdor caprichoso?

--Nunca le hubiéramos permitido acercarse al estanque, ¿verdad?

--No, querida, nunca se lo hubiéramos permitido.

La luz jugaba con el agua del estanque, modificaba levemente el verdor de la colina. Entonces el hombre le dio un beso a la mujer en la mejilla y la apretó suavemente contra su cuerpo.

Caracas, 11 de abril de 2002

El único sonido es el del aire

I

Araisa es un pueblo ubicado en una suerte de plazoleta que lleva a un estanque y a una colina; sus habitantes tienen pocos paisajes más aparte de aquellos, y en las noches húmedas o en las tardes lluviosas o llenas de calor, en todos los días en realidad, la visión solo encuentra en lontananza el monótono brillo del agua del estanque o el menesteroso verdor de la colina. Todo esto, claroestá, solo en primera instancia.

La escuela del lugar fue excelente siempre y jamás sus alumnos crecieron con debilidades; eran muchachos dispuestos, sanos, hermosos, apetecientes de futuro, francos y llenos de generosidad. El pueblo los adoraba y sabía que ellos eran una razón suficiente para vivir.

Aunque la educación contaba ya en aquel entonces con numerosas herramientas perfectamente sofisticadas, la verdad es que los habitantes de Araisa, al contrario de los de otros pueblos, confiaban aún en el contacto de los maestros con los alumnos, creían ciegamente en el bienestar que produce la relación humana y apostaban lo que fuera en favor de unos métodos desechados (o poco usuales) desde hacía muchos años. ¿Por qué no confiar en la capacidad del hombre para enseñar al hombre? ¿Por qué confiar en la sola técnica en desmedro

de lo humano? Un adecuado vínculo de un medio con el otro, ¿no sería el más adecuado para producir resultados óptimos? Ellos apostaban, todavía apostaban al bienestar de la clase directa, a la relación entre alumnos y maestros, a la inventiva del educador y el educando, a esa maestría de la palabra que ilumina los más recónditos lugares de la mente. ¿Que eran anticuados, que no estaban a la par con el progreso, que carecían de aquella argucia, intuición o intelecto que predispone u obliga al hombre a vivir en su momento histórico...?

Los maestros eran ecuanímenes; conocían el punto adecuado para organizar el genio de sus alumnos, participaban en los juegos y trucos de sus muchachos, alentaban ciertos desplantes para muchos insoportables pero que en realidad escondían recias personalidades en franco desarrollo. Si todo esto no constituía un despliegue de la felicidad, ¿qué otra cosa podría constituirlo...?

Los adultos conocían los riesgos a que están expuestos quienes crecen y reciben educación y por más que lo lamentaran sabían que llegaría el momento de poner a prueba la capacidad de los muchachos. La palabra templanza manejaba sus conversaciones:

—Sin la templanza —decían—, sin esa mesa en la que nada falta, pero en la que por eso mismo se encuentra aquello que debe buscarse y rehuirse, sin ese acuerdo entre las partes del alma; inclusive sin ese dar cabida a los placeres corporales del comer, del beber y del sexo, sin todo eso no existe concordia ni salud. Es necesario entonces poner a prueba la calidad de los jóvenes, indagar si en ellos está aquello que hace posible la verdadera dicha; es imprescindible, aun cuando duela, darles alas para que disfruten y hagan, aunque sea por momentos y a manera de prueba, lo que les venga en ganas.

Pero decir es casi siempre demasiado fácil. Existe una distancia insoportable entre aceptar intelectualmente algo y llevarlo a la práctica, y de ello dan cuenta los ires y venires de los señores de Araisa, a quienes el tiempo les

había enseñado que todo paso en el que estén de por medio la juventud y el porvenir es tan costoso que cualquier intento por guiarlo —y acaso retrasarlo— vale la pena, o al menos está justificado, en el fondo del alma. ¿Quién puede desear ser partícipe de una caída sin final? ¿Quién podría soportar un error? ¿Los muchachos, los jóvenes estudiantes no son el todo acaso?

Entonces miraban hacia el gran estanque y la colina no muy lejanos en apariencia, y entonces el temor se apoderaba de ellos. ¿Qué había allá, qué eran ese estanque y aquella colina que nunca al parecer variaba su adusta vegetación y siempre dejaba colar chorros de brisa a través de sus sinuosas aperturas? ¿Qué eran los dos, si algo eran? ¿Qué querían con su presencia...?

Cuando algún muchacho preguntaba por el estanque y por la colina; cuando inquiría, digamos, desde cuándo estaba allí el estanque, qué había en él, por qué se encontraba en ese y no en otro lugar, algún adulto, acaso uno de los maestros le respondía que el tiempo del estanque era desconocido, que desde que él tenía memoria el estanque era ya tan antiguo que cuatro o cinco generaciones atrás lo recordaban como algo sin comienzo; y en cuanto a la colina, ¿es prudente, preguntaba a su vez el maestro al muchacho, es prudente que un humano conozca su nacimiento?, ¿no es el tiempo del hombre algo tan escalofriantemente breve que carece de sentido conocer la edad de un río, de una montaña, de esa colina que está tras el estanque, por ejemplo?

Los muchachos finalmente fueron lanzados a la libertad. ¡Qué algarrabía! ¡Qué dicha! ¡Qué placer escucharles, llenos de vida, en las afueras de la ciudad! ¡Qué temor...!

II

El estanque parece volver de un sueño; esa masa de aguas en general inmóviles, detenidas se diría (pero no es posible decir) que desde y para siempre, comienza a mostrar signos de vida y desde su superficie, o

desde el inevitable volumen de sus aguas oscuras y profundas, atisba a lo lejos una marea de jóvenes que en tropel se acercan como impulsados por el aire. Si el estanque fuera en verdad un ser viviente, hoy más que nunca viviría; sembraría incluso (y en efecto parece sembrar) un felino al acecho, algo dispuesto a dar cacería a los adolescentes desprevenidos, a esos jóvenes que sin cuidado se exponen a lo posible.

La colina por su parte acaba de crear un ojo indiscreto que arremete contra la intimidad de los excursionistas; qué feliz se siente tan solo con pensar en lo que le espera, mueve para sí su masa con fruición y hace las veces de que se acaricia o de que se da las gracias por estar allí, por haber soportado intermitentes momentos de tranquilidad durante milenios; por haber sido firme, resuelta, categórica y tenido el valor suficiente como para sobreponerse cuando fue necesario a las dudas que acaso la embargaron. Desde su cima el paisaje juvenil es hartamente prometedor y ahora ella comparte con el estanque esa sabrosa inquietud que produce la cuestionable seguridad de un futuro cierto.

Pero seamos sensatos. Tanto el estanque como la colina comparten solo la condición de inanimados, si es que ellos en sí comparten algo, lo que es hartamente dudoso —sobre todo tal vez por la expresión en sí—. Algunos dirán que ellos comparten para otros, pero esto no despeja las dudas. Otros dirán que ellos no comparten, sino que terceros indican o piensan ese compartir que en realidad no existe, porque es solamente algo que alguien pone en algo. ¿Les parece más claro o menos oscuro? ¿Les suena circular? No es circular acaso, aunque quizá no esté más claro ni menos oscuro. ¿Cuál es ese espacio que queda (ese espacio de dudas e indefiniciones que está) entre el más claro y el menos oscuro? Qué difícil es estar o pensar en él. Alguien se ubica allí y observa a los excursionistas; están tomados de la mano y transitan por la franja imposible pero inevitable para el bienestar, por la sección ancha o delgada y en claroscuro que forman al hacer la intersección el más con el menos.

Ni aquel está al acecho, ni esta siente fruición ni nada por el estilo. Tal vez ambos compartan el ser sin detrás cosechas del lenguaje, relaciones que no tienen ambición de trascendencia, definiciones con muchas oraciones verdaderas dentro de un conjunto. Verdad. La verdad. Sin embargo... ¿y si son trascendentes y tienen esencias reales que están más allá del conocimiento; si al decir colina (o estanque) nos referimos a algo que corresponde y hace posible el decir; si al hablar lo hacemos de algo que preexiste al lenguaje; si este es solamente una referencia a...; si cumple su función únicamente cuando se relaciona o corresponde con...? ¿Qué hacemos si la verdad no está limitada a la justificación? En ambos casos, esté o no limitada, ¿guardaremos silencio o nos revelaremos? ¿Es verdad que los excursionistas se acercan al estanque y a la colina? ¿Es verdad que ese estanque y aquella colina son esenciales, o serán acaso meros actos de habla, productos del lenguaje

--que según algunos no tiene límites?

En cualquier caso, confiemos en que los excursionistas se aproximan a lo inanimado. Pero lo inanimado podría cobrar o está cobrando ánimo y los excursionistas podrían no saberlo o no lo saben, o por lo menos ninguno de ellos ha proferido alguna expresión o ha hecho algún gesto que indique la posibilidad de que la colina y el estanque estén mostrando existencia animada —y esto parece fusionar existencia con animación, lo que remite otra vez a una vieja o nueva querella entre... ¡Silencio...!

III

Hay una cuando menos inquietante sensación en el ambiente. Es una sensación de pesadez, bochorno y poquedad, sensación que precede casi siempre las tribulaciones incompatibles con lo bueno anhelado y que es captada como una negación, como una ausencia de aquello que debe

estar presente para que lo que está se encuentre (o parezca encontrarse) en la senda seguida por cuanto solemos llamar la hacendosa normalidad —sin aquellos matices de luces y sombras que se podrían formar al sobreponer lo más a lo menos, o viceversa.

Desde Araisá el espectáculo es inspirador para los adultos. Inspira alegría, por el grupo armonioso que forman los excursionistas, el estanque y la colina, y porque el cielo promete colores que podrían ser magníficos y que serán visibles cuando el crepúsculo llegue y el sol y el aire hagan vibrar, uno con su luz y otro con su brisa, las aguas del estanque, luego de colarse ambos por los intersticios que deje libres la soberbia colina. Y también inspira temor, porque el conjunto excursionistas-estanque-colina esconde una ferocidad que únicamente un ojo muy avezado en turbaciones podría captar pertrechada tras una belleza que entonces sería solo una muestra de lo bello aparente (y no de lo bello en sí), y porque el crepúsculo pudiera ser de una crudeza inusitada, crudeza para la que estarían a su orden los pensamientos pictóricos más abominables.

IV

Es poco lo que resta por decir. Llega el crepúsculo y, con él, llega el silencio. De pronto, dentro de tantos tonos rojizos y plomosos que invaden la superficie como seres flácidos, los habitantes de Araisá, los austeros adultos se dan cuenta de que el único sonido es el del aire, se dan cuenta de que se acabó la algarabía y de que ningún cuerpo identificable como humano, ninguna de las formas tan queridas y que ellos conocen mejor que nadie aparece en lontananza. Están solos, se lee en sus expresiones. Solos, como si otros (ellos o los muchachos) hubieran transgredido la delicada franja del más o del menos que les toca.

No hay nadie salvo ellos, tal vez. Y ahora sí, ahora una mole de silencio aplasta la ciudad. Todo se ha callado y únicamente queda el consuelo de

ver el estanque y la colina, cada vez más lejanos, y de pensar que ellos están allá, si existe alguna parte que sea allá. Tal vez muchos de ellos se ofrezcan esperanzas. Tal vez algunos piensen que acaso también los muchachos se encuentran asombrados ante la ausencia de una cara conocida en aquel paisaje tan lejano de la querida e inalcanzable Araisá. Y entonces, acaso entonces no todo esté perdido para siempre.

Caracas, 31 de diciembre de 2002

El otro Delta

No pudo llegar a donde más quería, a las esfinges con cabezas de carnero ni al templo de Amón en Karnak; tampoco a las enormes columnas de aquel templo del Antiguo Egipto, cerca del Nilo, que se multiplicaban y ascendían sin descanso. Otros paisajes le serían regalados durante su viaje. Otra verdad conocería. Otro destino.

Siempre quiso ir a Egipto: y hasta tuvo una amiga de juventud que de niña había conocido ese país y que le juró que lo visitarían. Nunca cumplió su promesa, y en realidad ninguno de los dos esperaba que lo hiciera. Egipto era para ellos como decir el Museo; y mentalmente iban a él, cada cierto tiempo: para pasear por Karnak, que ella le contaba; para ver la Esfinge y observar las pirámides, que ella le dibujaba. Y en esos momentos un deseo inmenso que no podían expresar los acorralaba y les hacía mirar el horizonte. Entonces, sabían que estaban pensando en Egipto, los dos en Egipto. Él por su parte, le hablaba del Delta, de los caños que se bifurcan y cuyas bifurcaciones se bifurcan; de los atardeceres frente al caño Manamo; de la plaza Bolívar y de los zancudos a las seis de la tarde. Le hablaba también de su debilidad ante las aguas del río

y del impulso que le venía de caer en él cuando estaba crecido y formaba con la calle una superficie indistinguible.

Ella se ponía pensativa, entonces. Pero eso fue hace años. Ahora no estaba ella; ahora, ella se había casado y tenía una hija (cuando se vieron, luego de un largo tiempo, ella mostraba una barriga incipiente: fue en Venecia, le dijo, confidente y feliz); ahora, cuando a veces le volvía el deseo por aquel país y por aquellos años, lo anulaba con un pisotón.

Pero fue a Egipto, finalmente; sin otra compañía que su recuerdo del país-museo que le había mostrado su amiga de juventud. Hizo el itinerario: primero el Museo, luego las pirámides y la Esfinge, después el Nilo y en última instancia, Karnak.

Recorrer El Cairo es una tarea digna de suicidas. La ciudad no tiene semáforos (al menos, él no observó ninguno), los carros se rozan constantemente al formar más columnas que las que permite la vía, el peatón tiene que valerse de la bondad de los conductores para cruzar una calle; pero las aceras a veces son amplias y están limitadas por edificios y casas (lo que nosotros llamaríamos quintas), estas últimas vestigios de la época colonial. Vio de lejos el edificio de la Liga Árabe, donde el célebre Arafat, ahora muerto, se había reunido tantas veces. No vio muchos soldados, lo que le extrañó profundamente, ya que es típico de los países de aquella zona la presencia de soldados en cada esquina. Vio, frente a él, al final de una calle, una mezquita; y comenzó a escuchar sobrecogido la salat del hafiz. Aquello era una eclosión de música y poesía, la evocación del reino de lo celeste... y no le extrañó que esos países tuvieran tan grandes poetas: en los cantos de la sura que escuchaba día a día el niño estaba el germen sonoro de la poesía que haría más tarde. Supo que había competencias entre recitadores para obtener el honor de recitar un día algún sura del Corán y que Mahoma fue el primer hafiz. ¿Experimentó la aprehensión de un objeto eterno? ¿O eran tal vez ocasiones actuales?

El tiempo es implacable y los pueblos que adoraron (para siempre) a muchos dioses, adoran hoy a un dios único y omnipotente. ¿Qué lenguas y dios o dioses nos socorrerán dentro de algunos siglos?

Llegó a la primera parada, según su itinerario: el Museo Egipcio. Le agradó la entrada, colosal y que infundía ese respeto típico de lo egipcio; pero esa impresión fue decayendo a medida que recorría el Museo. Las piezas, milenarias, valiosísimas, estaban colocadas como trastos sin orden ni concierto y sin identificación digna de leer. Pareciera que quienes tenían a su cargo el Museo despreciaban aquello que custodiaban y a lo que tanta gente iba a ver todos los días. Recordó que hay una plaza en París con un monolito egipcio llevado por Napoleón. Se dijo que una herencia acaso colonial de menosprecio a lo propio, no compartida por quienes la irradiaron, así de altanera puede ser la gente, había sido inculcada en aquel pueblo gentil. Salió decepcionado, sin ver todas las salas, y se dirigió al hotel.

Desde el balcón de su habitación veía el Nilo, tan mencionado y majestuoso, surcado por embarcaciones de todos los tamaños. (Recordó el gran río de su país). Era su tercera parada.

Todos los taxistas de El Cairo hablan inglés, pero ninguno lo hace. Tienen su treta. Llamen por celular a alguien que sí lo habla, ponen al pasajero a hablar con ese desconocido quien le traducirá al taxista el mensaje. Todos, absolutamente todos, hablan inglés. Solicitó ser llevado a las pirámides y el conductor, luego del malabarismo telefónico, salió lanzado hacia las calles de la ciudad y hacia una autopista siempre cercana de casas y edificios que finalmente lo condujo a las pirámides. Desde la autopista ya podía ver las pirámides; la ciudad lentamente las va acorralando, como está haciendo Ciudad de México con Teotihuacán. Las pirámides y la Esfinge están demasiado cercanas. En la memoria, eran objetos más alejados, alejados de la ciudad, alejados de todo; eran objetos solos,

conceptos, y había que llegar a ellos luego de un largo periplo que debía incluir trasbordos e incomodidades. Pero ya ven que no fue así, para decepción de nuestro visitante. Apenas bajó del vehículo, una ola de gente le estorbó el paso mientras le ofrecía visitas guiadas, camellos, lo que sea. Logró escapar y, solo, se acercó a la Esfinge. Era realmente enorme, como le habían dicho. Su cara lo atrapó. Unos pasos más allá, por un camino que incluye carretera y gente a pie o montada en camellos, están las pirámides. Fueron menos, mucho menos de lo que imaginó y no le quedó más remedio que escudarse. La construcción de las pirámides fue un acontecimiento, no cabía duda; pero que todo en ella y en todo sea un acontecimiento; que la pirámide vista tres minutos sea un acontecimiento y vista tres minutos más sea otro acontecimiento; que sea siempre un acontecimiento que se actualiza en el alma, como inflexión o como onda, eso le pareció demasiado pedir, aun cuando sonara hermoso. La filosofía es una actividad de creación de conceptos —dijo una vez alguien—. Concepto pirámide, concepto Esfinge, concepto Museo Egipcio y ahora, concepto Nilo.

Muy temprano, al día siguiente, tomó una lancha para pasear por el Nilo. Estaba cubierta y era para varios pasajeros, pero esta vez iba con él y el motorista solamente. Logró hacerle entender que deseaba una vuelta larga por el río, que incluyera las dos orillas y el centro de la corriente. Allí comenzaron las comparaciones. No era muy distinto del Orinoco, y ni siquiera del Manamo; quizá hasta tenía el mismo ancho del primero en ciertas partes y los mismos recovecos del segundo, en otras. Había muchos pájaros, nubes de pájaros y algunas embarcaciones pequeñas con parejas y niños. La mujer tapaba su rostro ante nuestra mirada extranjera. El hombre fruncía el ceño ante nuestra presencia. El niño jugaba, indiferente. Entonces, la recordó: y le pareció poco gentil, casi una traición, hacerlo ahora, después de tantos días en Egipto. Estaban casi en el medio del río. Se paró muy cerca del borde de

la lancha, para observar todo el paisaje. El motorista dijo algo en árabe, que él no comprendió, aunque supuso su contenido. El río, como en el Delta, lo llamaba; y no sabía si iba a tener la suficiente entereza esta vez como para rechazarlo. Nuevamente escuchó al motorista, y sea lo que sea que le haya dicho, era sin duda un grito de advertencia. Se dejó caer en el río y comenzó a nadar. Nunca le diría lo que había pensado del Museo ni de las pirámides. Eso se lo guardaría para sí mismo. Seguía nadando y las ropas comenzaban a pesarle cada vez más. Pensó en Karnak, vio las figuras con caras de carnero, como ella le había contado, las figuras que protegían la entrada; vio el templo de Amón que su amiga había visto; casi tocó las columnas mientras seguía nadando, cada vez con mayor dificultad y dándose cuenta de que la orilla próxima estaba demasiado alejada, aun para él, que era un hábil nadador de los caños del Orinoco. Distinguió una isla, a lo lejos, que le pareció conocida. Acaso estaba en el Manamo, en su Delta, y la isla era la que todos los días, cuando era niño, miraba desde su casa. Acaso estaba en casa. La fatiga comenzaba a devorarlo. Las ropas y los zapatos le pesaban como una escafandra. Acaso pronto estaría protegido con estas aguas tan agradables que olían a limo, a barro, a inmensidad. Oía voces, cada vez más lejanas, y ya no supo decir si eran las del motorista o las de algún dios que le advertía. Dejó de nadar.

Caracas, diciembre de 2010

La señal

Se contaba entre los mejores nadadores, si no el mejor, de la región; lo que ya significaba excelencia, dada la calidad de los contendientes; porque así como estos eran hábiles para muchas cosas de las que luego hablaremos, lo eran también —y en grado extremo— para la natación.

Diríamos que sus primeros pasos no fueron tales sino brazada, flotación, ritmo respiratorio acompasado con los movimientos del cuerpo. Si recuerdan la competencia de años anteriores, tienen que estar en sus mentes (y flotar en sus pupilas) la facilidad con que rebasó a los mejores y la enorme distancia que lo separó de los magníficos segundos. Y si la memoria no les falla, deben atesorar en ella aquellas persecuciones en que sobrepasaba a las canoas o impedía que estas le dieran alcance. Esto le hizo desarrollar una fuerza casi sobrehumana en los brazos.

El mar Caribe, mar del trópico, se da el lujo de cambiar inesperadamente; aquella vez ocurrió así, y de una tranquilidad casi melosa pasó a un oleaje chocante y peligroso. Pero no de otra manera se presentaban las siete leguas entre tierra firme y la isla de Cubagua, aun cuando la ruta fuera la más benigna por estar favorecida por los vientos. Entre

una isla y la otra, por ejemplo, entre Cubagua y la Margarita, la distancia es mucho menor que la que existe entre la primera y tierra firme, pero las mareas son aún más volubles y los vientos menos favorables; aparte de que el agua estaría siempre más abundante y segura en el continente. Ellos iban abajo, en la parte oscura de la embarcación. Algunos estaban señalados en la frente con un distintivo tan denigrante como el que llevaban en el vestido las mujeres acusadas de infidelidad en ciertas zonas de los Estados Unidos. Él juró que no sería señalado por la herradura y que letra alguna obstaculizaría su rostro. Venían de las cercanías del convento de Santa Fe, justo de donde desemboca el río Cumaná, en el cual se abastecía de agua dulce la rancharía (y luego los palacios) de los buscadores de perlas de Cubagua.

La segunda cuestión a recordar es el sentido de la orientación. Miles de ejercicios en alta mar, desde niño, lo hicieron seguro de la estrella que había que buscar en la noche y de la posición de la luna, para navegar con rumbo cierto. Aquella vez se torna inolvidable: él, un niño aún, desafió a los mayores y les adelantó en exactitud. En términos nuestros, ni un grado de diferencia hubo con relación al lugar donde debía llegar. Eso mereció y obtuvo aplausos de su gente.

Se acercan a la isla, a pesar del oleaje vigoroso. Él sabe que en esta época de la luna no es prudente hacer lo que hicieron aquellos extraños. Pero era grande y resistente el navío y no era del todo inexperto quien lo piloteaba. La nave dio unos giros prodigiosos para evadir olas escandalosas. Abajo, donde él estaba, se oía el crujir de la madera y se sentían con nitidez los movimientos del navío. Muchos se marearon. Él no, por supuesto. El desembarco fue lamentable, árido, bullicioso. (Los látigos vibran en el aire y laceran las pieles). Son conducidos a unas chozas malolientes, llenas de vómitos, defecaciones, orina y barro. Allí debe estar en cuclillas, en un rincón de la choza. Todo lo que logra ver tiene mal aspecto. Cierra los ojos, trata de no escuchar y en tal situación pareciera

un animal ciego y sordo a la espera de algo para dejarse caer sobre la presa. Su plan podría ser doloroso.

La tercera tiene que ver con la habilidad para la pesca. Si en las anteriores era insuperable, en esta no tiene calificativo que le cuadre. Podía tomar con sus manos los peces bajo las aguas y aun sabía cómo proceder para alimentarse sin salir de ellas. Hoy a alguien así lo llamarían con nombre inglés de mala película y le pondrían un cuchillo aserrado como arma más útil que cualquiera de fuego. Y en cuanto a lo que va a suceder dentro de uno o dos párrafos, ya veremos, los especialistas analizarían los límites de la racionalidad, o cuándo esta se animaliza, es decir, deja de ser, sin por ello devenir animalidad. Si el ejemplo es antiguo, mejor; y si es Basíledes quien habla —y lo hace con elevación—, nada más que decir: «Cuando la filialidad llegue a lo alto y se encuentre por encima del límite del espíritu, toda la creación obtendrá compasión». Me pregunto y me han preguntado: ¿qué compasión obtuvieron los lucayos, por referirnos solo a unos de tantos?

Todo tiene una razón, comentan por allí. El invasor, la de lucrarse y hacer sobrevivir a Europa, entre otras. Para ello destruyó, enterró, satanizó, a una cultura; e hizo de los hombres esclavos que eran señalados con el hierro, cuando no empalados en los barcos o en estacas colocadas por los caminos. También los que iban a ser esclavizados empalaron a los invasores cuando tuvieron ocasión de hacerlo; también los descuartizaron como hacían con ellos; también los flecharon con saetas venenosas, a cambio de disparos de arcabuces. Porque no hay maldición que supere a la de ser esclavo en tierra propia, cuando pudieron se defendieron y cuando pudieron atacaron. Dicen (pero no juro) que la sífilis pudiera ser americana. ¡Maravilloso ataque de *ratio existendi*, si fuera verdad! Dicen que el sida salió (o se fugó) de laboratorios americanos.

Los obligaban a hundirse a cada momento, a bucear sin descanso hasta traer las perlas. A los que demoraban en la superficie para to-

mar aire, el fute del dueño los obligaba a bajar. Así morían por centenares, reventados, echando sangre por los ojos, pero Cubagua producía lo suficiente como para renovarlos. Él era especial, como buzo y en todo. Los invasores lo sabían y los dueños se peleaban sus servicios. Su valor agregado bien valía las disputas. Por ello no lo marcaron de inmediato. Entretanto, su precio subía. Entretanto, él permanecía en la choza y rara vez salía. Se consideraba, de alguna manera, superior, escogido. Y la indecisión le ayudaba no solo a conservarse intacto sino también a esperar la luna exacta en la que su plan tendría mayores probabilidades de éxito... Esa luna llegó: y justo con ella, entonces, como dicen los católicos, hubo humo blanco. Su dueño será Pedro Ruiz de Matienzo, el alcalde perenne.

Lo sacaron de la choza agarrado por varios empleados del alcalde. El hombre sabía que iban a marcarlo. Lo llevaron a la fogata en donde ardía el hierro con una letra. Cuando se lo acercaron a la frente, lanzó a los captores, tomó el hierro, que le quemó la mano, y se lo metió en un ojo a quien iba a herrarlo. Entonces vino la confusión, los gritos de dolor del ya marcado y tuerto, el desespero, y el lucayo (¿quién más si no un lucayo?) corrió con todo el vigor que pudo hasta la playa. Los tiros de los arcabuces, dentro de la algarabía, fueron erráticos y no lo alcanzaron. Se hundió en el mar y nadó, atlético ahora, hacia tierra firme. Aun bajo el agua sintió pasar cerca de él algunos disparos. La mano le ardía. Estaba consciente de que le perseguirían en botes, pero él era más rápido: por algo se formó entre su gente y fue el distinguido en todos los certámenes. Sabe sin embargo que su apuesta es temerosa, que vienen riesgos y más riesgos que deberá superar; y que aun si logra la costa, distante siete leguas, será perseguido, por siempre perseguido.

Caracas, febrero de 2011

Una visita al campamento

Nos informaron que la entrada iba a ser muy difícil; que debíamos enviar antes nuestros documentos y la razón de la visita para que los de adentro procedieran a estudiar la posibilidad de recibirnos. Martha tenía arreglado todo desde hacía días; estaba francamente emocionada (esa no es la palabra) con esta visita y pensaba que de ella saldría mucho de qué hablar. No era frecuente que Martha se mostrara así, porque ella tendía más al ensimismamiento que a la apertura. Pero esta vez, debí advertirlo a tiempo, algo que tal vez ni ella misma sabía lo que era rondaba su espíritu. Fuimos aceptados.

Primero nos acercamos en un carro a una de las entradas, luego debimos esperar a que quien nos llevaba hablara con los de adentro, luego se acercaron hombres armados, amigables, que nos invitaron a pasar. ¿Para qué las armas, me pregunté, si la disparidad es enorme? Recordé una película que vimos Martha y yo, en la que una legión romana combate a un grupo anárquico y fuerte de defensores de sus tierras: el desequilibrio era tanto que el jefe romano preguntó a los suyos para qué combatía esa gente si sabía de antemano que estaba derrotada, si ni siquiera le causaría bajas notables a su ejército invasor. Eran armas, de todas maneras, amena-

zadoras y modernas; su solo sonido metálico me infundía respeto y dejaba lucir una sonrisa nerviosa. Martha las observaba con demasiado interés, me pareció entonces; y ahora, por supuesto, me luce evidente.

Fuimos llevados por calles que más parecían senderos confusos a un sitio donde construían un hospital. El médico estaba entusiasmado, feliz, porque ahora podría tener once o doce camillas para casos de emergencia, en lugar de las tres con las que hasta ahora contaba. Recordé que el campamento alberga una población de ochenta mil personas aproximadamente. Once o doce camillas para emergencias es nada ante esa población; pero el médico estaba feliz... y tenía razón de estarlo. Contaría también con nuevos pabellones para operar, con más personal, con mayores posibilidades para ayudar a los enfermos. ¿Hay muchos enfermos? —preguntó Martha—. Bueno, tenemos disentería, problemas en la piel, a veces mala nutrición, intoxicaciones —respondió el médico—. No habló de heridos ni de riñas: y eso nos pareció muy extraño, para ser un lugar con tanta gente. Tal vez al médico no le pareció adecuado comentar sobre esto a unos visitantes.

Una mujer nos habló en nuestro idioma desde el balcón de su casa, nos dijo cosas de nuestro país, mencionó una o dos calles, una plaza y una fábrica, unos helados que le gustaban mucho. Nos invitó a entrar y nos dio café. Había nacido en mi país. Martha se entusiasmó con la mujer, le hizo preguntas sobre en qué ciudad había vivido, le dijo que las cosas no son iguales en el país. La mujer le contestó que ellos no desconocen lo que pasa... Viven en una especie muy curiosa de *polis* encerrada: no pueden estar ni trabajar fuera de esa *polis*: quienes lo hacen se exponen a castigos severos, pero casi todos lo hacen; si no, ¿de qué vivirían? Además, son mano de obra barata para los de afuera, los de la ciudad. Carecen, por la parte oficial, de alcantarillado, de luz, de agua, acaso porque el país donde viven no puede dárselos, ya que al hacerlo les otorgaría una legitimidad tal vez excesiva que podría enfurecer a la gente de los he-

licópteros o porque de hacerlo favorecerían el crecimiento en número de los refugios, de manera tal que se convertirían en una amenaza: son una población inexistente, aunque oficialmente se tiende a reconocer en voz baja que existe. Los hijos nacidos en esa *polis* no tienen la nacionalidad de los que nacen en el país; tienen la de sus padres, solo la de estos. Los niños no pueden educarse en los planteles de la ciudad ni intimar con quienes no viven en su *polis*. Los adultos no deben amar a quienes no sean de la *polis*, a riesgo de que ese amor quede latente, como un sentimiento que nos obstinamos en cultivar, o de que en el mejor de los casos se desvanezca para siempre. De noche, algunos helicópteros de otro país sobrevuelan el campamento: a veces ametrallan, a veces únicamente sobrevuelan. Los hombres sacan sus armas y disparan al cielo. Es posible que den en el blanco: y entonces mueren calcinados cuatro o cinco soldados. Pero por lo general las balas buscan sin descanso ni éxito a los ubicuos helicópteros, que ya son un rumor lejano, una visión difusa plateada por la luna. Pero tienen agua y luz y también escuelas y canchas deportivas y espacios sagrados para sus oraciones. Nadie sabe de dónde obtienen el agua ni la luz: y ni siquiera puede decirse que sea escasa. Tienen sus policías y sus leyes, sus rivalidades, sus jóvenes que no creen ya en lo que hicieron los viejos y sus viejos que descreen de lo que hacen los jóvenes. Pero veneran al líder, ya muerto, que los unifica y a quien pude ver muchas veces por la televisión de mi país y supe honrar y acaso admirar. Son extraordinarios, me dijo Martha, cada vez más entusiasmada por lo que ocurría en el campamento.

Dicen que en la guerra de independencia de mi país, las madres abrazaban y besaban muchas veces a sus hijos y que luego los despedían: anda, hijo querido; y no vuelvas si pierdes. Dicen que las madres de los jóvenes suicidas, en el campamento, en la franja, besan y abrazan a sus hijos, y hasta es posible que viertan alguna lágrima; luego los encomiendan al dios y les piden que cumplan con su deber. Una madre me confesó que dos de sus hijos habían muerto cumplien-

do con su deber, que eran héroes y que ella estaba orgullosa de ellos. Habían hecho estallar sus cuerpos repletos de explosivos en la tierra de la gente de los helicópteros. Murieron muchos, muertos anónimos de una batalla sin cuartel. Martha le dio un beso. Existir significa operar, o actuar sobre otras cosas —le oí decir, asombrado—. Una madre de la tierra de los helicópteros llora la muerte de su hija: una joven agradable, buena estudiante, hija única, fue alcanzada por una granada lanzada por quienes aún viven fuera de las *polis*, en franjas de tierra que todavía no son país alguno, al lado de la gente de los helicópteros. El padre de la joven dijo que era necesario acabar con todos. Todos deben morir, dijo. Y mientras más gana tu ser, más se debilita el ser del otro —volvió a intervenir Martha, ya transformada, ya poco reconocible—. Ellos, los de los helicópteros, también tienen sus conflictos internos, sus querellas políticas y religiosas; y una vez uno de sus líderes, que podía lograr la paz, fue asesinado por un fanático. El asesino fue condenado a una pena impagable aun en varias vidas; pero al parecer pronto, debido a un tecnicismo legal, puede salir en libertad. Los habitantes de las franjas ven caer día a día sus escuelas y demás edificios, derribados por las bombas de los aviones bombarderos; son ametrallados continuamente, inclusive por armas manejadas a control remoto desde la perfecta seguridad de un silo de hormigón. A veces, alguno escapa al fuego y lanza la granada y la madre llora la horrible muerte de su hija única despedazada. Dicen que una extranjera murió en la franja, pisada por un tanque de la gente de los helicópteros. Protestaba por la destrucción de las escuelas y los edificios, no quiso apartarse y el tanque pasó sobre ella. Aquí Martha casi lloró, lo que para mí era algo increíble. Supongo, ahora supongo que debí intervenir en ese instante y frenar su ímpetu; supongo que con algunas palabras mías tal vez la situación habría cambiado, pero también yo estaba impactado con esa noticia. Los dos, aguijoneados por el egoísmo o

por el racismo veíamos aquel dolor como uno de calidad más avanzada al que día a día vivía la gente del campamento. Martha bajaba la cabeza, se tapaba los ojos, pasaba una mano por su frente. ¿Y qué hicieron los de afuera? —preguntó—. ¿Hubo alguna protesta, alguna sanción... algo? Los del campamento no supieron qué decir, seguramente no les parecía nada extraordinario lo que había pasado, nada fuera de lo común en una existencia que ni Martha ni yo podíamos comprender realmente. Recordé las palabras de Martha sobre las ganancias y pérdidas del ser. Hay pen samientos que admitimos como muy profundos y están basados, en realidad, en el arte de la guerra. Acá no mandaba el afecto por imaginar que alguien siente afecto. Acá no mandaba la felicidad de ver al otro feliz... Acá manda la destrucción del otro para grandeza del contrario.

Nos dieron comida, finalmente, en el campamento. No recuerdo qué era, pero sabía deliciosa. Nos dieron refrescos. Tres mujeres, entre ellas la madre de los héroes, estaban sentadas en la misma mesa que nos tocó. Una pidió permiso en su idioma y desapareció. A los pocos minutos regresó vestida con el traje típico de su región. Ella lo había hecho; era hermoso, colorido, abundante. Las otras dos mujeres hicieron lo mismo. Y entonces las tres, con sus trajes típicos, comenzaron a cantar y a bailar cantos de la región. Martha estaba enmudecida, parecía transportada, me parece que me daba miedo verla así. Pero, por otro lado, fue hermoso y triste ver a esas madres bailar y cantar hasta el cansancio, y reír con una risa que era casi un llanto.

El resto, lo que pasó después, lo conocen. Volvimos a la ciudad y a nuestro trabajo cotidiano. Martha no era la misma, de ninguna manera era la misma; y le obsesionaba la historia de la mujer y el tanque, que cada cierto tiempo me repetía. ¿Y ese imbécil no pudo simplemente girar, tenía que pasarle por encima, qué podía hacerle esa mujer desarmada? Dime, ¿qué podía hacerle? Yo me quedaba callado, aunque

comprendía su angustia. Tampoco tenía mucho que decirle. Y me arrepiento de no haber tenido nada que decirle.

Conseguí la nota al lado de la cama. Se había marchado para la franja, no podía seguir en esa ciudad haciendo tonterías mientras en la franja pisaban a las mujeres con los tanques. Él la debía comprender. Él siempre había sido muy comprensivo con ella.

Caracas, octubre de 2011

Nocturno*

Oh, aquellos recuerdos que no lo abandonaban, incesantes ruidos que recorrían su mente cual inquieto río que recorre su quebradizo cauce. Elásticas figuras que nublaban su vista, figuras tenues e incomparables que brotaban de la nada para, rítmicamente, atravesar su debilitada mente. Era esa una espantosa realidad..., ¿sería posible? ¡Tal vez estaba loco!

Él siempre había pensado en la locura como una simple fórmula para alejarse de la realidad; era posible que estuviera loco... demasiado real fue su visión, muy comprensible su relato...

—Había llegado a aquel lugar, lejos de todo, muy de mañana. Estaba lloviendo fuertemente. El mar..., grandes olas que rompían en mi cuerpo y anegaban mi ser. Animales inmensos que lo devoraban todo...

La playa desierta, a lo lejos... roja y sofocante, ilimitada. Era como si grandes espejos concibieran el sol en mi mente; todo era oscuridad, negro, igual que el fondo de un océano traslúcido y brillante. Inmensos animales devoraban mi cuerpo sigilosamente, en forma precisa y rápida, rápida...

Inédito.

Aun así me encuentro hoy aquí ante usted, como si no hubiese ocurrido nada. Cerca de esto a lo que tanto aborrezco en conjunto con todo, cosas, edificios, hoteles, grandes hoteles. Es una segura forma de alejarse de la realidad.

Mi vista, siempre fija y sin mirar nada, hacía juego con las quietas aguas. Ya no era un hombre, era como un extraño pez que nada rápidamente hacia ningún sitio. Miraba, siempre vagamente, las inmensas ventanas...

Humana realidad de un hombre, nutrido espectáculo, y luego...

—Nunca comprendí mi sino, no era digno de mí, recorrer las calles silenciosamente...

De nuevo estoy aquí, entre ustedes, como si nada hubiese ocurrido, lejos de todo aquello a lo que tanto aborrezco: inmensidad absoluta, playas de mármol, todo agua, lleno, lujoso.

...el señor, siempre silencioso, de algo que está muy lejos de nuestro alcance. Así rompíamos, una vez más, las grandes barreras, los lujosos manuales de algo inexistente...

—Una atmósfera tenue, pesada, de grandes convulsiones, rodeaba mi mente. Figuras amarillentas, cristalizadas, rítmicamente...

Caminé desesperadamente por aquel nuevo mundo, nunca visto por mí ni por persona alguna, en donde todo lo nuevo era verosímil y lo viejo, simplemente convencional, puro, estructurado a manera de vago pensamiento.

Ruidos extraños, incomprensibles para la mente humana. Silencio desesperante, he allí la razón de mi nueva vida lejos de todo, con un color extraño que rompe las entrañas. De nuevo allí, donde la vida no es más que una forma de desmentirse a uno mismo, tal vez; la muerte

de algo inexistente, desnutrido, a lo largo de nada...

...jugando así, una vez más, con toda la existencia, en aquel lejano lugar tan apartado, inverosímil para nuestras mentes, pero fácil de comprender para usted, que tanto ha vagado y recorrido, y que lo ha visto todo: murallas, cristales, casas, edificios, mármoles... todo, en un loco conjunto sofocante...

—Hoy, de nuevo aquí, ante usted, junto a todo esto que tanto aborrezco y lo desespera todo. ¿Huir?, ¿transformarse?, ¿viajar al nuevo despertar...? ¿Viene usted?

...hemos de esperar todavía mucho más: estas casas, estos hoteles, todo esto es parte de nosotros, es imposible huir.

—He de estar loco; es posible que no lo esté. Expliquemos, con un dios, lo que nuestra mente no alcanza a comprender...

He allí la inutilidad del que nada sabe.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-083-4

Depósito legal

DC2022000405

Caracas, Venezuela, diciembre de 2022

La presente edición de
EL OTRO DELTA
fue realizada durante el mes
de diciembre de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y les anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuanista para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



El otro Delta Los cuentos reunidos en esta compilación abarcan desde su primer libro, *Imágenes y conductos* (1970) hasta *Una colina de hojas que respira* (2017). Acá aparecen las obsesiones particulares del autor: el desdoblamiento y el transcurrir del tiempo, los elementos particulares de una cotidianidad fantástica, la novela policiaca, la ciencia ficción y su particular poética de lo que significa el cuento en el imaginario de Humberto Mata. Basta con leer “Sampiero o cómo se escribe un cuento”, para entender el fondo de sus relatos. Estas narraciones pertenecen a una misma espiral. No es casual que en este movimiento, el autor duplique una presencia para habitar un recuerdo o tal vez para perderse definitivamente en él, no lo sabemos (pensemos en el personaje de Juan Achares en “Boquerón”). Escritura puntillosa que nos recuerda el ritmo pausado y lento del Delta, aunque también es cierto que debajo de sus aguas y por sus caños ocultos han pasado sucesos misteriosos que solo la literatura puede explicar. Aquí es cuando el autor nos acerca a eso que llamamos *realidad y ficción*. Por eso, hay en sus cuentos algo que se nos escapa, como el agua entre los dedos, personajes que se pierden en la ciudad o en la selva, una memoria que insoslayablemente se extraviará en el tiempo.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

